



Cuando tu VOZ me
Despierte
KELLY DREAMS



Cuando tu VOZ me
Despierte
KELLY DREAMS

Cuando mi voz te despierte

Kelly Dreams

COPYRIGHT

CUANDO TU VOZ ME DESPIERTE

© 1ª edición enero 2018

© Kelly Dreams

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A Elizabeth Bowman,

Gran amiga, querida hermana y maravillosa escritora.

ARGUMENTO

Cuando **Braiden Shelswell-White** cambió su Irlanda natal por los Estados Unidos, lo hizo para olvidar la vida que dejó atrás e intentar seguir adelante. Ahora, la repentina enfermedad de su abuelo lo obliga a volver y hacerse cargo del B&B que posee su familia en la bahía de Bantry, en Cork. Una tarea indeseada que se convertirá en todo un desafío a causa de una inesperada inquilina decidida a hacerle la vida imposible, una que lleva muerta casi un siglo y que no parece tener prisa alguna por marcharse del lugar.

Mary McCarthy estaba acostumbrada a ver pasar la vida en soledad, sin emociones, sin otra ocupación que la de vagar por *Bantry House*. Lo que fue un día, empezaba a perderse en el olvido, sus recuerdos se desdibujaban con cada nueva estación y habría seguido así de no haber llegado él. Sarcástico, maleducado y dispuesto a perderla de vista... Esa no era la mejor descripción del hombre perfecto, ¿pero qué importaba cuando era el único capaz de hacerla sentir de nuevo?

Una mujer atrapada en el tiempo y el único hombre capaz de liberarla de su eternidad.

ÍNDICE

BONUS: RECETA DE TARTA DE MANZANA IRLANDESA

PRÓLOGO

—El camino hacia el cielo nunca ha sido tan empinado y agotador.

Con cada paso veía sus pies asomando bajo el ruedo de la falda, los eternos zapatos cuyo color apenas si podía recordar pisaban uno tras otro los peldaños de gastada piedra de la escalera. La ausencia de flores en los tiestos que flanquean su ascenso y el ocasional color marrón en las hojas de algunos árboles, que todavía las vestían, anuncian que el otoño pronto daría paso al invierno.

Sabía que brillaba el sol. Veía esa gran bola hacerlo con fuerza en el cielo y como bañaba con su luz todo lo que la rodeaba, mientras, sus piernas continuaban ascendiendo sin sentir el agotamiento que traía consigo la vida.

—Noventa y siete, noventa y ocho, noventa y nueve y cien.

Se llevó la mano hacia el tocado como si temiese que esa brisa que movía las hojas a su alrededor osara tocar siquiera uno de sus cabellos y se lo llevase por el aire hacia un lugar lejos de su alcance. Casi sin pretenderlo sus ojos se posaron en el horizonte, más allá de la eterna mansión de piedra que no había cambiado un ápice en los últimos noventa y tantos años. Los jardines habían sido remodelados en algún momento del siglo pasado, pero todavía encontraba solaz en los pedregosos caminos que los conformaban. El cielo parecía hoy dispuesto a competir en color con las tranquilas aguas de la bahía dónde pequeñas manchas en forma de barco la surcaban, las marismas y la lejana tierra recortándose en el horizonte sumergiéndola inevitablemente en la nostalgia, una

que nunca se iría, ya no.

—El paraíso en la tierra —murmuró con marcada ironía—. Qué equivocado estabas...

Aquella vasta extensión de terreno, hogar de su única familia, aquella que había tenido a bien acogerla en su seno, estaba ocupado por un inagotable conteo de extraños que pagaban por disfrutar de las habitaciones y el esplendor de las siete terrazas y los innumerables jardines de *Bantry House*.

Ocupó su lugar habitual, se dejó caer sin mucha gracia sobre el asiento de piedra y acarició con inusitada ternura la falda del vestido. Adoraba ese traje, sabía que se lo había puesto para un momento especial, pero con el transcurso del tiempo ese recuerdo se había desdibujado como lo había hecho gran parte de su vida.

Ahora solo se sentaba allí, a esa hora del día, cuando el sol ya había despertado y no llegaba todavía a la mitad de su recorrido. El momento exacto en el que el desfile daba comienzo y podía ver el paso del tiempo en los vehículos que se detenían brevemente o estacionaban en la fachada norte.

Siluetas conocidas, voces que eran como ecos recurrentes en su mente, algunos de ellos ya eran como viejos amigos, huéspedes asiduos en su hogar, otros llegaban por primera vez y sabía que no sería la última. Ese pedazo de paraíso en la tierra tenía una magia especial, una que afectaba tanto a vivos como a muertos... y ella, Mary Regina Hawker, podía atestiguarlo.

Se levantó y alzó el rostro hacia el cielo imaginándose el calor del sol acariciándoselo, la brisa que movía las hojas de los árboles jugando con las ondas trigueñas de su pelo, el aroma de esa melancólica estación acariciándole la nariz hasta que...

—¿Rosas?

Abrió los ojos de golpe. Una fragancia que añoraba, que había amado tanto como la vida misma acarició su nariz traído por una ráfaga de viento que no debía sentir y que sin embargo le movió el pelo, la falda amarilla del vestido y tironeó de ella en dirección al camino que subía desde las puertas de hierro

forjado que ponían límite a su prisión.

—¿Rosas en otoño?

La sensación fue tan fugaz que así como vino se marchó dejándola de nuevo en ese limbo ausente de sensaciones reales, consolándose únicamente con el recuerdo de lo que había sido en otro tiempo. Pero hubo algo que no pudo llevarse, la visión de ese vehículo que subía en dirección a la fachada norte y el presentimiento de que su llegada supondría un cambio.

CAPÍTULO 1

Las hojas de forja de la vieja verja permanecían abiertas de par en par, escoltadas por sendos pilares con enormes ánforas reverdecidas por el paso del tiempo que enmarcaban el antiguo edificio de piedra cuyo color rojizo se perdía bajo el gris. La pequeña estatua de *Diana la Cazadora* que presidía el macizo de plantas que se encontraba ante el porche parecía darle la bienvenida al hogar de sus ancestros. Toda una ironía puesto que él, Braiden Shelswell-White, no había nacido allí.

Sus raíces no estaban atadas a ese lugar y, sin embargo, había resultado ser el único disponible para hacerse cargo de esa monstruosa propiedad hasta que el viejo se restableciese por completo.

Aparcó el coche entre dos vehículos que ya estaban estacionados a su izquierda, apagó el motor y se quedó quieto con las manos todavía en el volante. Observó a los huéspedes que bajaban sus equipajes de los maleteros o llamaban la atención a sus vástagos y siguió con el absurdo juego que había tenido consigo mismo durante todo el camino; buscar un nuevo motivo que añadir a la lista.

—El bastón del viejo —declaró con inequívoco acento irlandés. No importaba el tiempo que pasase fuera de Cork, ese maldito acento volvía a la vida en el preciso instante en que ponía de nuevo un pie en la isla—. Su caricia es tan efectiva como la picadura de un áspid.

Por no mencionar que la promesa de que le cayese encima también dolería

más.

A sus ochenta y cinco años, Geoffrey Shelswell-White era pura determinación, no aceptaba un no por respuesta y, cuando lo recibía hacía hasta lo imposible para que esa negativa mudase sin que el incauto que estuviese ante él se diese cuenta.

—Y he aquí el incauto número uno —rezongó desviando la mirada sobre el retrovisor. Las bolsas bajo sus ojos azules evidenciaban la falta de sueño, sus facciones transmitían la desgana que lo envolvía desde que dejó el hospital y tenía el pelo castaño rojizo tan despeinado, que parecía que hubiese pasado por un túnel de aire. Solo la sombra de barba que le rozaba las mejillas y oscurecía la línea del bigote seguía como siempre.

A sus treinta y nueve años había vivido lo suficiente para saber que la vida no era un camino de rosas y el destino un bastardo hijo de puta capaz de hacerte pedazos. Residía en los Estados Unidos desde hacía seis años, allí había abierto un pequeño restaurante de cocina internacional dónde disfrutaba de su pasión entre fogones sin más interrupciones que las de su equipo de cocina y, últimamente, la injerencia de John, su hermano pequeño.

Podía decirse que estaba satisfecho con su vida, una que había sufrido un inesperado *coitus interruptus* a raíz del infarto de su abuelo; el cuarto conde de Bantry.

Si de por sí el viejo era un arma pesada, el título nobiliario heredado no hacía nada para restarle autoridad, de hecho, aumentaba su ya de por sí cabreante presencia. Afortunadamente él no tendría que lidiar con títulos, ya que dicho honor recaía sobre el primogénito de la familia, Richard.

—Ese cabronazo tendría que estar aquí ahora, ocupándose de esto y no enviarme a mí en su lugar —masculló a sabiendas de que nadie le escucharía rezongar y que sus palabras se las llevaría el viento.

Su hermano se había limitado a sonreír de manera beatífica cuando el viejo dejó en sus manos la tarea de encargarse de *Bantry House*. Afincado en Dublín con su preciosa esposa y sus hijos, no tenía el menor interés en la casa en la que

había nacido, una propiedad construida en 1690 en el lado sur de la bahía de Bantry, en el condado de Cork. Si bien sería quién heredase el título, en ausencia de su fallecido padre, el primogénito de la familia era feliz con su trabajo como arquitecto y tenía suficiente trabajo en la actualidad como para dejarle a él el muerto.

«Vamos, Brai, te gustará. Es una casa impresionante, con mucha historia. Tómatelo como unas momentáneas vacaciones».

Unas jodidas vacaciones en las que tendría que hacerse cargo de la gestión del maldito *Bed and Bredfast* en el que habían convertido el antiguo mausoleo mientras dejaba su propio restaurante en manos de John.

Echó un último vistazo al exterior y al cielo despejado, algo inusual para finales del mes de octubre en la región; prefería un buen día de calor a uno de intensa lluvia. Cogió su chaqueta y abrió la puerta recibiendo los primeros aromas que traían consigo los árboles al mezclarse con la brisa del mar.

—Podría ser peor —masculló para sí mientras cerraba de un portazo y caminaba hacia el maletero para coger su equipaje.

La suave brisa con aroma a sal procedente de la bahía le acarició el rostro y jugó con su pelo como si tratase de darle la bienvenida a un miembro de la familia. La gravilla bajo sus pies hacía sonidos largo tiempo olvidados, ecos que evocaban otra época, una en la que ese lugar había despertado algo dormido en su interior, una maldición que llevaba tiempo sepultada bajo horas y horas en el diván de su psiquiatra.

Se obligó a mover las manos, a desterrar de su mente los aciagos recuerdos atraídos por la antigüedad del edificio y sus alrededores. Abrió el maletero pero no sin que esa extraña sensación se apoderase poco a poco de él, algo que iba más allá de las carreras de los niños, de las llamadas de atención de sus padres y la alegría y sorpresa ante lo que veían. Era algo más antiguo, algo místico y que solo él podía sentir.

—No. —Arrancó la maleta y bajó la puerta con un gesto de enfado para consigo mismo—. La consulta lleva demasiado tiempo cerrada como para volver

a abrirla ahora por un simple escalofrío.

Activó el cierre centralizado y, tras comprobar que el vehículo estaba seguro en el aparcamiento, emprendió el camino hacia el porche.

Era extraño como parecías cambiar de siglo con tan solo traspasar las puertas que separaban la terraza del interior. Las sillas blancas de mimbre y las bajas mesas de madera en las que se reunían ya algunos huéspedes contrastaban con el opulento y antiguo aire de la decoración interior.

El suelo ajedrezado competía en rareza y peculiaridad con los artesonados del techo y las intrincadas columnas. Incluso de niño se había sentido sobrecogido al caminar por esos suelos y moverse entre los muebles, cuadros y delicadas figuras. Era como pasear por una tienda de antigüedades con miedo de tirar algo y romperlo.

El reloj de cuerda situado al lado de las alfombradas escaleras empezó a dar la hora haciéndole respingar. No se sentía cómodo en esa casa, jamás se había sentido bien, había demasiada... edad... encerrada en esas paredes.

—Polvo acumulado a lo largo de los siglos —masculló para sí al tiempo que hacía un barrido del enorme *lobby* con la mirada.

Algunos huéspedes pasaron a su lado con un animado saludo mientras otra pareja charlaba animadamente con una mujer en la zona de recepción. A pesar del tiempo transcurrido la reconoció, ahora ya no era una adolescente revoltosa, sino una mujer atractiva y risueña que no hacía otra cosa que recordarle el tiempo que llevaba sin poner un pie en esa casa.

—Encontrarán que las terrazas exteriores son perfectas para dar largos paseos y relajarse —les indicaba al matrimonio de mediana edad—, y, por supuesto, no pueden perderse la hora del té y aprovechar el calor de la chimenea...

Hizo una mueca ante la mención de dicha chimenea y no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda. Aquel era uno de sus pendientes con ese lugar, uno que llevaba grabado en forma de quemadura en el antebrazo izquierdo.

—Espero que disfruten de su estancia en *Bantry House*.

Con una amable sonrisa y una perpetua alegría en los vivos ojos castaños, la recepcionista dejó a la pareja y se giró encontrándose con él. Su expresión empezó a mudar progresivamente, los rosados labios dejaron de curvarse hacia arriba para componer un perfecto círculo que demostraba el asombro que también se reflejaba en esas profundidades marrones.

—¿Braidén? ¿Estoy viendo un espejismo o eres realmente tú?

—Por el momento puedo decir que soy tan sólido como ese viejo escritorio. —Señaló con un gesto de la barbilla el mueble negro con filigranas gastadas ante el que estaba la chica.

—Oh, por todos los cielos, ven aquí y dame un abrazo, primo.

Y esa efusividad era algo que no había perdido a pesar de los años, pensó al verse engullido en los delgados brazos de la mujer.

—No te esperábamos hasta finales de semana, te has adelantado.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Me metieron prisa —repuso sin querer dar más detalles al respecto—. Ha pasado mucho tiempo, Cait. La última vez que te vi llevabas trenzas y *braquets*.

—Dios, ¿cuántos años han pasado? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Seis años. Seis largos años en los que había intentado seguir adelante a pesar de todo.

—Algo así. —Optó por la vaguedad y dio un paso atrás, mirando de nuevo a su alrededor a modo de excusa—. Si he llegado en mal momento, puedo recluirme en la biblioteca y...

—No, no, claro que no llegas en mal momento —negó al instante—. Solo dame unos momentos para asegurarme de que tienes toallas en la habitación y podrás instalarte. Deja aquí la maleta. Encontrarás a mamá en el comedor. Se va a alegrar tanto al verte. No ha hablado de otra cosa desde que el abuelo le dijo que vendrías a pasar una temporada para ayudarla con la gerencia del B&B.

Podía imaginarse la clase de conversación que había tenido la tía Sorcha.

Hermana de su padre, era el vivo retrato de su abuelo en muchas cosas, incluido el carácter. Podía imaginarse que no le habría hecho ni pizca de gracia que Geoffrey lo hubiese enviado a él y no a Richard para hacerse cargo de todo.

—Supongo que cuanto antes mate al dragón antes podré ocuparme de invadir el castillo —masculló para sí.

Su prima sonrió de forma secreta.

—Quizá no necesites la armadura después de todo, matador de dragones —canturreó ella siguiendo su analogía—. ¿Recuerdas dónde está el comedor?

Enarcó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Sigue estando en el salón azul?

Asintió con una pícaro sonrisa.

—Veo que no te has olvidado por completo de la mansión.

No era fácil olvidarse de un lugar como aquel, pensó echando un rápido vistazo a su alrededor, especialmente cuando no había cambiado apenas a lo largo de los años.

—Hay cosas que siempre permanecen igual y esta casa, parece ser una de ellas.

Ella asintió con ese buen humor que parecía contagioso.

—Los años pasan por las personas, pero no por las paredes —declaró al tiempo que posaba la mano sobre su hombro—. Y nosotros somos un fiel reflejo de ello.

La recorrió con la mirada y no pudo estar más de acuerdo.

—Puedo ver a lo que te refieres.

Ella se echó a reír.

—Sí, estoy segura de que puedes, primo —aseguró de buen humor—. Ve a la biblioteca. En cuanto tenga un rato libre, te buscaré. Tenemos que ponernos al día y tienes que conocer a mi marido.

Aquello sí fue una sorpresa.

—¿Te has casado?

Levantó la mano derecha en la que lucía una alianza de bodas.

—Hace poco más de un año.

—Felicidades.

Ella asintió y le indicó el camino.

—Ve —lo instó—. Mamá se llevará toda una sorpresa al ver que su sobrino preferido ha vuelto a casa.

Se obligó a contener una mueca ante su afirmación, la cual estaba seguro de que hacía por educación y, tras echar un último vistazo a la maleta que recogía su prima, se adentró en las entrañas de una casa a la que había jurado no volver.

CAPÍTULO 2

A Braiden siempre le había llamado la atención la colorida opulencia del comedor. No se trataba solo del tono azul de sus paredes o los artesonados dorados, ni tan siquiera las cuatro columnas de mármol que parecían sostener el techo al tiempo que dividían la larga sala en dos secciones o los pesados cortinajes que enmarcaban los ventanales, lo inquietante de aquella habitación eran los enormes retratos del Rey Jorge III y su esposa, la Reina Carlota, que presidían la pared central junto a la chimenea. Un legado dejado por sus antepasados y que hablaba de otra época, una que se resistía a quedar atrás.

Las mesas redondas cubiertas con manteles blancos estaban listas para la próxima comida, los servicios ocupaban ya la totalidad de dos de ellas mientras su tía terminaba de colocar las más cercanas a la galería.

—Hay cosas que no cambian a pesar del transcurso de los años.

El aspecto de la hermana de su padre sin duda era una de ellas. Su tía Sorcha estaba igual a cómo la recordaba. Si acaso tenía algún cabello gris más, pero el aire de austeridad y vieja elegancia que tan bien recordaba seguía presente en la menuda mujer.

—Y también quién no madura a pesar de los mismos —respondió con ese marcado acento de Cork. Se giró hacia él y lo calibró como un sargento que mide a sus tropas. Sus ojos claros, iguales a los de su abuelo se encontraron con los suyos sin vacilación.

—Sin duda el viejo sería un buen ejemplo de ello —replicó sosteniéndole la mirada.

Los labios femeninos se curvaron hacia arriba trayendo consigo unas pequeñas arrugas de expresión que dotó al enjuto rostro de una expresión más dulce y también más envejecida. Empezaba a ver lo que su prima había dejado flotando en sus palabras. A primera vista no lo parecía, pero sí, su tía había envejecido prematuramente.

—Deduciré por tu tono de voz que ya has tenido algunas palabras con él al respecto.

Sus palabras lo llevaron a resoplar y asentir con más vehemencia de la que pretendía.

—Más de las que desearía, tía Sorchá.

La mujer terminó de colocar los últimos cubiertos, se pasó las manos por el delantal y caminó finalmente hacia él.

—Has llegado antes de lo previsto —comentó recorriéndolo con esa firme y crítica mirada que parecía ver siempre más allá de él—. No te esperábamos hasta el fin de semana.

—Eso ha dicho Cait —aceptó echando el pulgar por encima del hombro—. Acaba de decirme que se ha casado.

Asintió sin dejar de mirarle.

—Hace algo más de un año —aseguró con serenidad—. Su marido es un buen chico, se conocen desde niños.

Aquel comentario lo hizo fruncir el ceño.

—Espera, ¿se ha casado con Elías?

La mujer asintió y chasqueó la lengua.

—Llevas siete años lejos del hogar, sobrino, te has perdido muchas cosas.

Abrió la boca para rebatir sus palabras pero ella no le dio tiempo pues siguió con su escrutinio.

—Tienes un aspecto horrible —le soltó a bocajarro—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste de un tirón?

Si había algo que había aprendido desde que era un niño era a no discutir con una mujer de la familia White; no había forma humana de ganar en esa contienda. Por otro lado, podía hacerse una idea de cuál era su aspecto, dado que las últimas semanas habían sido de tensión absoluta.

—Eso sería antes de que el viejo terminase en el hospital.

Chasqueó la lengua y, cogiéndolo del brazo con una mano fuerte para una mujer de su edad y estatura, tiró de él sin previo aviso hacia la puerta.

—Me lo imaginaba —chasqueó—. Pareces más un vagabundo que el segundo hijo de mi hermano. Y no sería fiel a su memoria si dejo que te caigas redondo encima de alguno de los muebles de esta casa.

Sonrió a su pesar. Sorcha y su padre habían estado muy unidos y, cuando él falleció después de una repentina enfermedad, ella se había hecho el propósito de estar presente en sus vidas. Y lo había hecho, había estado allí para los tres de una manera mucho más constante incluso que la de su madre.

—Te hemos preparado una habitación en el ala este, sube, aséate y descansa —lo empujó a ello—. Si no bajas para la comida sabré que has caído inconsciente y te dejaré dormir.

La miró por encima del hombro mientras esa menuda mujercita intentaba echarlo del comedor.

—Siempre has tenido una manera única de dar la bienvenida a la familia, Sorcha.

Le dedicó una de sus miradas de «no se te ocurra discutirme».

—La única que os merecáis —le soltó sin dejar de empujarle hasta atravesar el umbral—. Aséate y descansa. Ya habrá tiempo para que te pongas al corriente de la gestión de la casa y el personal.

El comentario con respecto al personal le trajo a la memoria un rostro.

—¿Sigue la señora McGivirivray en la cocina?

Su tía entrecerró los ojos y lo miró.

—Meg está ahora disfrutando de sus nietos, aunque de vez en cuando viene a comprobar que su hija siga sus indicaciones al pie de la letra —le

informó con lo que solo podía ser diversión—. Le enviaré aviso de que has llegado, estoy segura de que estará más que dispuesta venir a criticar tu cocina.

Sonrió, no pudo evitarlo. Esa mujer era la indirecta culpable de que hubiese abierto un restaurante irlandés, de hecho, su plato estrella era una variante de la *Cottage Pie*, una tarta salada hecha con base de ternera picada y cubierta de puré de patata con salsa de cebolla o ajo, que ella le había enseñado.

—Sin duda lo hará —aceptó con inesperada nostalgia—. Es algo que siempre hacía.

Con un último asentimiento y un gesto de la mano, su tía lo echó y no le quedó más remedio que emprender la retirada.

Quizá, después de todo, el regreso a Bantry podría ahogar el eco del pasado que parecía dispuesto a salir de su escondrijo para atormentarlo de nuevo.

CAPÍTULO 3

Mary se sentía como una eterna espectadora, como alguien que espiaba a través del ojo de una cerradura, encerrada en una urna de cristal mientras el mundo seguía avanzando a su alrededor. Solo podía mirar, ver como otros vivían mientras el tiempo para ella dejaba de tener sentido.

—Un día más en el infierno.

Deslizó una pálida mano de dedos delicados sobre el cristal de las puertas francesas de la biblioteca y acarició en su mente las personas y los niños que jugaban en el jardín francés; su favorito. No sintió el tacto del cristal bajo sus dedos, no notó si estaba frío o caliente, si lo deseaba, sería incluso capaz de atravesarlo como si su efigie no estuviese hecha de otra cosa que de sueños. Así había sido desde hacía noventa y dos años, así era desde el momento en que su tiempo se detuvo, atrapándola entre aquellas paredes, mientras seguía avanzando para los demás.

Miró a su alrededor y evocó una época en la que esos muebles habían sido cubiertos de otro tipo de objetos, en los que el piano de cola había reverberado con notas disonantes de sus dos pupilas y no aporreado por manos inexpertas y carentes de sentido musical. Una época en la que las lámparas no eran solo un adorno y la habitación un museo, una en el que esa casa había vibrado con las risas de una familia.

La nostalgia se apoderó de ella trayendo consigo el conocido sentimiento

de tristeza y abandono, de una eternidad libre de emociones y cualquier otro eco que no fuese el de sus recuerdos. E incluso estos se iban diluyendo con el paso del tiempo haciendo que le resultase imposible encontrar respuesta a algunas de sus preguntas.

Sí. Podía ver, podía oír, podía empaparse del paso del tiempo y aprender sobre la evolución de la humanidad, pero le estaba vetado formar parte del mismo. Le había llevado un tiempo comprender qué le había ocurrido, que su vida, como la conocía, había llegado a su fin y que no era más que un eco de una antigua vida terrenal. Sin embargo, era incapaz de recordar el motivo por el que seguía ahí. Sus recuerdos iban muriendo día a día, lo que ayer había estado presente en su mente hoy se diluía hasta desaparecer.

Hubo un momento en el que sabía incluso el día en que había partido, pero ahora, ese día se había desvanecido de su mente y solo le quedaba un eco de la persona que había sido y de la vida que había vivido.

Dejó escapar un pequeño suspiro, le dio la espalda a la imagen que se desarrollaba tras el cristal de la puerta y se sentó en una de las sillas victorianas. Quería simular que todavía tenía necesidades como las de suspirar, sentirse, si era posible, todavía humana.

Cruzó las piernas con lentitud, apoyó la barbilla en la palma de la mano y emitió un nuevo suspiro.

—Lo que daría por darle una calada a un cigarrillo.

Sabía que no estaba bien visto, Arethusa le había llamado la atención en más de una ocasión solo para unirse a ella en la clandestinidad de los lindes del bosque que rodeaba la propiedad y disfrutar ambas de esa masculina afición.

Deslizó la mirada sobre el cristal de las puertas francesas una vez más y sacudió la cabeza.

—Una estación más se cierne sobre la bahía.

Así medía el tiempo y el paso de los años, guiándose por el cambio de las estaciones, por el cambio de color en los árboles, la floración de las plantas y la llegada o ausencia de huéspedes.

Otro triste suspiro escapó de sus labios. Si le quedasen lágrimas posiblemente habría derramado alguna, pero ni siquiera tenía ya ese lujo.

—Daría lo que fuese por poder pasar un solo minuto bajo los rayos del sol y sentir su calor, notar el aire salobre procedente de la bahía y paladear su sabor...

—Me temo que octubre no es el mes adecuado para tomar el sol en estas latitudes, en cuanto al aire salobre de la bahía... solo tiene que acercarse a la primera terraza.

La inesperada voz masculina que dio respuesta a su comentario la alcanzó como un bofetón. Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas cobraron vida al mismo tiempo, como si mil agujas se clavasen en su piel provocándole dolor, calor, frío y palpitaciones... cosas que ya no sentía.

Se giró como una exhalación, la falda del vestido se enredó entre sus piernas cuando quedó por fin frente a él y vio como unos profundos y enigmáticos ojos azules la recorrían con curiosidad. Sus cejas, de un castaño rojizo se curvaron levemente mientras la retrataban como si realmente la viese.

—Interesante atuendo —comentó una vez terminó con su escrutinio. Esas pupilas volvieron a caer sobre las suyas, una mirada directa, inequívoca que le arrancó el alma—. Sin duda tiene el estilo propio de una *Flapper*^[1] de los años veinte.

Su insinuación le encendió las mejillas y sacó a la luz su inmediata indignación, pero no podía referirse a ella, era imposible que sus palabras fuesen dirigidas a su persona. Se giró buscando a alguien más, alguien vivo a quien estuviesen dirigidas esas palabras, pero tal y como ya sabía, la biblioteca estaba vacía.

—Aunque debería llevar un corte *bob*, quizá una peluca para ocultar esa melena y utilizar mucho maquillaje —continuó ajeno a la dicotomía que se daba en su interior—. ¿No era ese el retrato de las rebeldes féminas de la época?

Su estupor empezó a dar paso a otras emociones, entre ellas la

incomprensión.

—Parece que la he dejado sin palabras. —Había cierto tono burlón en su voz. ¿De verdad le estaba diciendo todo eso a ella?—. Espero no haberla asustado.

—¿Se... se dirige a mí, señor?

Las palabras surgieron de sus labios de manera temblorosa, casi reacias y él sonrió de soslayo.

—Dado que es la única persona presente y que no tengo la costumbre de hablar con las paredes...

La ironía presente en su voz no le pasó por alto, pero tampoco le dio opción a reaccionar pues volvió a preguntar.

—La verdad es que es un atuendo de lo más logrado —continuó—. A los huéspedes debe resultarles interesante que una empleada los reciba tan metida en su papel.

Sus palabras no tenían significado para ella, por otra parte, dudaba que pudiese concentrarse en otra cosa que no fuese el hecho de que estuviese justo ahí, hablándole directamente.

—¿Cree... cree que soy una... empleada?

Las palabras sonaron incluso vacilantes en sus propios oídos, estaba acostumbrada a ser ignorada, a no recibir jamás respuesta alguna y ahí estaba ese hombre, hablándole, haciendo suposiciones sobre su atuendo y su presencia.

—Bueno... —comentó él abandonando el umbral para reunirse con ella—. Si no lo es, entonces le pido disculpas... Llevo bastante tiempo fuera del condado y todavía no me he puesto al día.

No se detuvo hasta estar delante de ella, lo suficiente cerca como para que pudiese notar su cercanía como algo tangible y, lo más sorprendente de todo, olió su colonia.

—Braiden Shelswell a su servicio, *madame*.

Se quedó mirando la mano que le tendía. Fuerte, de dedos largos, piel bronceada y tan tangible y viva que, antes de poder analizar la situación, dio

media vuelta y huyó.

Braiden parpadeó ante la inesperada situación, sus labios se curvaron por sí solos con una pasajera sonrisa.

—Bueno, no cabe duda de que el recibimiento en esta casa siempre será de lo más raro.

Ya no sabía que le divertía más, si el hecho de haberse perdido en primer lugar o que hubiese terminado en la biblioteca ante una inesperada recreación de época en la figura de una atractiva mujer. La chica poseía el profundo acento de Cork y modulaba las palabras con tal expresión y elegancia que, unido a su curioso atuendo, habría podido pasar perfectamente por una mujer de los años veinte. Sin duda, estaba metida en su papel.

Sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Tenía claro que había girado hacia el lado equivocado en el último tramo de escaleras y había terminado en la biblioteca.

Esta había sido la estancia preferida de su padre y también era la suya. Una estancia masculina, con las paredes vestidas de rojo y oro, muebles antiguos, el piano de cola con esas puertas francesas que daban al jardín. De niño había correteado por esos paseos, recorrido cada recoveco e incluso había ido más allá, subiendo hasta el final de la escalinata que daba al bosque. Desde la cima se podía disfrutar de una de las mejores vistas de la casa y la bahía.

No podía evitar sentir una mezcla de nostalgia y arrepentimiento, este lugar le había reportado algunos de los mejores momentos de su infancia, pero también había sido testigo de cómo su vida se había roto por completo.

Se obligó a darle la espalda al jardín, a ignorar el solitario piano del que había disfrutado en otra época y retrocedió sobre sus pasos.

Necesitaba darse una ducha y descansar. Incluso él podía ver la necesidad de encontrar su habitación y dormir unas cuantas horas. Llevaba dos semanas durmiendo poco y mal, el mismo tiempo que el viejo los había tenido en vilo después de ese inesperado ataque al corazón.

Desanduvo el pasillo que lo había conducido allí y volvió al *lobby*, desde

allí fue capaz de orientarse de nuevo y dar por fin con el ala este en la que estaban los dormitorios. La última vez que había puesto los pies en ese sector de la casa había compartido dormitorio con su hermano pequeño, ambos habían agarrado una borrachera épica, en honor a la verdad no recordaba gran cosa de lo ocurrido esa noche, pero casi era mejor de esa manera. Había momentos que debían permanecer en la oscuridad.

Avanzó hacia el final del corredor y se encontró con la puerta abierta y a Cait terminando el aseo de la habitación.

—Ya tienes toallas limpias —le informó saliendo de la habitación—. Tienes la maleta junto a la cama y te he subido una bandeja de quesos por si quieres picotear algo. Supongo que no te veremos a la hora de la comida.

—La tía Sorcha tiene una manera única de decirme que apesto y que necesito unas cuantas horas de sueño.

Le posó la mano en el hombro y chasqueó.

—Solo hay que mirarte para ver que estás más allá de la extenuación —aseguró. Le palmeó el hombro y se puso de puntillas para besarle en la mejilla—. Descansa, Braiden, ahora ya estás en casa.

Se le cerró la garganta ante el tono de su voz, no era tanto el significado de sus palabras como la bienvenida que trasmitían. Por suerte ella no estaba esperando respuesta alguna a su comentario, ya que dio media vuelta y se alejó para seguir con las tareas del día.

Sacudió la cabeza y entró en su dormitorio, todo estaba como lo recordaba, la misma distribución, los mismos muebles... Caminó directamente hacia una de las ventanas desde la cual podía ver el balcón que formaba la terraza delantera sobre la bahía y los barcos que surcaban el mar.

—No puedo creer que haya vuelto aquí —murmuró para sí.

Sabía que iba a ser difícil volver a pisar esa casa, pasear de nuevo por sus salones, por sus jardines y no verla en cada rincón. Nada podría borrar el dolor que había conocido seis años atrás y que se hacía eco en su espíritu con el regreso a esa casa.

CAPÍTULO 4

Mary no podía dejar de pasearse de un lado a otro de la habitación. Sus pies asomaban bajo el ruedo del vestido con cada nuevo agitado paso mientras dejaba un imaginario surco en la delicada y antigua alfombra que cubría el suelo del salón de té rosa. A aquellas horas era la única estancia de la casa que estaba vacía y ella necesitaba, ahora más que nunca, esa soledad.

—¡*Flapper!* ¡Qué ocurrencia! —jadeó exaltada—. ¡Se ha atrevido a compararme con una de esas... mujeres! —Volvió a girar sobre sus tacones—. ¡Qué atrevimiento! Ni siquiera mis chicas vestirían de manera tan escandalosa, son unas jóvenes educadas, de buena familia...

Su voz se fue apagando poco a poco al recordar a sus pupilas, las hijas de su prima.

—Clodagh —murmuró el nombre de la mayor de las dos hermanas—. Rachel...

Cerró los ojos y luchó por recordar sus rostros, por escuchar su risa, la manera en que solían juntar sus cabezas mientras les daba la lección del día... Casi podía verlas de nuevo, con sus vestidos blancos por debajo de la rodilla, con sus calcetines y zapatos, su pelo inmaculado y esas risitas que compartían entre ellas. Eran dos criaturas adorables que se convertirían en maravillosas mujeres.

«Me gustaría tener uno de esos sombreros tan chic. Es el último grito en

París».

«En ese caso es toda una suerte que vivas en Irlanda, querida».

«Señorita Mary, ¿no le gustaría conocer París?».

«Lo visité una vez y fue suficiente para mí».

Paris, Londres, los Países Bajos, había viajado cuando tenía la edad de las niñas, había recorrido Europa con sus padres, había aprendido idiomas, era una mujer instruida cuya vida se había visto seccionada por las circunstancias a la edad de veintidós. Si no hubiese sido por su querida prima Arethusa, quién no dudó en mandar a buscarla, su vida posiblemente habría sido muy distinta.

«No es caridad, querida Mary, eres mi familia y la familia debe estar unida».

El postularse como institutriz de las niñas había sido lo más natural, una forma de dar rienda suelta a su conocimiento y enseñar a esas mentes jóvenes a cultivarse, así como también era su pequeña contribución para con la gratitud de una buena mujer.

Pero no toda su vida había sido institutriz. La pacífica vida en Bantry había llegado a su fin bajo la amenaza de la guerra civil, una que pronto llamó incluso a sus puertas.

Sus recuerdos volvieron a desdibujarse a partir de ese punto, algo importante se encontraba más allá de esa oscuridad que parecía llenarlo todo. Y entonces esa oscuridad dio paso a otra imagen, una que la llevó a abrir los ojos de golpe.

—Dios del cielo. —Se llevó las manos a los labios, cubriéndoselos—. Me ha visto.

Él, un completo extraño, alguien que no recordaba haber visto con anterioridad, había interactuado con ella, incluso le había tendido la mano.

—No, no es posible.

No podía quitarse de encima la mirada de sus ojos, la forma en que se dirigió a ella como si fuese una persona real y tangible.

—Y sin embargo me habló, a mí... allí no había nadie más.

Sus palabras todavía resonaban en su mente como un interminable eco, su voz había despertado terminaciones nerviosas que llevaban una eternidad dormidas.

—Oh Dios del cielo.

Se pasó una temblorosa mano por la cara, tocándose la sien derecha, jugando con los mechones que escapaban de su tocado. Era incapaz de procesar el asombroso descubrimiento que había tenido lugar en la biblioteca.

—Me miraba a mí. —Recapituló intentando convencerse a sí misma de que aquello no había sido parte de un sueño o de su deseo de compañía después de tanto tiempo sola—. ¿Cómo es posible? Nadie podía verme, nunca nadie...

No. Estaba equivocada. Había existido alguien una vez, no lograba concretar si había ocurrido ayer o hacía veinte años, pero hubo alguien que le habló.

«¿Por qué lloras?».

Solo había sido un niño, uno cuyos intensos y misteriosos ojos azules se habían encontrado en los suyos, cuyo pelo castaño había relucido rojizo bajo la luz del sol.

—¿Cómo he podido olvidarlo? —jadeó para sí.

Los niños parecían poseer el don de ver más allá de lo que se veía a simple vista, era como si su inocencia y su nueva mente fuese capaz de procesar lo que los adultos no podían. No era la primera vez que recibía la sonrisa de un bebé, que la saludaba una manita infantil, pero nadie había interactuado con ella como lo había hecho él.

«Porque nadie sabe que estoy aquí».

La respuesta había escapado de sus labios y, para su sorpresa, él se había acercado a ella, le había cogido de la falda haciendo que sintiese el tirón de la tela y le había dedicado una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes de leche.

«Yo sí lo sé».

El hecho de que pudiese tocarla, unido a la honesta e inocente respuesta la había sorprendido y también había entibiado su congelado corazón.

«¿Cuál es tu nombre, pequeño?».

Su respuesta no se había hecho esperar.

—Braiden Shelswell-White.

Cuando este brotó de sus labios traído de lo más recóndito de sus recuerdos sintió un nuevo vuelco en el pecho. El mismo nombre que él le había dado, ¿sería acaso ese hombre el niño de entonces?

Era un apellido que parecía querer emerger de sus perdidos recuerdos, pero era incapaz de encontrar el lugar exacto o su ubicación. Sacudió la cabeza resistiéndose a pensar en esa posibilidad e intentando al mismo tiempo encontrarle una explicación a lo que había ocurrido y, a pesar de ello, no podía dejarlo pasar.

—Conjeturas, son solo conjeturas, Mary.

Pero esas conjeturas tenían voz y voto.

—Por amor de Dios, si me ha hablado.

Ese hombre era la primera persona viva con la que tenía contacto en casi un siglo, el único que no había mirado a través de ella sin verla.

—¿Y qué hago yo? —gimió amonestándose a sí misma por su falta de previsión—. Salgo corriendo de su presencia. Oh, por favor, podría ser más tonta.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo, arrancándose el tocado en el proceso y haciendo que este cayese al suelo. Se quedó mirando aquella cinta con pedrería que le había adornado la frente y el pelo como si fuese la primera vez que la veía, se agachó y dejó que sus dedos acariciasen el tono marfil del delicado diseño. Algo se removió en su interior, una emoción, una sensación, no sabía explicarlo. Pero tan rápido como llegó volvió a irse.

—No estoy preparada para esto.

No estaba preparada para sentir de nuevo, para captar algo que hasta ese momento no había sido otra cosa que ecos lejanos.

—Estaba allí, no solo lo vi, lo sentí, noté el aroma de su colonia, casi toco su mano... —Se miró las propias incapaz de hacer otra cosa, sorprendida

consigo misma por lo que aquello significaba, por lo que recordaba—. Casi...
toco... su mano.

Se dejó caer contra una pared, deslizó la mirada hacia una de las ventanas
y acto seguido giró sobre sus tacones dispuesta a encontrar de nuevo a ese
hombre y encontrar una respuesta a ese inesperado encuentro.

CAPÍTULO 5

Braiden se despertó de golpe, sus ojos se clavaron en el techo de la estructura en forma de dosel de la cama mientras las viejas imágenes se repetían sin cesar en su cabeza. Veía sin ver en realidad, su mente todavía prisionera de la pesadilla que lo había dejado cubierto de sudor y con el dolor y la pena sentados sobre su pecho. Se obligó a inspirar un par de veces haciendo que sus pulmones se pusiesen a trabajar y los ecos del pasado retrocediesen al lugar en el que los mantenía cerrados bajo llave.

Hizo la colcha a un lado y se sentó en el borde del colchón, dejando que el fresco suelo lo espabilase. Rastrilló el pelo con los dedos y se frotó la cara solo para encontrarse con su propio reflejo devuelto por el espejo del otro lado del dormitorio.

—Imbécil —le dijo a su propia imagen—. ¿En serio pensabas que no volverían ahora que estás aquí?

Apretó los dientes, sosteniéndose la mirada y reprendiéndose interiormente por haber bajado la guardia. Sabía que antes o después el pasado volvería a llamar a su puerta, era un verdadero milagro que no lo hubiese hecho hasta entonces.

Furioso consigo mismo y con su debilidad, dejó la cama y atravesó la habitación hasta el cuarto de baño. Una buena ducha de agua caliente se llevaría consigo a los demonios. Ni siquiera sabía el tiempo que había dormido, pero a

juzgar por la luz que todavía se veía entrando a través de la ventana dudaba que hubiesen sido más que un par de horas. Se pasó la mano por el rostro e hizo una mueca al notar la crespa barba bajo sus dedos.

—Ya es hora de que te afeites en condiciones, colega —le dijo a su propio reflejo.

Las oscuras bolsas que tenía bajo los ojos no hacían sino acuciar el aspecto de dejadez en el que se había sumido las últimas dos semanas. Después de la llamada de Richard informándole del inesperado ataque al corazón del abuelo, había dejado todo en manos de su hermano pequeño y había cogido el primer avión para plantarse en Cardiff. Tuvo que convencer a John de que era absurdo que volasen ambos a Gales cuando todavía no sabían cómo estaban realmente las cosas. No sabía que iba a encontrarse a su llegada, pero no era a un hombre tan fuerte como era el viejo en una cama de hospital, tan pálido como la sábana que lo arropaba y mucho más agotado de lo que recordaba. Él siempre había sido como un roble y ese maldito infarto le había robado varios años de un plumazo.

Richard y él se habían turnado para que siempre estuviese uno de ellos en el hospital, si bien su propia tozudez lo había llevado a pasar más tiempo del que era saludable, descuidando su propio bienestar.

Y entonces, cuando por fin el viejo había salido de peligro, se habían encontrado ambos con la tesitura de mantenerlo tranquilo, impidiéndole levantarse de la cama y hacer algo tan absurdo como volver al trabajo.

«Alguien tiene que hacerse cargo de Bantry House, especialmente con las Navidades a la vuelta de la esquina».

«Estamos en octubre, tienes tiempo más que suficiente para ocuparte de ello cuando estés completamente repuesto».

Richard y él se habían mirado sabiendo lo que habían dicho los médicos. Su abuelo debía descansar, debía pensar en retirarse ya.

«Abuelo, Braiden tiene razón. Lo primero que tienes que hacer es descansar, solo así podrás reponerte y volver a casa».

«Bien, de acuerdo. En ese caso, Braiden, tú tendrás que hacerte cargo en

mi lugar».

Su cara en aquel momento había sido un poema. Se había negado en rotundo, exponiendo con vehemencia por qué aquello era una malísima idea, pero sus argumentos habían caído en saco roto y aquí estaba ahora, en el lugar al que se había jurado no volver.

«¿Entiendes siquiera lo que me estás pidiendo?».

«Entiendo que ya es hora de que sigas adelante, Braiden, que dejes ir a tus fantasmas».

Sacudió la cabeza y volvió de nuevo al dormitorio. Había dejado su teléfono junto con lo que llevaba en los bolsillos del pantalón sobre la cómoda al lado de la cama. Lo recuperó y buscó el último número al que había llamado. Puso el altavoz y volvió al baño.

—¿Ya has llegado?

La voz de Richard resonó a través de los altavoces. Su acento mucho más profundo que el suyo.

—Hace unas horas —contestó antes de continuar él mismo con el motivo de su llamada, impidiéndole empezar algo que ambos sabían no llegaría a buen puerto—. ¿Cómo está?

—Le han dado un sedante y ahora está durmiendo —explicó cambiando el tono de voz, bajando el volumen al tiempo que se oía por detrás los inequívocos sonidos de la planta del hospital—. Tenía el pulso algo acelerado y el médico quiere que esté tranquilo.

—Para eso tendrá que mantenerle sedado las 24 horas del día —repuso. Conocía perfectamente al hombre que estaba tumbado en aquella cama de hospital.

—No creas que no se lo he sugerido ya —replicó su hermano—. Bueno, ¿cómo lo has encontrado todo? ¿Has visto ya a la tía Sorcha?

—Me ha dado una calurosa bienvenida, típica de los irlandeses.

Escuchó como el cabrón se echaba a reír.

—Me hubiese sorprendido mucho que no hubiese hecho algo parecido —

le dijo entre risas—. Pero el que estés todavía vivo y llamándome, es buena señal.

—Preferiría estar en cualquier otro lugar antes que aquí.

—Lo sé, Brai, lo sé mejor que nadie. —Un sutil recordatorio. Sí, él lo sabía de primera mano, lo sabía muy bien.

Hubo un momento de silencio en la línea motivado por la incapacidad de continuar con ese hilo por ninguna de las partes.

—Voy a darme una ducha. —Terminó la conversación tan rápidamente como la había iniciado—. Después ya veré si puedo obtener algo más que reproches de nuestra tía. Mantenme al tanto de la evolución del *viejo*.

—«Abuelo». —Lo corrigió, puntualizando el parentesco—. No es tan difícil, solo tienes que mirarte en el espejo y verás que eres su vivo retrato.

Y aquello no era sino otra de las muchas cosas que lo incomodaban. Mientras que su padre y sus dos hermanos eran morenos, él había salido casi pelirrojo; una distinción del patriarca de la familia.

—Te llamaré en un par de días, si no hay novedades por tu parte —sentenció y apagó el teléfono. No quería alargar aquella conversación innecesariamente.

Dejó el móvil sobre la superficie del lavabo, abrió el grifo del agua de la ducha y tras desnudarse, se metió bajo el humeante chorro. El calor lo golpeó de lleno pero lo recibió de buen grado, necesitaba ese picor sobre su piel para quitarse de encima ese mal sabor de boca que acababa de dejarle la llamada. Sabía que se estaba comportando como un capullo, su hermano solo decía lo que la mayoría pensaba pero no por ello tenía que sentarle bien; aunque fuese la jodida verdad.

Tenía que dejar el pasado atrás, enterrarlo de una vez y para siempre en el mismo lugar en el que estaban sus raíces, pero para hacerlo, primero tendría que enfrentarse con el sentimiento de culpa que permanecía escondido en lo más hondo de su pecho y hacer las paces con su propia alma.

Se tomó su tiempo en asearse y deshacerse del aspecto de vagabundo con

el que se había dejado caer en el B&B. Una vez afeitado su rostro recuperaba ese aire de picardía que solía ocultar bajo una cuidada barba, sus ojos volvían a brillar con renovada intensidad pero lo que no se molestó en cambiar fue el rictus de desgana que curvaba sus labios.

Se peinó con los dedos y puso los ojos en blanco ante su aspecto antes de ceñirse la toalla y volver al dormitorio con intención de vestirse y bajar a enfrentarse con el mundo. Sin embargo, todo quedó en una «intención», puesto que lo que encontró paseándose de un lado a otro de su habitación, murmurando en voz baja, lo detuvo en seco.

Era ella. La huésped a la que había confundido con una empleada y que había salido corriendo. Se paseaba de un lado a otro, con ese anticuado vestido ciñéndose a su cuerpo, moviéndose alrededor de sus piernas, marcando una figura bastante atractiva. Pero lo más curioso de todo —aparte del hecho de que estuviese allí sin invitación—, era el monólogo que parecía tener consigo misma.

—Esto es de lo más inesperado... No, por supuesto que es inesperado, es evidente... Veamos. Sé que esto le parecerá extraño, pero... —Ella sacudió de nuevo la cabeza y comenzó de nuevo—. Señor Shelswell...

—¿Sí?

La muchacha detuvo su andar en seco, pegó un saltito de lo más divertido y se giró y lo miró con los ojos más verdes que había visto nunca. Su rostro ovalado estaba enmarcado por unas ondas de pelo trigueño que acariciaban unos altos pómulos que pasaron del blanco cerúleo a un cada vez más vibrante rosa. Pero fue sin duda su boca, con unos pequeños y delicados labios abriéndose en una sorprendida «o» lo que lo llevó a sonreír interiormente.

—Diablos, está usted desnudo.

El tartamudeo en su voz le habría parecido realmente adorable si no se preguntase todavía qué narices hacía esa mujer en su dormitorio.

—Una apreciación que sin duda pone de manifiesto tu inteligencia —le soltó, profundamente irónico—. Ahora, ¿puedo saber qué haces en mi dormitorio?

CAPÍTULO 6

Esa era sin duda una pregunta inteligente, una para la que tenía una respuesta... o la había tenido antes de encontrarse al hombre en paños menores. ¿Sería este un buen momento para que se abriese la tierra bajo sus pies y se la tragara?

Tragó, sintió como sus mejillas cobraban una temperatura superior a la normal, de hecho, el solo hecho de que se estuviese notando caliente ya era toda una novedad. Por no mencionar toda la miríada de emociones que la recorrían de los pies a la cabeza. Eran tan reales y tan crudas que no podía quedarse impasible, su cuerpo parecía haber recuperado el ritmo perdido y estaba dispuesto a instaurarlo a toda velocidad.

Y todo ello venía provocado por un hombre bastante atractivo, con un cuerpo atlético, cubierto tan solo por una toalla alrededor de la cintura.

Apartó la mirada al momento, se giró dándole la espalda y luchó por encontrar las palabras que se habían volatilizado de su mente al verle.

—Le pido disculpas, señor —se las ingenió para sonar lo más firme posible a pesar de su perturbación—. No se me había ocurrido que pudiese estar dedicando el tiempo a su aseo...

—¿Dedicando el tiempo a mi aseo? —Escuchó su réplica con un tono que podía bailar entre la risa y la incredulidad—. No me cabe duda que estás metida en tu papel, querida, ¿puedo saber qué te trae por mi habitación?

¿La había llamado querida? Sacudió la cabeza ante esa estúpida

observación. El hecho de que se estuviese dirigiendo a ella, que escuchase sus preguntas y contestase en consecuencia, ya era bastante asombroso. Aventuró un breve vistazo por encima del hombro y se lamió los labios.

—No estaría de más que se pusiese algo encima de modo que podamos mantener una civilizada conversación.

Enarcó una ceja, los labios se curvaron lentamente hasta formar una sonrisa que le bailó en los ojos.

—Supongo que, en su época, el civismo venía con la ropa puesta.

Parpadeó ante la ironía presente en su voz, pero optó por ignorarle y volver a darle la espalda.

—En mi época cualquier mujer que se hiciese respetar no entablaría una conversación con un hombre desnudo y en su habitación.

Y... acababa de retratarse a sí misma como una mujer perdida.

—Pues usted está aquí y yo estoy... ¿cuenta la toalla como ropa?

Se giró como un resorte dispuesta a aclarar su punto.

—No soy de esa clase de mujer, señor Shelswell —se envaró—. Mi presencia aquí obedece a... a algo mucho más trascendental que la necesidad o la apetencia de ver a un hombre en paños menores.

Sentía como sus mejillas ganaban cada vez más color, notaba como le ardía la cara, pero no iba a retirarse ahora. No era una mojigata, a lo largo de su vida había visto suficientes hombres en paños menores como para no escandalizarse de esa manera. La vida la había llevado a enfrentarse a la peor de las situaciones, no se le había permitido sentirse escandalizada ante la anatomía masculina cuando debía enfrentarse a las secuelas de la guerra, bañar a los heridos en el hospital y atender sus primarias necesidades... Su marido había sido uno de ellos, el único hombre al que había conocido de forma carnal y a quién todavía echaba terriblemente de menos.

—Así que, si tiene la bondad de vestirse...

—Bondad no es algo que abunde en estos tiempos, mi querida señora, y desde luego yo no la practico —declaró con tal gesto arrogante en la voz que le

provocó un breve escalofrío—. Por otro lado, esta representación teatral, si bien le concedo todo el mérito por el cuidado que pone en cada una de las palabras y en las expresiones que utiliza, empiezo a encontrarla tediosa e intrusiva...

Dejó esa postura arrogante y cruzó la habitación en su dirección. Caminaba como un general, con la postura erguida y una mirada de decisión en esos ojos azules.

—Así que la invitaré a abandonar mi dormitorio y añadiré una advertencia o consejo —añadió deteniéndose a escasos pasos de ella. Su cercanía no hacía más que constatar las suposiciones a las que había llegado sobre él. Era enorme, muy alto en comparación a su baja estatura y poseía un aura lo bastante peligrosa como para que le hubiese preocupado el estar allí con él de no estar ya muerta.

—Si quieres conservar tu empleo, sea cual sea, será mejor que te mantengas alejada de las habitaciones de los huéspedes —le dijo con gesto serio, adusto, dando un último paso hacia ella—. No estoy interesado en ninguna clase de... visitas imprevistas, así que...

Retrocedió por inercia al sentirse amenazada por su presencia, sus pantorrillas tropezaron con el diván a los pies de la cama, desestabilizándola, al mismo tiempo que los largos y bronceados dedos masculinos se cerraban alrededor de la parte superior de su brazo impidiéndole caer con brusquedad.

El inesperado contacto, el primero que tenía con alguien en casi cien años, desató una verdadera tormenta en su interior. Un doloroso y caliente relámpago se inició en el punto en que sus dedos tocaban su piel y se extendió por su brazo hasta su pecho. Juraría que el estruendo que creyó escuchar no había sido producto de su imaginación, que su corazón largo tiempo apagado no había dado un fantasmal latido.

—Oh Dios... —murmuró incapaz de romper el contacto visual, temblando por lo inesperado del suceso y la incompreensión que traía consigo el mismo.

Los ojos azules no tardaron en replicar su exclamación, pero en ellos había algo más: incredulidad, espanto. La soltó al instante, mirándose los dedos como si esperase ver una quemadura en su piel y alternando al mismo tiempo al

mirarla a ella.

—No, de ningún modo.

La manera en que pasó de la incredulidad al dolor y finalmente a la amargura la sobrecogió por la intensidad que transmitían a través de su lenguaje corporal.

—No está ocurriendo de nuevo —su voz empezaba a perder consistencia, convirtiéndose en un murmullo—. Tú no eres... No. No lo eres.

Vio como las palabras se perdían una vez más instalándose el silencio, como esos ojos bajaban sobre su pecho, clavándose a la altura del corazón. Un latido después la palma masculina se cernía sobre su seno izquierdo, presionando sobre su yermo órgano, aguardando unos segundos antes de alzar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—No hay latido.

Empezó a retirar la mano, moviéndose con una lentitud sobrecogedora. Pero lo que llegó a estremecerla fue la manera en que su boca adquirió un rictus de profunda amargura, el sonido de una risa carente de humor surgiendo de su garganta mientras daba un nuevo paso atrás y la recorría de los pies a la cabeza como si no pudiese aceptar que estuviese allí.

—Oh, maldita mujer...

Para su eterna sorpresa él se echó a reír. Las carcajadas inundaron el dormitorio al tiempo que daba un par de pasos atrás, alejándose de ella, riéndose como un verdadero demente.

Frunció el ceño y otra de esas emociones que llevaba años sin sentir se filtró en sus venas: indignación.

—Deje de reírse en este mismo instante —replicó levantándose como un resorte del asiento—. Su actitud es indignante, al igual que su falta de modales.

Su llamada de atención hizo que levantase la cabeza, la mirada en su rostro la asustó, parecía un verdadero demente, pero un único vistazo a sus ojos opacó esa primera impresión. En esas profundidades azules ya no había calor, no existía la cínica diversión que encontró en ellos al principio, lo que ahora

mostraban era un tormento tan profundo que lo notó hasta en su vacía alma.

—¿Mi actitud es indignante? ¿Carezco de modales? —Se carcajeó igualmente, pero ya no había risa en su voz—. ¿Y qué hay de los suyos? Entra en un dormitorio ajeno sin invitación, porque Dios sabe que yo no se la he dado. ¡Jamás se la daría a alguien de su condición! ¡A ninguno!

Su grito la sobresaltó, notó como se le erizaba el vello de los brazos y sintió una oleada de frío recorrer su piel.

—Largo. —Señaló la puerta con un gesto enfático—. ¡Fuera de aquí!

Tembló, fue incapaz de hacerlo, pero no podía moverse, algo la anclaba al suelo y no sabía si era él o era ella misma. Levantó poco a poco la barbilla y respondió con un rotundo:

—No.

Su respuesta pareció cogerlo por sorpresa y enfadarlo al mismo tiempo. Su rostro adquirió una profundidad y un odio que, de no estar ya muerta, habría temido por su vida.

—¿No?

Tragó saliva con suma dificultad. Más tarde se preocuparía por analizar su estúpida actitud, la forma en que lo enfrentaba abiertamente como si fuese una de sus chicas en una abierta pataleta. Él era mucho más peligroso, mucho más grande, pero también estaba mucho más herido. Negó una vez más con la cabeza y enderezó la espalda.

—Eso he dicho. No. —Se las ingenió para mantener ese tono educado y firme con el que aleccionaba a sus pupilas. En muchos aspectos los hombres eran igual que niños díscolos, especialmente cuando no se salían con la suya. Su padre había sido así y solo había una manera de enfrentarles—. Le ruego me disculpe por haberme presentado de esta manera y sin invitación, pero...

No le permitió articular ni una sola palabra más, avanzó hacia ella, le rodeó la muñeca provocándole una nueva descarga eléctrica en cada una de sus terminaciones nerviosas y la arrastró a través del dormitorio hasta la puerta.

—Está disculpada —declaró abriendo la puerta y empujándola a través del

umbral—. No vuelva a poner un solo pie en mi habitación.

Mary dio un respingo cuando la puerta se cerró de golpe ante sus narices. La madera pareció vibrar con el impacto, como si necesitase recalcar las palabras dichas tan solo un segundo antes.

Se llevó los dedos a la sien derecha y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Y todavía hay quien piensa que es difícil educar a los niños —murmuró para sí. Tomó una profunda bocanada de aire, se alisó el vestido y golpeó con los nudillos.

—Señor Shelswell, si pudiese concederme unos minutos...

Una sonora carcajada precedió a la respuesta masculina.

—¿Y ahora es cuándo llama a la puerta?

A estas alturas suponía que toda la cara estaría tan roja como un tomate. Era un alivio que no la viese, eso le ahorraría posiblemente algún dardo envenenado de semejante caballero.

—No sería inteligente por mi parte volver a irrumpir en su dormitorio sin una invitación y me tengo por una mujer inteligente.

—Si fuese usted una mujer inteligente, señora, ni siquiera se habría personado en ella para empezar.

Sacudió la cabeza y resopló.

—Oh, por favor —murmuró para sí y volvió a golpear la madera con los nudillos. El hecho de poder escuchar el sonido del golpeteo y notar la dureza de la puerta bajo sus nudillos contribuyó a alimentar su resolución—. Deje de comportarse como un niño y abra la puerta.

Una nueva carcajada y algo que sonó como un «esto es surrealista» emergió del interior antes de que su voz se hiciese más fuerte y puntualizara.

—No está invitada, señora, así que esfúmesese —replicó irritado—. Busque otro lugar por el que vagar.

Sus palabras le escocieron.

—¡Yo no vago! —replicó ofendida—. Y si lo hiciese, estaría en todo mi derecho a hacerlo por Bantry House. Es mi hogar.

Una nueva carcajada. Ese hombre tenía un verdadero problema de actitud.

—Lamento comunicarle que dejó de serlo en el mismo instante en que la diñó, señora.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño ante la extraña elección de palabras.

—¿En el mismo instante en la que... qué?

Hubo una serie de sonidos en el interior de la habitación que no llegó a identificar. Entonces la puerta se abrió de nuevo de golpe y allí estaba él, ahora vestido con unos pantalones, con sus ojos clavados en ella, mirándola con tal odio que casi se sintió empujada a retroceder.

—Diñarla, palmarla, morirse, irse de este mundo. *Caput*. —Enumeró una serie de sinónimos para su propio entendimiento—. Usted ya no debería estar aquí y, por encima de todas las cosas, yo no debería estar teniendo esta conversación.

Se cruzó de brazos y adoptó esa actitud de institutriz que tan bien tenía ensayada.

—Pues la está teniendo.

—Lo que me dice que mi psiquiatra es un completo inútil y que los innumerables años de tratamiento no han servido para nada —escupió atravesando el umbral y reuniéndose ahora con ella en el pasillo—. Un dineral tirado a la basura.

Por absurdo que pareciese, él la estaba culpando de ello.

—¿Insinúa que yo tengo la culpa de su ausencia de resultados? —Descruzó los brazos visiblemente ofendida.

—¿Acaso no es obvio? —La señaló con una mano, abarcándola de pies a cabeza—. Si hubiese dado el resultado esperado tú no estarías aquí ahora, no te vería ahí plantada con ese vestido pasado de moda y un peinado anticuado, sobre todo, no existiría interacción alguna como lo es esta enloquecedora conversación y, por encima de todas las cosas que no deberían suceder —Le cogió la mano y se la levantó, como si necesitase que ella también la viese—. ¡Jamás debería haber sido capaz de hacer esto! ¡Diablos! ¿Por qué demonios eres

sólida? Los demás no eran sólidos, no de una manera tan... tangible.

Le soltó la mano de golpe y se la llevó hacia el pecho para aliviar el dolor que le había provocado.

—Es usted un bruto —lo acusó. Entonces lo apuntó con un dedo—. Y sepa que esto también es una sorpresa para mí, una mayúscula. —Lo señaló entero—. Usted es el primer... hombre vivo con el que hablo en...

—Ahórreselo, querida, no me interesa —la interrumpió con firmeza—. No estoy nada interesado en su historia. Solo quiero perderla de vista, ¿entiende el concepto?

Arrugó la nariz una vez más, un gesto que siempre había sido muy suyo y que no había practicado en muchísimo tiempo.

—Braiden Shelswell-White, tenía usted mejores modales cuando era solo un niño que ahora que es un hombre adulto —replicó llevándose las manos a las caderas—. Debería darle vergüenza.

Una vez más su expresión cambió mudando de la ironía y el sarcasmo a la especulación y el recelo.

—Conoces mi nombre y yo no te lo he dicho —Esos enigmáticos ojos azules se entrecerraron hasta formar dos rendijas.

Resopló y optó por tomar un camino más sosegado.

—Como le decía, usted es el primer hombre vivo con el que tengo contacto en... demasiado tiempo —declaró y lo miró de arriba abajo, intentando superponer la imagen de aquel niño a la del hombre que tenía ante ella. Sí, la similitud estaba allí, los mismos ojos, el mismo rictus en su boca, el mismo color de pelo—. De hecho, nos conocimos hace años, cuando usted no era más que un niño. Y entonces hizo gala de unos modales exquisitos.

Él le sostuvo la mirada. A juzgar por la intensidad con que la miraba y la forma en la que la recorría de nuevo, estaba intentando recordar cuándo había sucedido eso.

—No lo recuerda. —Una triste afirmación. Podía ver en sus ojos que ese episodio se había borrado de su mente.

—¿Debería?

La ironía presente en su voz fue como una bofetada, un insulto hacia el único recuerdo amable que conservaba en un limbo de absoluta soledad.

—Albergaba la esperanza de que ese encuentro significase algo, especialmente al ver que se ha repetido —comentó con un suave chasquido—. Ahora ya no estoy tan segura.

Él no respondió pero le sostuvo la mirada.

—Ha dicho... que ellos... no eran corpóreos —insistió, recuperando sus palabras, intentando encontrarles una explicación—. Que este no es el primer encuentro que tiene con...

—¿Fantasmas? ¿Espíritus? ¿Difuntos? ¿Personas muertas y enterradas?

Su brusquedad fue como un ataque personal, pero estaba acostumbrada a lidiar con la brusquedad y la desesperación, lo había hecho durante los últimos años de su vida, ¿verdad?

—¿Cómo es posible que sea consciente de mi presencia de esta manera? —Preguntó lo que realmente quería saber, lo que la llevaba a plantearse un sinfín de preguntas—. Que yo... que usted... ¿Tiene idea de lo extraño que resulta el poder volver a tocar a una persona, el poder hablar de nuevo, el ser escuchada? ¿Cómo es posible?

Se lamió los labios.

—¿Quién es usted?

Sus ojos adquirieron esa sombra de dolor que vio en el mismo instante en que posó la mano sobre su pecho y reparó en la ausencia de latido de su corazón.

—Un hombre maldito —respondió con frialdad—. Uno cansado hasta el extremo de esta maldición.

Dicho eso le dio la espalda y volvió a la habitación, cerrando la puerta tras él y dejándola de nuevo sola. Pero aquella ya no era la misma soledad que había conocido hasta ahora, era una completamente distinta, una incluso más dolorosa.

CAPÍTULO 7

Braiden se dejó caer contra la puerta, notando la dureza de la madera a su espalda y el dolorcillo que le provocó en la parte posterior de la nuca cuando la golpeó contra la dura superficie. Se esforzó por llevar aire a los pulmones, obligándoles a trabajar, ordenando a su cuerpo seguir ejerciendo cada una de sus funciones al tiempo que luchaba con su mente y lo que esta intentaba procesar.

—No otra vez —murmuró para sí—. No ahora. No aquí.

Volvió a inclinar la cabeza solo para volver a dejarla caer hacia atrás con más fuerza.

—¡Malditos seáis! —siseó apretando los dientes con una intensidad que era un milagro que no se los hubiese partido—. No puedo volver a enfrentarme a esto, no ahora que ya lo había asumido.

Cerró los ojos con fuerza para refrenar las lágrimas que le picaban tras los ojos. No iba a derramar ni una sola, el llanto había quedado borrado de su espíritu aquella noche y no volvería a dejar que las compuertas se abriesen otra vez; si lo hacía, posiblemente no sobreviviese.

—Mierda, mierda, mierda, mierda. —Remarcó cada palabra con un golpe de la nuca contra la madera, un incesante martilleo que pronto se reprodujo en su cráneo. Pero era mejor eso que escuchar la voz de esa mujer, que ver cómo se apagaban sus ojos o verla llorar otra vez.

Solo había necesitado ver el brillo de sus ojos y la desesperanza en ellos

cuando creyó que no recordaba su encuentro para traerlo nítidamente a su memoria, para recuperar el recuerdo que se había esforzado por enterrar bajo capas y capas de auto convencimiento.

Solo había sido un niño entonces. Había venido a la mansión con sus padres y sus hermanos, para ver al abuelo y pasar unos días en la casa familiar. Recordaba haber visto una figura paseando por el jardín italiano. En un principio creyó que se trataba de un ángel pues el sol incidía sobre la mujer, dotándola de un halo brillante y misterioso. Se había acercado a ella lo suficiente como para ver unas lágrimas cayendo por sus arboladas mejillas, tenía los ojos húmedos pero eso no había evitado que cruzaran las miradas.

Sabía que no debía hablar con desconocidos, especialmente, no debía hablar con esas «personas» que solo parecía ver él, pues hacerlo entristecía a su madre y ponía una mirada extraña en la cara de su padre. Solo su abuelo lo alentaba en ese sentido, creyendo en sus palabras.

Pero ella estaba allí, con ese aire de tristeza y melancolía que lo atraía como un imán. Cuando llegó hasta ella estaba sentada en uno de los bancos y no había dudado en sentarse a su lado con la inocencia infantil guiando sus pasos.

«¿Por qué lloras?».

Su pregunta hizo que levantase la mirada y viese la humedad en sus mejillas.

«Porque nadie sabe que estoy aquí».

Su voz había sido suave, melodiosa y su suposición de que fuese un ángel se afianzó. Había extendido su manita hacia ella, cogiéndole de la falda antes de contestar.

«Yo sí lo sé».

Su mente infantil reaccionaba con sencillez, buscando respuestas obvias y ofreciéndolas sin dudar. Su madre solía decirle a menudo que era capaz de hacer que hasta los árboles le respondiesen con el ímpetu que ponía en su cháchara.

Los ojos de la mujer se habían dulcificado entonces, se había inclinado sobre él y le había hablado haciéndole sentir importante.

«Sí, eso parece». Le sonrió «¿Y puedo saber el nombre de tan amable y atento caballero?».

No dudó en responder al momento tal y como le habían enseñado.

«Braidan Shelswell-White». Replicó sintiéndose importante. «¿Y tú cómo te llamas?».

Ella le había sonreído entonces, deslizado una delicada mano por su cabeza tocándole apenas el pelo.

«Mary Elizabeth...»

«Braidan, ¿dónde te has metido ahora, pilluelo?».

La inesperada llamada de su padre había interrumpido al ángel, se había girado para decirle a su progenitor que estaba en el jardín y al volverse hacia la mujer, esta había desaparecido.

No había vuelto a verla desde entonces, a pesar de que había visitado la casa de nuevo y vivido en ella, especialmente después de la muerte de su padre, no había vuelto a pensar en ella y mucho menos a tener un encuentro como el de hoy.

—Mary Elizabeth —repitió ahora en voz alta, asociando el nombre con la inesperada visita que se había colado en su dormitorio—. ¿Un ángel? —Hizo una mueca al recordar su ingenuidad y sacudió la cabeza apartándose de la puerta—. Esa mujer no es un ángel, es una jodida pesadilla, una que está muy muerta.

Era un espíritu, un fantasma y, el hecho de que la hubiese confundido con una persona viva, que hubiese hablado con ella y, por encima de todas las cosas absurdas que le habían pasado a lo largo de su vida, la hubiese tocado, solo ponían de manifiesto que la pesadilla había vuelto de nuevo y con inusitada fuerza.

—De todos los regalos posibles por volver de la muerte tenía que tocarme precisamente la capacidad de ver las almas de los difuntos —resopló mirando hacia el techo, maldiciendo interiormente su propia fortuna—. Debí haberme quedado debajo del agua.

Aquella era su maldición, una que venía arrastrando desde el día en que lo arrancaron de los brazos de la muerte cuando no era más que un infante de corta edad. Una travesura que les había costado muy cara a los hermanos Shelswell-White.

—Se pondrá bien. —Le había dicho el médico del hospital a su padre después de hacerle varias pruebas—. No hay daño cerebral, lo cual es prácticamente un milagro dado el tiempo que pasó bajo el agua. Las demás pruebas han salido todas bien. Si sigue evolucionando, posiblemente puedan llevárselo a casa a finales de semana.

Y sí, su estancia en el hospital no se había alargado más allá de esa semana, pero el volver a casa no le había reportado la tranquilidad que necesitaba para sanar. Más bien al contrario, había sido el comienzo de otra pesadilla, una que no acababa de entender a la corta edad de seis años.

Pero entonces, ¿qué niño en su sano juicio intenta coger un pez con las manos y cae a la bahía lejos de la atención de sus padres y su hermano mayor? Si bien había aprendido a nadar casi tan pronto como a andar, la desigual superficie había hecho que se dejase por el camino la gorra y una brecha que a duras penas ocultaba su pelo.

Según le habían contado, había sido Richard quién había dado la voz de alarma al ver que algo caía al agua. Al principio pensó que podría tratarse de algún pez o incluso focas salvajes, pero cuando vio el gorro de lana en las piedras y él no aparecía por ningún lado, empezó a gritar. Su padre había sido el primero en acudir a su llamado, también fue el que lo localizó flotando y se lanzó a por él.

«*No respirabas, Brai*». Richard nunca se cansaba de contarle aquel episodio, sintiéndose culpable por haberle perdido de vista. John todavía no había nacido y su hermano se sentía responsable de él. «*Mamá no dejaba de llorar y papá... Nunca le vi tan desesperado como en esos interminables minutos en los que intentaba traerte de vuelta*».

Lo suficiente desesperado como para no rendirse hasta que empezó a toser

y expulsó el agua de los pulmones.

Sí, su padre le había traído de vuelta, pero él no había regresado solo, cuando abrió los ojos había alguien al lado de su progenitor, alguien que solo conocía por los retratos que había en casa: Su abuela paterna.

«Está bien, tesorito, todavía no ha llegado tu momento».

Su tête à tête con la muerte había tenido sus consecuencias, unas que habían marcado su infancia, adolescencia e incluso su vida adulta de maneras que nunca nadie comprendería.

«Puede que nadie entienda el maravilloso don que tienes ahora, Braiden, que tú mismo lo consideres una maldición, pero el viaje que tú has hecho trae consigo un pago. El tuyo ha sido benévolo. Te han concedido el don de ayudar a quienes se encuentran perdidos en la eternidad, el poder de liberar un alma de modo que pueda continuar su camino. Tus ojos verán cosas que nadie más verá, tus oídos oirán a aquellos que nadie más oye y tu alma reconocerá aquellas que son afines y que necesitan de tu guía. Eres un sanador de espíritus, el único que puede despertarles y darles la libertad».

Había sido el niño que tenía amigos invisibles, el chico que hablaba solo en la escuela, el adolescente que se metió en innumerables peleas y el hombre que decidió enterrar todo lo que era bajo capas y capas de autodeterminación y terapia.

«No puedes pasarte toda la vida huyendo de quién eres realmente, Braiden, debes enfrentarte a ella y salir victorioso».

Su abuelo, tan parecido a su padre y al mismo tiempo tan distinto, había sido el único que había creído en las «alucinaciones» de su nieto y el que lo había empujado a hacer algo más que negarse a sí mismo a creer en lo que veía.

«El que no pueda verlo con estos ojos, no quiere decir que niegue la existencia de algo más. Soy irlandés después de todo, eso me hace temeroso del otro mundo y fiel a él».

Pero los niños al final crecen, se convierten en adolescentes y finalmente en adultos, lo que se considera un juego de críos pasa a etiquetarse como una

rareza, incluso como un trastorno y las consecuencias derivadas de ello cobran una dimensión mayor.

Puedes ignorarlo, puedes aprender a suprimirlo o fingir que no está ahí hasta convencerte de ello, solo para desear que vuelva en el momento que menos lo esperas, cuando la desesperación te lleva a caminos que de otro modo no transitarías.

Aquella era su particular maldición, se había pasado toda la vida renegando de su don para perderlo cuando más lo necesitaba.

Atravesó la habitación y se detuvo junto a uno de los ventanales. La tarde empezaba a decaer, el cielo pronto empezaría a teñirse de naranjas y añiles antes de dar la bienvenida a la noche y tras esta, a un nuevo día.

—No he venido aquí para revivir el pasado —se dijo a sí mismo, obligándose a grabarse sus propias palabras en la mente, a escuchar a su cerebro—. Ni para tener una estúpida conversación con el maldito fantasma de una mujer de los años veinte.

Tenía que centrarse, hacer a un lado todo lo demás y hacer aquello por lo que había venido. Se encargaría de la gestión del lugar durante los dos próximos meses y, tan pronto el viejo estuviese fuera de peligro y lo suficientemente bien para volver a casa, le devolvería las llaves de ese lugar con todo lo que encerrase.

CAPÍTULO 8

Dos semanas después...

—No sé cómo lo haces pero tienes peor aspecto que cuando llegaste y eso es mucho decir.

Dejó de teclear y levantó la mirada del portátil para ver a su tía atravesando las puertas que comunicaban la sala de estar con la biblioteca. Los ojos de la mujer cayeron sobre él como muchas otras veces a lo largo de los últimos catorce días.

—Bueno, al menos hoy te has afeitado —continuó con su habitual resumen matutino—. ¿Has conseguido descansar?

Una pregunta que no dejaba de repetirse de vez en cuando combinada con frases como: «¿*ESO es todo lo que vas a comer?*», «¿*Acaso crees que eres un vagabundo?*» y su favorita; «*Haz el favor de dejar eso e irte a dormir*». Era como volver a los días en los que vivía allí con sus hermanos, después de la muerte de su padre y de que la mujer hubiese ejercido más veces de las que quería recordar de madre. Especialmente porque la suya había estado sumida en ese entonces en su propio duelo.

Se llevó la mano a la frente y se frotó el entrecejo.

—Es difícil conciliar el sueño cuando tienes duendes irlandeses zapateando en tu cerebro —comentó mientras se obligaba a mantener la mirada sobre la mujer y no desviarla más allá, al otro lado de la biblioteca donde *ella* volvía a sus hábitos de lectura.

Tenía que admitir que no le molestaba, si consideraba como molestia el dirigirle la palabra, interrumpirlo o intentar captar su atención. No, ella era más sutil, se limitaba a estar presente en el mismo lugar que él, silenciosa, callada, pero tan presente que empezaba a desquiciarle.

—Deberías haber ido al pub del pueblo, un poco de whisky y podrías haberlos mandado a dormir —le soltó. Recorrió la breve distancia que los separaba y se detuvo a su lado. Había ocupado el pequeño escritorio en el lado

opuesto al piano y llevaba ya horas intentando concentrarse en lo que tenía entre manos.

—El whisky embota los sentidos.

Por no mencionar que el frufrú de la maldita falda y los sonoros pasos de unos zapatos de tacón sobre la madera del suelo hacían que su atención se desviase cada vez que esa maldita mujer se movía. El suave aroma a lilas que parecía colgar en el aire le picaba la nariz y los murmullos o risitas que emitía de vez en cuando habían hecho que quisiese estrangularla. Una pérdida de tiempo, la muy puñetera ya estaba muerta.

—A veces es necesario tenerlos embotados, se trabaja mejor. —La respuesta de Sorcha lo obligó a prestarle toda su atención—. Por otro lado, llevas tanto tiempo encerrado entre estas cuatro paredes que puede que lo que necesites es que te dé el aire. Esta mañana no hay viento, nos hemos librado de las nubes grises de los últimos días y, si te abrigas, no sentirás ni el frío. Deberías aprovechar y salir a dar un paseo a ver si eso te despeja y te quita esa palidez de las mejillas.

Puso los ojos en blanco ante los consejos de abuela que todas las mujeres de la familia parecían tener listos para verter sobre él. Cait parecía decidida a hacer piña con su madre para preocuparse por su bienestar, aunque, en el caso de su prima, se limitaba a decirle que durmiese más y fumase menos; toda una ironía, pues solo había fumado un cigarrillo en las últimas dos semanas. Y solo lo había hecho porque estaba totalmente desquiciado después de una noche de pesadillas.

—Lo haré cuando termine de repasar la contabilidad —optó por hacer notar su trabajo y señaló los dos pesados libros que se apilaban en una esquina sobre la mesa—. Casi me da un ataque cuando Cait me dio estos dos libros después de preguntarle sobre los listados de huéspedes y la contabilidad. Me sorprende que sigamos teniendo estas cosas con el programa contable tan bueno que tenemos.

—Quedan bien sobre la recepción y a los huéspedes les ilusiona escribir su

nombre como se hacía antiguamente, en un libro de registros —se encogió de hombros—. El programa contable lo desarrolló Elías hace un par de años y la verdad es que tu abuelo está encantado con él.

No era para menos, el programa que había diseñado el marido de su prima era realmente bueno y útil.

—He visto algunos nombres conocidos en el libro de visitas —comentó entonces deslizado un dedo sobre las distintas caligrafías que anotaban los nombres de los huéspedes—. ¿Los O’Leary no eran ese matrimonio que se pasaba el día discutiendo por todo?

El rostro de su tía adquirió otro fondo, sus labios se estiraron ahora un poco más hasta formar una sonrisa.

—Sean O’Leary sigue teniendo como afición principal en la vida llevarle la contraria a su esposa —asintió—. Aunque los años no pasan en vano y, yo diría que ahora a su señora poco le importan sus opiniones.

Y aquellos eran los típicos cotilleos que se daban en una casa de huéspedes. Recordaba al matrimonio de años atrás, básicamente eran asiduos a pasar sus vacaciones en Bantry, a pesar de que vivían en la otra punta del país.

—Más que no importarle, no las escucha. —La suave y no invitada voz femenina llegó desde el otro lado de la biblioteca—. Esa adorable dama ha perdido audición en los últimos años. Debería fijarse en la forma en que ladea sutilmente la cabeza, es algo que solía hacer mi padre cuando empezó a mermar la suya.

Un breve escalofrío le recorrió la columna y sintió como se le ponía la carne de gallina debajo de las mangas de la camisa. Tuvo que morderse la lengua para no replicar en voz alta y provocar un incidente del que no podría salir bien parado. Ella ni siquiera se había girado, seguía sentada en una de las antiguas sillas junto a la galería, con la espalda recta mientras los delicados y largos dedos jugaban con las hojas del libro que tenía abierto sobre el regazo.

«Hacía tanto tiempo que no pasaba las páginas de un libro».

Esa había sido una de las frases que escuchó en sus labios la primera vez

que coincidieron en la biblioteca, había sido su primer intento por entablar una conversación, suponía, uno que había rellenado con silencio. Ignoró su comentario aunque no por ello le restó credibilidad a su comentario, ya en sus días en la casa se hacía visible que el hombre no escuchaba muy bien. Lo que no podía ignorar tan fácilmente era su presencia, escuchar el movimiento de las cuentas del collar que le rodeaba el cuello chocando con la pedrería del vestido u olvidar la exclamación de sorpresa que había pronunciado esa primera vez, cuando se inclinó sobre una de las bajas estanterías llenas de libros, abrió una de las puertas y extrajo de su interior uno de los antiguos y coloridos tomos que pertenecían a la colección de la familia.

—Todos los años tenemos al menos dos matrimonios que siempre repiten su estancia con nosotros —continuó su tía ajena a sus propios pensamientos—. Suelen dejar las reservas hechas de su estancia para la siguiente. Incluso ahora, en la recta final de la temporada, ya hay reservas hechas para el mes de abril del año que viene.

Sí, había visto las reservas en la base de datos. Bantry House solía dar alojamiento y desayuno desde abril a octubre, permaneciendo cerrado al público los meses de otoño e invierno para hacer mantenimiento y balance del año. De hecho, los huéspedes con los que se había encontrado al llegar habían dejado el alojamiento a lo largo de la semana pasada, ya solo quedaban un par de parejas, las cuales pertenecían al pueblo y habían venido a pasar tan solo el fin de semana para celebrar su reciente matrimonio.

Una imagen de la mansión vestida de blanco por la nieve y engalanada con las guirnaldas de las últimas navidades que pasó en la casa pasó fugaz por su mente, esas fueran sus últimas fiestas en familia en Cork, una vez empezó el nuevo año, voló hacia los Estados Unidos dónde se estableció.

—¿Tenemos pendiente algún tour de recreación fuera de temporada?

Sabía que unos años atrás se había celebrado el primer festival *Fadó* en Bantry y que su abuelo había decidido colaborar en las celebraciones. Su hermano y su cuñada habían asistido a la recreación de una época en la que no

existía luz eléctrica, ni los teléfonos móviles. Recordaba que Richard le había dicho que se habían encendido algunas de las chimeneas, iluminando todo con velas e incluso se había invitado a la gente a acudir vestidos de época.

—La señora Vikery, no sé si la recordarás, es la historiadora local, se ofreció a hacer un tour para los visitantes y hablarles de los cuadros que tan bien conoce —comentó a modo de información—. Entonces ocurrió lo de tu abuelo y se decidió posponer dicho tour.

Desde luego no era el momento para organizar una fiesta de disfraces, pensó con ironía, echando un vistazo por encima del hombro de su tía para ver a la única mujer que posiblemente encajaría en un evento así. Quizá, incluso, podría hablar de la casa de un modo que ninguno de los actuales habitantes sabría; eso sí decidía creer que la señorita Mary Elizabeth había vivido, tal como había hecho alusión, en ese lugar.

La muchacha, porque ese era el aspecto que tenía, el de una mujer joven de poco más de veinticinco años, tenía la mirada puesta en la galería. Parecía pensativa, la luz que entraba por las puertas francesas parecía envolverla en un misterioso halo que la hacía incluso más irreal y acentuaba esa clásica belleza de los divertidos años veinte.

La recorrió con la mirada, le había dicho que parecía una *flapper*, pero en realidad su atuendo era más bien conservador, la sencillez de su vestido y el largo de la falda hablaba más bien de un atuendo de celebración más que el que correspondería a una jovencita que disfrutaba de las fiestas, los bailes y una vida distendida.

—Geoffrey había disfrutado mucho en la última recreación vistiéndose como el señor de la casa —continuó Sorcha arrancándole de su ensimismamiento—. Ya sabes de su afición como coleccionista y lo mucho que le gusta indagar en sus raíces, está intentando recuperar algunas de las obras originales que se vendieron antes de que él heredase el condado. Ha convertido el desván en un almacén de objetos antiguos pertenecientes a la casa.

—Pronto podrá seguir con sus aficiones, de hecho, ese hobby es mucho más adecuado para él con su edad, que llevar la gestión de este lugar —aseguró dejando claro lo que opinaba de todo aquello.

Su tía suspiró.

—¿Crees que no lo sé? He intentado por todos los medios que delegue, que deje la gestión de la casa en manos de Cait y Elías o incluso en las de Richard, pero se niega.

—Richard no aceptaría el trabajo, tiene suficiente con el suyo —aseguró con cierta ironía—. Pero Cait y su marido están llevando ya gran parte de la gestión del lugar, deberían ser ellos los que se hiciesen cargo a partir de ahora. El viejo no puede seguir al frente, otro susto como este y, quizá no lo supere.

Ambos estaban de acuerdo en ello, era algo que sabían tan bien como respirar, ahora, el problema era hacérselo entender al obtuso octogenario.

—Por cierto, el martes vi a la señora MacGillivray, esa mujer sigue siendo una toda terreno a pesar de su edad —comentó recordando a la anciana mujer y la ilusión en su mirada cuando lo había visto entrar por la puerta de su casa. Había aprovechado una tarde para bajar al pueblo y hacerle una visita. Era una de esas mujeres que siempre habían estado presentes en su infancia y ya de adulto, le había abierto los ojos a una profesión que hasta entonces solo había sido un hobby—. ¿Te puedes creer que me hizo in situ una tarta de manzana?

Sorcha se rió mientras asentía.

—Su hija no dejaba de reírse mientras me lo contaba, parece que incluso te leyó la cartilla por no ir a verla antes.

Asintió y sonrió ante el recuerdo.

—Tuve que prometerle que iría a buscarla un día para preparar un plato tradicional en la cocina de Bantry y demostrarle que no me había vuelto un snob de la cocina —se rió y sacudió la cabeza—. Es admirable la vitalidad de esa mujer. Realmente formidable.

—Pues ve fijando el día, sería todo un cambio verte en los fogones en vez

de encerrado en las distintas salas de la casa trabajando sin parar —le aseguró poniéndole una mano sobre el hombro—. Incluso tú necesitas tiempo para reconciliarte con esta casa y hacerlo de verdad.

Abrió la boca para decir algo pero la mirada de la mujer lo llevó a guardar su protesta y dejarlo correr. Involuntariamente desvió la mirada hacia la galería y se encontró con el lugar que había ocupado su particular pesadilla vacío; se había ido.

—Ya era hora.

—¿Decías algo, hijo?

Se giró hacia su tía y negó con la cabeza. Guardó toda la documentación que estaba utilizando, apagó el portátil y lo cerró.

—Nada. —Negó, se levantó y le dio la espalda a las puertas francesas que llevaban al jardín—. Voy a hacer lo que me has sugerido y dedicarme a respirar un poco del aire de Irlanda.

La besó fugazmente en la mejilla y abandonó la habitación.

CAPÍTULO 9

Mary no podía dejar de maravillarse con la cantidad de cosas que había vivido, si se podía decir de esa manera, esos últimos quince días. Sin duda, lo más excitante de todo había sido poder coger un libro. Había tocado su cubierta, pasado sus páginas y leído su contenido. Sus dedos no lo habían atravesado, se habían adherido a la cubierta, notando su tacto, incluso pudo captar el aroma a viejo del papel... Nunca, en el tiempo que llevaba vagando, había podido hacer otra cosa que ver y anhelar, pero sin poder formar parte del mundo.

Él era el único culpable de todo lo que le sucedía, lo sabía, no le quedaba duda alguna, pero el saberlo solo traía consigo más preguntas como el ¿por qué? Su presencia la hacía sentir de nuevo, descongelaba su eternidad y le daba un poco de color a los grises en los que moraba. Pero así como el sol se ponía, también se apagaban esas sensaciones, aromas y emociones cuando se alejaba de Braiden Shelswell.

Era como si su presencia la acercase a la vida, a un espectro de ilusiones que eran todo para alguien a quién no le quedaba nada.

Había intentado mantenerse en un segundo lugar, dejarle su espacio, había aceptado su mutismo y que la ignorase deliberadamente, pero era incapaz de quedarse quieta o lejos de él, el solo hecho de que supiese de su presencia, las veces que lo había pillado mirándola de soslayo, que había escuchado esos ruiditos frustrados la llevaban a querer seguir ahí, aunque solo fuese para

incordiarle.

¡Por Dios! Hacía casi un siglo que no mantenía una conversación, que alguien escuchaba sus palabras y respondía a ellas, ¿realmente esperaba que se hiciese a un lado y ya está?

Ni hablar. Estaba tan hambrienta de compañía que no le molestaban sus desplantes o esa auto impuesta disciplina, se conformaba con saber que notaba su presencia, que la espiaba por encima del hombro, que era consciente de que estaba allí, especialmente porque eso parecía molestarle.

Dejó atrás las puertas de la biblioteca y caminó por el pasillo central del jardín italiano. Los bajos setos estaban recortados en formas geométricas, un reflejo a los antiguos jardines europeos que tanto habían impactado a los primeros moradores de la casa. A esas horas de la mañana el lugar solía estar vacío y podía deambular por las inmediaciones y disfrutar por primera vez de algo más que los recuerdos. Escuchar el agua del estanque, sentir el viento moviendo las hojas de las enredaderas e incluso meciendo su pelo. Se detuvo ante la estatua que hacía de eje central del jardín, una figura de piedra aislada en medio de una balsa de agua, casi como ella misma en ese limbo en el que moraba. La luz del sol se filtraba por entre los recovecos de las columnas vegetales dotándolas de una brillantez y vivacidad que se hacía contagiosa. Extendió los dedos para atrapar los rayos y esas aquietadas emociones por el paso del tiempo volvieron de nuevo a la vida como un lento rumor.

Siempre le habían gustado esos jardines, pasear entre las plantas, perderse en los senderos que transcurrían por el bosque y creer, durante unos breves instantes, que era libre de todo convencionalismo y de la vida que le había tocado vivir.

Había sido una ingenua, una niña tonta que no sabía nada de la vida, alguien que pensó que sería protegida toda su vida. Había planeado su futuro tan cuidadosamente, había fantaseado con quién sería su esposo, en los hijos que tendrían, incluso había elegido sus nombres, pero entonces perdió a su familia y con ellos todas las ilusiones que se había hecho. Se vio obligada a poner los pies

en la tierra y hacer algo más que lamentarse. No tenía más que pensamientos de agradecimiento hacia su prima por abrirle las puertas de su casa, por acogerla en su seno y tratarla como a alguien más de la familia. Con todo, en su fuero interno, siempre se preguntó qué hubiese pasado si las cosas hubiesen sucedido de otra manera.

«Eres una buena mujer, Mary, más inteligente que la mayoría de damas. Un día tendrás lo que deseas, aquello que te mereces. Lo sé. Hasta entonces, simplemente recuerda que este es también tu hogar».

Dejó escapar un suspiro y entrecerró los ojos al notar la luz colándose entre los dedos, sintiendo el calor reflejándose en su rostro, despertando su piel y su dormida alma. No había necesidad de girarse, sabía que era él, Braiden, un hombre cuyo corazón parecía estar tan marchito como su propia alma.

No la estaba buscando. No había salido al jardín con intención de encontrarla y, sin embargo, allí estaba.

«Soy como un faro que los atrae».

¿Cuántas veces le había ocurrido lo mismo? ¿Cuántas veces se había encontrado incapaz de escapar de sus propios ojos y cuántas más deseó poder verlos sin conseguirlo? No, no estaba dispuesto a formar parte de nuevo de ese juego. No iba a volver a esa parte de su vida. Nada bueno salía de ello, ni siquiera le sirvió para obtener perdón por sus muchos errores.

No. Ella no cambiaría las cosas, no dejaría que ese halo de soledad y tristeza que la envolvía lo ablandase, no sería atrapado por su encanto de sirena.

Optó por dar media vuelta y cambiar de dirección, pero su voz fue de nuevo la que puso cadenas a sus pies.

—Debe sentirse muy poderoso o realmente inseguro para evitar incluso cruzarse conmigo, señor. —Escuchó su voz, suave, melódica y con una calidez extraña—. ¿O es que piensa que una mujer puede hacerle daño?

Se obligó a mantenerse de espaldas a ella. Debería ignorarla, irse sin más, pero su lengua parecía tener vida propia.

—Solo los vivos pueden hacer daño a los vivos.

—Ah, parece que ha recuperado usted la audición.

Apretó los dientes y se mantuvo en sus trece.

—No recuerdo haberla perdido en ningún momento.

—Una admisión poco halagüeña, he de decir, dado que lleva evitándome las dos últimas semanas.

—La única que estoy dispuesto a hacer —replicó—. Esperaba que no fuese otra cosa que un producto de mi imaginación. Deberé poner más empeño en que así sea.

La oyó chasquear la lengua, un sonido muy femenino que le provocó un pequeño escalofrío y al que siguieron los pasos que daban sus pies sobre el arenoso suelo.

—¿Le parezco algo salido de su mente, Shelswell?

Se quedó a su lado, su falda rozándole apenas, obligándole a ser aún más consciente de su presencia. La miró de reojo, deslizó los ojos sobre su cuerpo menudo antes de recalar en esas gemas verdes y replicar.

—Tiene demasiada ropa puesta para eso.

El golpe fue directo a juzgar por la manera en que se tensó, en que esa palidez en sus mejillas dio paso a un suave rojo que iba aumentando paulatinamente hasta encenderla por completo.

—Tal y como ya le había dicho, carece de los más básicos modales.

No pudo evitar sonreír con ironía ante el afectado tono de su voz.

—Sí, recuerdo que esa ha sido su primera acusación.

—No veo que haya hecho nada para remediarlo.

—¿Por qué debería? —Mantuvo esa pose insultante. Quería hacerla desistir, que se apartase de él, que lo ignorase como él deseaba hacer con ella. Pero todo lo que hizo fue cruzarse de brazos y sonreír.

—¿Es siempre tan irritante?

—No. Solo cuando un puñetero espíritu se dedica a hacerme la Pascua.
Sacudió la mano como si quisiera deshacerse de sus palabras.

—No tengo la menor intención de preparar celebración alguna para una persona como usted.

No sabía si echarse a reír o dar media vuelta y dejarla allí plantada. Las dos opciones eran demasiado atractivas a sus ojos.

—Bien. ¿Por qué no añade a eso el no volver a hablarme el resto de mi vida? —le sugirió—. Y, si además lo adereza con una, digamos, oportuna y *definitiva* desaparición, sería perfecto.

Esa menuda mujer se limitó a ladear la cadera y alzar la barbilla con una terquedad y desafío únicos.

—Desaparezca usted, yo llevo aquí mucho más tiempo —le soltó—. Le aseguro que lo gano en antigüedad.

Se rió. No pudo evitarlo.

—Le concederé eso, señora —aceptó recorriéndola con la mirada—. Dios sabe que no está vestida como una mujer del siglo veintiuno.

Ella enarcó una ceja pero no dijo ni una sola palabra más. Los delicados y rosados labios apenas se fruncieron, como si estuviese luchando consigo misma para no morderle o algo peor.

—Es demasiado tiempo para que alguien vague por un mismo lugar —continuó con su propia reflexión—. Debería irse, seguramente en el otro lado encontrará las cosas que conoce. Ya sabe, fiestas, buenos modales...

—Empiezo a encontrarle muy irritante.

—Hazte un favor, háznoslo a los dos, Mary, y ve hacia la luz o, en último caso, regresa a la tumba.

Una bofetada. La mejilla le picaba con el gesto de lo que sin duda había sido un tortazo en toda regla, uno dado con una mano pequeña y femenina, la misma que ahora se sujetaba ella con la otra.

—Por Dios qué ganas tenía de hacer esto.

Bueno, sin duda se lo había merecido, pensó entre irritado y divertido por

su comentario, pero eso no evitaba que quisiera deshacerse de ella. Su presencia allí parecía la excusa perfecta para ensañarse con el mundo que lo rodeaba, con la maldición que corría por sus venas.

—¿Por qué sigues aquí?

Vio como apretaba los labios, como tensaba la mandíbula y esos ojos se llenaban de una vida que no debían tener, de una emoción que no existía realmente.

—Porque no puedo irme.

Ladeó la cabeza.

—¿Lo has intentado siquiera? Quizá necesites un empujoncito.

Escuchó como resoplaba, sus ojos lanzaban chispas, levantó la barbilla en un femenino gesto de plausible terquedad y replicó con acidez.

—¿Y usted es el que va a dármelo? —replicó con voz aguda—. Ni siquiera le interesa intercambiar un par de palabras conmigo que no contengan insultos, así que no espero que pueda hacer algo más altruista.

Giró como una delicada bailarina, sus pasos parecían firmes sobre el camino mientras avanzaba a través de los jardines.

—Para ser un jodido fantasma, tiene una forma única de dejar huella —murmuró para sí.

Esa irritante mujer se hacía demasiado presente, demasiado real y eso hacía que ignorarla fuese incluso más apremiante a la par que más difícil.

CAPÍTULO 10

Le había pegado. Mary no podía dejar de mirarse la mano que había entrado en contacto con ese duro rostro. Había sido un acto irreflexivo, motivado por el sarcasmo presente en sus palabras, encontrando en ellas una dolorosa punzada que, hasta él, ni siquiera habría sentido. El arrepentimiento había llegado en el mismo momento en que su mano impactó con el rostro masculino, pero se había diluido con la misma fugaz rapidez ante su inesperada pregunta.

«¿Por qué sigues aquí?».

Porque no podía irse, esa era la única respuesta que podía darle y que no había pronunciado en voz alta, la única que conocía y que aun así no podía concretar.

Sacudió la cabeza y cerró los dedos de la mano.

—Demonios, jamás le he levantado la mano a un ser vivo —se reprendió a sí misma—. Con mis niñas solo hacía falta el diálogo. ¿De dónde ha salido ese arrebató de violencia?

Nunca había sido una mujer propensa a las emociones descontroladas, mantenía su carácter bajo una firme batuta, la misma que utilizaba para guiar a sus alumnas y que le había ayudado a soportar los largos años en los que ejerció de enfermera en el hospital.

—Ese hombre es capaz de sacarme de mis casillas —No le quedó más remedio que admitir. Por otro lado, no era como si alguien más hubiese tenido la

oportunidad de hacerlo con anterioridad. Ni siquiera Alaister le había motivado tales arranques cuando lo había atendido durante su convalecencia, su marido había estado frustrado por su incapacidad de volver al campo de batalla, pero nunca había sido deliberadamente cruel.

La manera en que se comportaba ese hombre, lo que parecía provocarle su sola presencia era desconcertante. Sabía que no tenía motivos para ello, puesto que no se conocían, pero Mary estaba cada vez más convencida de que Braiden Shelswell odiaba su sola presencia. Era como si ella fuese un recordatorio de algo que lo perturbase, de algún evento pasado que hubiese marcado su vida. Uno que sin duda debía tener relación con el hecho de que no le hubiese sorprendido lo más mínimo el conocer su condición.

«*Estoy maldito*».

Esas habían sido sus palabras, pronunciadas con una palpable amargura. ¿Pero qué clase de maldición podía hacer que un hombre viese más allá de la vida?

Él no era un huésped como los muchos que pasaban cada año por la mansión, en las últimas dos semanas había comprendido que se trataba de un miembro de la familia Shelswell-White, descendiente del actual conde de Bantry, lo que lo convertía en alguien incluso más interesante. De una manera lejana era descendiente de la mayor de las hijas de su prima, Arethusa, eso hacía que, a pesar de sus malos modales quisiese mantenerse cerca de él y comprender el por qué él, de entre todas las posibles personas en el mundo, era capaz de verla.

—Las preguntas se acumulan —rezongó para sí, se mordió la almohadilla del pulgar y se apoyó en el pedestal de piedra que enmarcaba la cima de la escalinata sin muestra alguna de fatiga—. Y él no parece demasiado inclinado a dar respuesta a ninguna de ellas.

Dejó escapar un resoplido y paseó la mirada por los lindes del terreno, lo que una vez fue su amado hogar y hoy se le antojaba una hastiada cárcel. Le dio la espalda a la bahía y deambuló por el límite del muro, aquel que invitaba a ser

traspasado y adentrarse en el frondoso bosque que se alzaba ahora ante ella. Bajó la mirada a su mano, movió los dedos y recordó el hormigueo que los había recorrido, el tacto duro de un rostro bajo su mano cuando lo abofeteó.

—Y el que le pegases una bofetada no cuenta precisamente a tu favor —se recordó. Se mordió la cara interior de la mejilla y cerró los ojos con fuerza.

¿Cuánto empeño había puesto a la hora de acatar las normas de la sociedad? ¿Cuánto se había esforzado por conformarse y dar esa imagen de mujer segura, disciplinada y elegante, adoptando el reflejo que todo el mundo parecía esperar de ella? Solo Alaister parecía haber visto más allá, descubriéndola como era y aceptándola por ello. Él, más incluso que su familia, la comprendía a un nivel tan profundo que le fue imposible no enamorarse de él.

—Ojalá hubiésemos tenido más tiempo —musitó dedicando un tierno pensamiento al hombre que había sido su marido.

Se dejó caer en uno de los bancos de piedra cubierto de musgo, sus dedos acariciaron el suave y húmedo liquen mientras se reprendía por haber sucumbido a su temperamento, por haberle dado a Braiden una excusa para rechazarla con mayor ímpetu cuando lo que deseaba era acortar las distancias.

No comprendía de dónde salía esa necesidad, especialmente con los desplantes a los que se enfrentaba una y otra vez con ese hombre, quizá el hecho de desafiarle sabiendo lo mucho que le molestaba que merodease a su alrededor era uno de sus alicientes. Fuese como fuese, ese hombre tenía algo que la atraía como un imán y estaba dispuesta a descubrir cuál era el motivo de ello.

—Las guerras no se ganan sin presentar batalla.

Se levantó con renovado ímpetu y no pudo evitar notar la diferencia también en eso. Emociones que volvían a la vida, ecos que dejaban de ser meros recuerdos y adquirirían unas dimensiones largamente olvidadas, si no supiese que su corazón ya no latía, podría jurar que lo escuchaba tronar en sus oídos, que su respiración se aceleraba ante la emoción que generaba la ansiedad... Pero nada de aquello formaba parte de la realidad y sí de una eternidad hecha a base de recuerdos.

Decidida a llevar adelante su particular asalto, dio media vuelta y se dispuso a volver sobre sus pasos, pero no llegó a bajar siquiera un escalón; él subía hacia ella.

—Por una vez, y sin que sirva de referente, estamos de acuerdo.

Apenas pudo ocultar su sorpresa al verle allí.

—Sin duda algo digno de tener en cuenta.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Deberías tenerlo —continuó tuteándola—. Está claro que tú has sentado las bases de una dura batalla.

Parpadeó.

—Eso no es verdad.

—Me has pegado —le recordó llevándose la mano a la mejilla en un irónico recordatorio—. Yo a eso le llamo dejar las cosas muy claras.

Bufó y se cruzó de brazos.

—He de reconocer que ha sido un acto irreflexivo e impropio de una dama —se aclaró la garganta—. Por otro lado, su forma de comportarse deja mucho que desear.

Se rió entre dientes, deteniéndose al llegar a su altura.

—Disculpas aceptadas, señora mía.

Abrió la boca con un abierto jadeo.

—Yo no...

Pero él ya no la escuchaba, pasó por su lado y se detuvo para girarse y contemplar las vistas desde la cima de la escalinata.

—Son unas vistas impresionantes.

Siguió su mirada y tuvo que estar de acuerdo con él, con todo, no se molestó en confírmalo.

—¿Cuánto tiempo llevas viendo esta misma imagen?

Se lamió los labios y observó la bahía a lo lejos, con la casa recortándose ante ella.

—A veces creo que toda mi vida.

Se giró hacia él y se encontró con sus ojos clavados en ella.

—¿Por qué sigues aquí?

No dudó en su respuesta, era la única que tenía para darle.

—Porque no puedo irme.

Entrecerró lentamente los ojos sin dejar de mirarla. Por primera vez desde que habían intercambiado las primeras palabras, no había sarcasmo o ironía presente en su voz.

—¿Y cuál es el motivo que te obliga a quedarte?

La pregunta penetró en su mente, abrió la boca dispuesta a contestar pero las palabras no acudieron. Su mente se quedó en blanco. No lo sabía, comprendió con repentina sorpresa, todo lo que sabía era que no podía abandonar aquel lugar pero ignoraba el motivo que le impedía hacerlo.

—No lo sé.

Su rostro cambió paulatinamente volviéndose especulativo. Abrió la boca como si estuviese dispuesto a decir algo, entonces negó con la cabeza y volvió a fijar la mirada en el horizonte.

—Yo... tengo que estar aquí, sé que debo quedarme, pero... —continuó en voz baja, intentando dar con la respuesta adecuada, intentando comprender qué era eso que no podía alcanzar, que parecía haber olvidado también—, el motivo es... complicado.

—Debe serlo cuando no recuerdas el por qué.

Hizo una mueca, ahí estaba de nuevo esa vena irónica presente en su voz.

—Si va a volver con los insultos...

La miró de soslayo.

—Empiezo a darme cuenta de que la mayoría de ellos te resbalan y, cuando no lo hacen, reaccionas de una manera bastante contundente —replicó irónico—. Pegas fuerte por cierto.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Debe haberle causado una gran impresión el que lo haya abofeteado una mujer si es usted incapaz de dejar el tema —murmuró alzando la barbilla con

gesto desafiante.

—Lo que me impresiona es que lo haya hecho una mujer que lleva varias décadas muerta.

—Sin duda un verdadero problema para usted.

Esos labios volvieron a curvarse en una perezosa sonrisa, la frialdad desapareció de su rostro reemplazada por la apatía mientras abandonaba su apoyo y empezaba a caminar por el sendero.

—No es tanto un problema como una maldición. —Utilizó las mismas palabras que ya había usado antes—. Demasiadas consultas perdidas a lo largo de mi vida, con lo bien que podría haberme venido ese dinero...

Volvió a ponerse en marcha, alejándose por el sendero que marcaba el límite de la casa principal y el inicio de los terrenos del bosque.

—No es la primera vez que menciona esa palabra —le dijo llamando su atención. No pudo evitar sentirse incómoda al ver cómo se iba alejando. A ella no le estaba permitido traspasar los límites de la propiedad.

Podía sentir ese conocido cosquilleo en el cogote, el aviso de que estaba acercándose a los límites de su cárcel. Había intentado ir más allá de esa frontera invisible, pensando que quizá esa fuese la llave para dejar ese lugar, pero cada vez que ponía un pie más allá de esa línea invisible su alma se desgarraba, su cuerpo se diluía y lo próximo que sabía era que estaba una vez más en el salón rosa. Lo mismo ocurría cuando se acercaba a la entrada principal o en los límites de la terraza colgante que dominaba la bahía. Estaba confinada en esa casa.

—Es la mejor descripción para esta locura.

Continuó avanzando, parecía dispuesto a internarse entre los árboles e ir más allá.

—No debería continuar, terminará adentrándose en el bosque.

Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiese retenerlas. La ansiedad que notó en ellas la cogió por sorpresa, todo parecía hacerse más intenso en su compañía, como si su presencia la atase a una vida que ya no era suya.

Él se detuvo y se giró en su dirección.

—¿Miedo a las alimañas?

Miró el bosque a sus espaldas e hizo una mueca.

—Con seguridad que no son de mi gusto, pero no creo que a ellas les importase mucho mi presencia en sus dominios.

Sonrió y esta vez parecía sincero.

—Tienes toda clase de respuestas preparadas para salir airosa.

Negó con la cabeza.

—Solo me limito a constatar un hecho.

Volvió a mirar hacia el bosque y luego a ella.

—Puedes regresar sobre tus pasos en el momento en que lo prefieras —la invitó a ello—. No te lo tomaré a mal, al contrario...

—¿Tanto le molesta mi compañía?

La miró con palpable ironía.

—No sé. Déjame pensar —se frotó la barbilla—. Llevo sufriendote los últimos catorce días sin haberlo pedido. De hecho, no recuerdo siquiera haberte alentado a ello.

Se cruzó de brazos.

—No recuerdo haber cruzado palabra alguna con usted las últimas dos semanas, señor Shelswell.

Soltó un resoplido.

—La sutileza no es lo tuyo, querida.

—No soy su querida.

La miró de los pies a la cabeza y no pudo evitar sentirse expuesta.

—Me preocuparía tener esa clase de relación con un fantasma, la verdad.

Sus mejillas cobraron inmediata intensidad, el calor se instaló en todo su cuerpo.

—Puede llegar a ser realmente insoportable.

—Es todo un arte, créeme.

Sacudió la cabeza.

—Carece usted de cualquier clase de empatía —protestó sin dejar de avanzar con cada paso que él daba para internarse en el bosque, sintiendo esa dualidad que le erizaba la piel—. ¿Lo sabe?

—Me han acusado de cosas peores.

Cada vez se apartaba más, acercándose a la frontera invisible que podía sentir más que ver. Pronto, no podría continuar adelante.

—Dudo que pueda haber algo peor que eso.

Se rió, una risa carente de humor.

—No te lo tomes como algo personal, pienso lo mismo de todos los que están muertos y tienen ganas de conversación.

Un par de pasos más y alcanzaría ese linde...

—Oh, maldita sea su estampa —barbotó de forma abrupta—. Señor Shelswell, espere —lo llamó, pero él optó por ignorarla y seguir adelante—. Braiden —optó por pronunciar su nombre de pila—. No se vaya. No me está permitido abandonar los terrenos de Bantry House.

Notó como el calor se adueñaba de nuevo de su rostro, odiaba sentirse así de expuesta, dejando a la luz su secreto, pero no podía dejar que se marchase de nuevo.

—Mire, ignoro por qué le molesta tanto mi presencia y, siendo sincera, tampoco entiendo por qué busco su compañía —se envaró, diciendo todo lo que pensaba—. Solo... concédame unos minutos de su tiempo.

Él se detuvo de nuevo, se giró hacia ella y la miró.

—Por favor —murmuró atragantándose casi con esas dos palabras. Le costaba un mundo pedirle eso—. No se vaya.

—¿Si te los concedo dejarás de aparecerte por todos lados?

No pudo evitar sonreír brevemente.

—Yo no me aparezco...

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Encarcelada entre paredes invisibles por un motivo que ni siquiera puedes recordar —comentó sin dejar de mirarla—. No tienes más que aquello

que buscaste aún si no sabías que lo encontrarías.

Su respuesta estaba destinada a lastimarla, pero fue incapaz de tomárselo de esa manera, no al ver la mirada en sus ojos.

—¿Qué le ha pasado para que sienta tanto rencor? ¿Por qué soy la destinataria de toda esa rabia?

Se sostuvieron la mirada durante un momento que pareció eterno.

—No siento rencor hacia ti, Mary, ni tampoco rabia. Tú solo me inspiras... lástima.

Negó con la cabeza ante sus palabras.

—No necesito su lástima.

No pestañeó, no se movió.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas, Mary? ¿Cuál crees que puede ser el motivo de que todavía estés aquí?

Se lo quedó mirando durante unos instantes sin saber muy bien como replicar a eso.

—Ya le dije que no sé qué...

Él negó.

—Nadie más que tú puede saberlo —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Eres la única que puede encontrar la llave de su propia liberación, Mary.

Ella se lamió los labios y lo miró.

—¿Y qué es usted? ¿Cuál es el motivo por el que esté aquí, delante de mí y pueda verme? —preguntó y se apresuró a añadir—. Y no me diga de nuevo que es una maldición.

—Hubo un momento en el que también estuve muerto —la sorprendió con esa inesperada respuesta—. Pero regresé... y no lo hice solo.

Parpadeó ante su confesión.

—El motivo por el que puedo verte —la recorrió con la mirada—, por el que puedo tocarte —deslizó los dedos sobre la piel desnuda de su brazo provocándole un escalofrío—, escucharte y responder a tus palabras... es una

jodida y mala casualidad.

Enarcó una ceja ante sus últimas palabras.

—No le caigo bien en absoluto, ¿no?

Chasqueó la lengua y se encogió de hombros metiéndose las manos en los bolsillos.

—Como ya te dije... no es personal.

Entrecerró los ojos.

—Estás dispuesto a perderme de vista.

—Sin duda sería bueno para mi paz mental.

Se llevó las manos a las caderas y lo miró.

—Le propongo algo, señor Shelswell —declaró sin dejar de mirarle—. Conteste a mis preguntas y... le concederé esa paz mental que tanto echa de menos.

—Para eso tendrías que esfumarte.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Bien, ayúdeme a hacerlo —declaró satisfecha.

Estaba cansada de permanecer en aquella cárcel, de ver pasar la vida sin una meta. Quería descansar, si es que eso era posible y para ello, algo le decía que tendría que contar con ese hombre.

CAPÍTULO 11

Braiden optó por hacer suyo el refrán: Si no puedes con ellos, únete. Sin duda sería menos incómodo que tener a esa inconstante mujer pululando a su alrededor, distrayéndole y haciendo saber Dios qué cosa para llamar su atención.

El cambio resultó ser lo bastante fructífero para ganarse por fin unas cuantas horas de tranquilidad cada día, la semana que siguió a ese contundente bofetón había transcurrido sin sobresaltos. Había tenido la oportunidad para ponerse al día con las cuentas después del cierre de la temporada, comprobar el estado de las cañerías de uno de los baños de la primera planta —solo para tener que llamar a un fontanero—, e incluso hacer una incursión en la cocina para rememorar los días en los que, la ahora anciana cocinera, le había enseñado a preparar varios platos típicos.

Mary se limitaba ahora a visitarle por las tardes. Solía elegir la biblioteca, dónde se la encontraba leyendo un libro, o los jardines, por dónde la veía pasear bajo la fría brisa otoñal sin notar por ello siquiera una pizca de frío. Era una imagen extraña de contemplar, una bastante melancólica y, aún si no lo quisiera, se había encontrado en más de una ocasión abriendo las puertas francesas, dirigiéndole unas palabras e invitándola a entrar dentro.

«No dudo que los paseos por el jardín son perfectos para pensar, pero con este frío se congelan hasta las neuronas».

«Le agradezco que se preocupe por mi bienestar, pero dudo mucho que

pueda coger un resfriado y morir. Ya estoy muerta».

Sacudió la cabeza al recordar aquel episodio y cómo esos ojos verdes se habían iluminado por primera vez por su propia broma. Era precisamente en momentos como aquellos cuando perdía la perspectiva y olvidaba que la mujer con ese vestido pasado de época no era real, que no estaba allí de forma absoluta y que, por primera vez en años, volvía a mantener una conversación con un fantasma.

El reloj del recibidor marcó con exquisita puntualidad la hora mientras subía por las escaleras de camino a la biblioteca. Había mantenido una larga charla con John para asegurarse de que su restaurante seguía en pie. Curiosamente, el sub-jefe de cocina, un estirado francés que tenía una afición especial por la comida irlandesa y una mano estupenda para prepararla, le había asegurado que su hermano pequeño había estado en todo momento a la altura y que las cosas marchaban a la perfección. Sabía que Pierre no tenía prisa por que volviese, mientras él estuviese ausente, podría ejercer de chef.

Por otro lado se había puesto también al corriente con Richard, quién le había tranquilizado con respecto a la salud del viejo. Esa semana le darían el alta y se lo llevaría a casa, patalease, protestase o decidiese montar una campaña de desprestigio hacia su nieto mayor por no devolverle a su hogar. Su abuelo estaba muy apegado a Bantry.

Todo el mundo parecía seguir avanzando sin problemas a su alrededor, era él quién parecía haberse estancado nada más poner un pie allí, quién permitía que los recuerdos interfiriesen después de tanto tiempo en su presente y la única manera de mantenerles a raya era estando entretenido.

Atravesó las puertas de la galería y se la encontró apoyada en una de las columnas, con la mirada perdida a través de los ventanales. Parecía una imagen sacada de una revista antigua, de las que solían gustarle a su mujer cuando buscaba inspiración para comprarse un nuevo vestido. Dudaba sin embargo que Marjorie se hubiese atrevido a utilizar ese tono amarillo en su vestuario, parecía tener aversión hacia el mismo.

Su presencia o el sonido de sus zapatos sobre el suelo de madera la alertó de su presencia, se giró en su dirección y le dedicó esa breve sonrisa que nunca llegaba a iluminarle por completo los ojos. Una vez más volvió a preguntarse cómo era posible semejante intercambio, cómo podía verla con tanta nitidez, tocarla como si estuviese realmente ahí cuando no era más que un eco de otro tiempo. Al contrario de lo que había visto en su juventud, no se trataba de una figura casi traslúcida ni de un fotograma, incluso los que habían parecido tener cierta consistencia en la cercanía, al tocarlos, notaba la ausencia de algo, como si su mano pudiese atravesarlos de un momento a otro. Pero ella estaba ahí, de un modo físico, con un corazón que no latía.

—Buenas tardes, señor Shelswell.

Señor Shelswell. La forma en que pronunciaba su apellido parecía más una privada broma que un reconocimiento a su nombre. Le había pedido a lo largo de la semana anterior que lo llamase por su nombre, parecía que debería recordárselo una vez más.

—Si mi memoria no me falla, te he dicho con anterioridad que me llamas Braidon —declaró con desenfado—. El único señor Shelswell en esta casa es mi abuelo, el actual conde de Bantry.

—Lo sé —replicó dejando su lugar junto al ventanal para caminar hacia él—. Su parecido con Edward Leigh-White es notable.

No pudo evitar fruncir el ceño al escuchar el nombre de su abuelo, uno de los primeros Leigh que adquirieron el título después de que la rama principal de los White terminase en William White, cuarto y último conde de Bantry. Se decía que, al no tener descendencia, el estado pasó el título a su hermana, Lady Elizabeth casada con Egerton Leigh y de ahí a primogénito, quién adquirió el nombre de Leigh-White; el abuelo materno del viejo. Estaba al tanto de la genealogía familiar ya que era una de las pasiones de su padre y esta había recaído también en Richard, pero escuchar esa aseveración de labios de una mujer que llevaba muerta unos cien años, no se lo esperaba.

—¿Insinúas que conociste a mi tatarabuelo?

Lo miró a los ojos y se encogió graciosamente de hombros.

—No lo insinúo, como ya le dije, esta era mi casa —sentenció señalando la habitación—. Llegué aquí tras la muerte de mis padres, gracias a la generosidad de una prima lejana, Lady Arethusa Hawker, la esposa de Edward Leigh White. El esposo de mi prima era un hombre recto, pero bueno. Todo un caballero.

Cuando pensaba que nada podía sorprenderle más que su presencia, ella dejaba caer una de esas bombas.

—Pero si lo que dices es cierto...

Puso los ojos en blanco.

—Lo es.

—Serías... uno de mis antepasados.

Negó con la cabeza y sus labios se curvaron con esa tibia sonrisa que esbozaba de vez en cuando.

—No, su línea desciende directamente de mi niña Clodagh.

—¿Tu niña?

—Mi pupila —especificó con tacto—. La hija mayor de mi prima. Cuando me acogió en su casa me hice cargo de la educación de sus dos hijas como su institutriz. No... no estoy muy segura de cuando se casó... Esos recuerdos están borrados, diluidos en mi memoria... solo sé que un día la vi paseando por los terrenos, ya no era una jovencita sino una dama y el hombre que la acompañaba era Geoffrey Shelswell, su marido.

—Mis bisabuelos —resumió él, reconociendo los hombres—. Fueron los que abrieron Bantry por primera vez al público allá por el cuarenta y seis. Mi abuelo nos ha contado a menudo como tras la muerte de su padre, su madre se hizo cargo de sus hijos y los sacó sola adelante. Era una mujer formidable.

Sus palabras le provocaron orgullo, no le cupo duda al ver ese brillo en sus ojos.

—Fue educada para serlo.

La información que acababa de verter sobre él era tan inesperada que le

costaba poder hilarla toda.

—¿Recuerdas el año en el que naciste, Mary?

Ella frunció el ceño con ese gesto de concentración que ponía cuando deseaba recordar algo. Entonces suspiró frustrada.

—Con cada día que paso en esta existencia, mis recuerdos de la vida se van diluyendo, Braiden —respondió. Al menos había aceptado llamarle por su nombre, aunque seguía tratándole de usted—. Lo que suele considerarse una línea del tiempo, llena de fechas y acontecimientos, para mí no son más que fragmentos, retazos sueltos de una vida que quedó atrás. Por eso le he pedido ayuda, para intentar recomponer esos fragmentos, unirlos a las partes faltantes y descubrir cuál es el motivo que me retiene aquí.

—Soy chef, querida, mi especialidad es la cocina, no la antropología.

Ella bufó y desestimó sus palabras con un gesto de la mano.

—No le estoy pidiendo que estudie mis huesos... en realidad, ni siquiera sé dónde estoy enterrada.

Y aquella era una respuesta que suscitó otro pensamiento.

—Si ha muerto aquí, imagino que estará en el cementerio del pueblo, con su familia.

—Sí, supongo que eso sería lo más factible.

Y ahí estaban los dos, hablando de muertos y de dónde estaban enterrados. ¿Podía haber una conversación más extraña que esa?

—¿Cree que el motivo por el que puede verme e interactuar conmigo es porque, en cierta forma, estoy relacionada con su línea familiar? —preguntó ella con un nuevo interés—. He intentado encontrar algunas explicaciones por mi cuenta aunque solo he llegado a conjeturas.

—Bueno, no eres la primera familiar muerta que tengo la desgracia de ver —declaró con una mueca—. Hace mucho tiempo, cuando solo era un niño, vi a mi abuela. De hecho, fue el primer fantasma que vi, aunque entonces no sabía que era un fantasma... ni tampoco sabía lo que una travesura infantil traería consigo.

Escuchó más que sintió como se movía hasta que un suave aroma a lilas le acarició la nariz.

—¿Esa es la maldición de la que me habló?

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos verdes, fijos en los de él, serenos, invitantes y, antes de que pudiese evitarlo, las palabras se derramaron de su boca.

—Me caí a la bahía de Bantry con solo seis años —le contó rápidamente—. Nadie se dio cuenta durante algún tiempo y, cuando lo hicieron, llevaba muerto ya unos cuantos minutos. Mi padre me trajo de vuelta, cuando abrí los ojos, todavía tosiendo agua, vi a una mujer a su lado, etérea, hermosa, casi parecía un ángel, me decía que no me preocupase, que no era mi momento. Cuando se lo dije a mi padre, cuando le describí a esa mujer, lo vi palidecer, al igual que a mi abuelo; esa mujer era mi abuela y llevaba muerta unos años. Yo no la recordaba, era demasiado pequeño cuando se fue. A partir de ese momento, empecé a ver cosas que los demás no veían... No es la infancia o adolescencia que quieres para un niño, yo desde luego no la quería.

—Murió —murmuró ella con los ojos fijos todavía en él—. No lo dijo en sentido figurado, lo decía de verdad. Llegó a tocar... este lado.

—Y me traje conmigo un endiablado souvenir de recuerdo —chasqueó—. Como ya dije, no es otra cosa que una maldición.

Esas largas pestañas se agitaron un par de veces, apartó la mirada y le dio la espalda mientras empezaba a deambular por la sala.

—Ese podría ser el motivo por el que puede verme —la escuchó musitar, como si por fin tuviese esa respuesta que había estado buscando—, ¿pero de qué sirve?

—Si encuentras la respuesta, no dudes en avisarme, porque yo lo ignoro —continuó con un resoplido—. No eres como los otros... espíritus, tú estás más... bueno, estás menos muerta, por decirlo de alguna manera.

—¿Menos muerta? —se giró hacia él.

Sabía que esto iba a ser una estupidez, no tenía el menor deseo de tocarla,

pero algo en su interior lo empujaba a ello. Acortó la distancia entre ambos, le cogió la mano.

—No estás fría ni caliente, no eres... inconsistente de una manera en que pareciese que pudiese atravesarte con mi mano en cualquier momento... estás aquí y, al mismo tiempo, no lo estás ya que nadie más te ve u oye.

Bajó la mirada a su mano, entonces volvió a subirla a su rostro y se quedaron mirándose durante unos segundos.

—No sé por qué pasa esto, por qué pasa contigo, si una sola vez me hubiesen preguntado, si hubiese podido elegir...

—Habría pedido ver a otra persona. —Su respuesta fue firme, llegando a una comprensión que solo parecía capaz de alcanzar ella—. ¿A quién ha perdido, Braiden?

«Te esperaré al final del arco iris».

Le soltó la mano y dio un inmediato paso atrás, se giró dándole la espalda y cambió la dirección de sus preguntas, recuperando el terreno perdido.

—Si has vivido aquí toda tu vida, el motivo de que estés atrapada entre los confines de esta propiedad tiene que ser también la clave del por qué —continuó llevando la conversación de nuevo a su terreno.

—Muy agudo, señor.

Sonrió de soslayo, casi agradecido, de que ella recuperase también ese borde afilado a su lengua. Le resultaba más fácil de tratar su descaro que su compasión.

—Hago lo que puedo, Mary, especialmente si con eso consigo liberarme por fin de este trato nuestro.

—Ya veo que la paciencia no es una de sus virtudes.

—Bueno, querida, convendrás conmigo que, el día de hoy es uno de los primeros en los que más información he obtenido de ti —le recordó—. Hasta el momento no has hecho otra cosa que freírme a preguntas.

—Le dije que tenía preguntas que necesitaban respuesta.

—Obviamente no eran la clase de preguntas que nos conducirían a algo tan

interesante e importante como el saber por qué estás atrapada —aseguró—. ¿No es ese el principal motivo de que busques mi compañía?

—Ciertamente no es el mejor conversador del mundo, Braiden, pero después de casi cien años hablando conmigo misma, usted es mejor que nada.

—¿Cuándo vas a empezar a tutearme?

—No sería correcto.

—Olvídate de los convencionalismos, Mary, tú estás muerta, eso ya se sale de todo lo convencional.

Abrió la boca pero no pudo replicar, sabía que tenía razón.

—No te molestes, no hay réplica posible a esa afirmación.

Cerró los labios en un coqueto puchero.

—Ya le he... —se detuvo al ver su mirada, se lamió los labios y rectificó—. Ya te he dicho que no sé por qué no puedo irme.

—Aleluya —exclamó y ella frunció el ceño—. Vamos, vamos. Haz un esfuerzo. Habrá algo que recuerdes, algo que importante... Sabemos que no recuerdas tu fecha de nacimiento, así que, concentrémonos en lo que sí recuerdas.

—¿Cómo por ejemplo?

—No sé, algo cotidiano —le sugirió—. ¿Cuál solía ser tu rutina de cada mañana? ¿Qué hacías cada tarde? ¿Quién era la gente de la que te rodeabas? Solo empieza y ya veremos a dónde nos lleva todo.

Quizá no sirviese de nada, quizá solo escucharía relatos de una vida que ni siquiera le interesaba, pero si no quería tener de nuevo un fantasma merodeando a su alrededor, lo mejor es que hiciese algo, lo que fuese.

CAPÍTULO 12

—Esas manzanas no son buenas para el relleno, son demasiado dulces.

Braiden levantó la mirada de la masa que estaba empezando a mezclar y enarcó una ceja ante su interlocutora. Mary se había aparecido en la cocina hacía apenas unos minutos y se había mantenido en un cómodo silencio hasta ese momento.

—¿Esas son las manzanas que trajo Cait? —preguntó entonces Sorcha. Su tía había llegado con la cesta de la compra y algunas de las cosas que él le había encargado—. No son buenas para ese tipo de relleno, son demasiado dulces. Deberías utilizar las rojas, son más ácidas y le darán un sabor más intenso.

—Te lo dije.

Fulminó con una silenciosa mirada a su incordiante invitada y pasó a prestar toda su atención a la mujer.

—El relleno llevará dos tipos de manzanas —les informó a ambas—. Equilibrará el dulzor de una con la acidez de la otra.

—Tienes demasiados ingredientes que no conozco —añadió Mary caminando hacia la mesa, por el lado contrario a la mujer—. ¿Eso son granos de café molidos? ¿Para qué quieres el café en una tarta de manzana?

—Ah, café molido. ¿Vas a hacer la receta de la señora McGillivray? —contestó su tía a la pregunta formulada por Mary a pesar de que no sabía de su presencia—. Ese puntito que le da a la manzana con los granos de café es muy

suyo.

—Voy a hacer mi propia receta —declaró mezclando ya los ingredientes con los dedos poco a poco, haciendo que la mantequilla se desmenuzase entre la harina formando una pasta arenosa—. Es una de las variantes que saqué de las recetas de Meg y que ha tenido muy buena acogida en el restaurante.

—¿Has hablado con John? ¿Qué tal van las cosas por allí?

—De momento mi local sigue en pie y con vida —declaró con una mueca—. Creo que le está gustando demasiado ocupar mi puesto.

—Así que, la cocina no es solo una afición —comentó Mary, inclinándose sobre su hombro—. Sí, la masa tiene buen aspecto. Sigue amasando.

La ignoró, cosa que empezaba a ser bastante difícil.

—Espero que decida venir estas Navidades, hace tanto tiempo que no os tengo a toda la familia bajo un mismo techo —comentó su tía con gesto nostálgico—. Díselo la próxima vez que hables con él. Le quiero aquí en Navidad.

Sí, Richard le había puesto al tanto también de ese deseo. De hecho, prácticamente le había dejado caer que, como él ya estaba en Bantry, intentaría reunirles a todos allí para pasar las Navidades si el abuelo estaba en condiciones.

—¿Pasarás las fiestas de guardar en Bantry House? —Se interesó ahora Mary—. Eso prolongará bastante su estancia...

—No por decisión propia.

—¿Decías?

Sacudió la cabeza y señaló la masa.

—Nada, pensaba en voz alta —comentó y le dedicó una mirada fulminante a la chica quién le sacó la lengua para su eterna sorpresa—. Richard ya me ha hecho partícipe de su deseo de pasar estas Navidades con todos en Bantry, así que no me sorprendería que vieses concedido tu deseo.

—Oh, esas son maravillosas noticias —aceptó y, tras palmear suavemente la superficie de la mesa emprendió la retirada—. Voy a llamarle, así veré también que tal está tu abuelo.

Puso los ojos en blanco ante la última conversación que había tenido con su hermano esa misma mañana.

—Se lo ha llevado a casa y el viejo lo ha amenazado con desheredarlo si no lo trae a Bantry lo antes posible.

—Sí, típico en mi hermano —resopló la mujer saliendo ya por la puerta.

—Tu abuelo siempre ha sido un hombre de carácter.

El comentario de Mary atrajo su mirada hacia ella, la cual no dejaba de investigar en cada uno de los recipientes que había sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando un cuenco con coco rallado—. No pensarás echarle esto a la tarta de manzana, ¿verdad?

Dejó de amasar y se la quedó mirando.

—¿Acaso sabes cómo se elabora y los ingredientes que componen una *Apple Pie Irlandesa*?

Su respuesta no se hizo esperar.

—Era una de las recetas favoritas de mi marido, así que sí, la conozco muy bien.

Su afirmación lo cogió por sorpresa, no era lo que esperaba escuchar.

—¿Tu marido? No habías dicho que estabas casada.

Mary cogió un trozo de manzana ya pelada y cortada, casi podía ver en su rostro la pregunta de si podría comérsela. Por primera vez se preguntó si ella sería consciente del hambre, si padecería sed o si eran cosas que había olvidado por completo. Vio como dejaba el gajo a un lado y contestaba.

—Me casé con Alaister McCarthy cuando todavía no sabíamos cuando terminaría esa guerra —aceptó con tono monocorde, como si fuese una respuesta ensayada—. Él no quería, deseaba esperar al final de aquella contienda. Quería hacer las cosas bien, pedir mi mano a mi prima... pues su marido había muerto un par de años antes, presentarme a su familia y casarnos en una pequeña iglesia.

Hizo una pausa, parecía buscar entre sus recuerdos, trayendo a su mente la imagen del rostro perteneciente a ese nombre.

—Yo había aceptado esperar, no me importaba mientras él estuviese a mi

lado, después de todo nos habíamos conocido en el hospital, cuando llegó herido y tuve que cuidarlo durante las largas noches de convalecencia —continuó sumida en sus recuerdos—. Pero entonces fue llamado de nuevo para volver al frente y todo se precipitó. Nos casamos en la capilla del hospital... —miró a su alrededor como si viese aquella casa de otro modo—, aquí, en Bantry House. Fue una ceremonia pequeña, con apenas las niñas y las monjas como testigos, pero para mí fue suficiente.

—¿Monjas? ¿Aquí? —Tenía que estar equivocada, posiblemente ni siquiera perteneciese a ese lugar como había proclamado—. Eso es nuevo.

Ni siquiera le miró, se limitó a asentir como si fuese un hecho.

—Sí, el *Cottage Hospital* de Bantry fue destruido por un incendio durante la guerra y mi prima ofreció su hogar como hospital a las monjas del Convento de la Piedad, que lo llevaban en esos días —le informó con total seguridad. Sus palabras trajeron a su mente algunos comentarios hechos antiguamente por su hermano Richard—. Lo hizo con una única premisa, que los heridos de ambos lados del conflicto serían atendidos por igual. La capilla se santificó e instaló en la biblioteca, allí fue dónde contrajimos matrimonio.

Volvió a concentrarse en la masa, pero no por ello dejó ir el hilo de lo que le estaba diciendo.

—Sí, lo del hospital sí me suena —aceptó intentando recordar los datos exactos sobre el paso del tiempo y las distintas utilidades que había tenido anteriormente esa enorme mansión—. Creo que Richard mencionó algo sobre un hospital. Irlanda pasó de una guerra por la independencia a una guerra civil en cuestión de meses.

—A los hombres se les da bien batallar, pero nunca por cosas inteligentes. Se rió entre dientes, su comentario le causó gracia.

—En ese caso en particular, no puedo estar más de acuerdo —aceptó, entonces retomó la conversación desde el punto interesado—. Entonces, ejerciste también de enfermera.

—En días de necesidad, una mujer tiene que estar dispuesta a hacer

cualquier cosa, desde suturar heridas a empuñar un arma —declaró con la misma seguridad y aplomo que siempre—. Más aún si era para defender a los suyos.

—Y ese es el motivo por el que no os mandaron a vosotras a la guerra, la habríais terminado antes de empezar —aseguró jocosamente—. Lo cual no sería un mal saldo, la verdad.

—No, sin duda no lo sería.

—Así que, te casaste con un soldado.

—Me casé con un buen hombre —puntualizó. Podía ver en su mirada lo que eso significaba para ella.

—¿Le amaste?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa, casi tanto como a él el haberla pronunciado.

—Si bien no es asunto tuyo, sí, lo hice —aseguró con absoluta convicción—. Era mi marido.

—A menudo eso no es más que una excusa para hacer precisamente lo contrario.

—Algo que nunca he llegado a comprender.

—Ni falta que te hace.

Una vez terminado el trabajo de amasado, soltó la masa de golpe sobre la mesa y empezó a estirarla con un rodillo.

—Pásame la harina —pidió señalándole la zona de ingredientes.

Mary lo miró, luego oteó el lugar dónde estaba el polvo blanco y estiró la mano hasta tocar el recipiente. No dejaba de asombrarle como esas pequeñas cosas que una vez fueron cotidianas parecían tomar nueva dimensión ahora.

—Espolvorea por encima de la mesa —añadió cuando iba a entregárselo—. Hazlo de manera generosa.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿No quieres también que prepare la tarta por ti?

Sus ojos se encontraron de nuevo y esbozó una irónica sonrisa.

—Serías el primer fantasma en hacer una Apple Pie casera —le soltó, pero

no detectó burla en su voz y ella tampoco se lo tomó como tal.

Optó por poner los ojos en blanco y espolvorear la superficie.

—Solía prepararla un par de veces a la semana para la hora del té — comentó rescatando sus recuerdos—, a las niñas les gustaba especialmente.

—¿Te gustaba cocinar?

—Me gustaba meterme en la cocina, aunque eso a menudo molestase a la cocinera —aceptó sonriendo por primera vez en mucho tiempo—. Le prometí a Alaister que se la haría la próxima vez que viniese a casa.

Se quedó parada, con los dedos manchados de harina, intentando completar ese recuerdo pero no podía, no había nada más allá.

—Vino ese verano, apenas se quedó unas semanas pero fueron suficientes para que pudiese aguantar el tiempo que sabía tendría que esperar de nuevo por su regreso —murmuró sin dejar de mirar ahora la forma en que iba dando forma a la masa, como si al estirla lo hiciesen también sus recuerdos—. Dijo que nunca había probado una tarta de manzana tan buena en toda su vida.

—Eso es que no ha probado esta —declaró él rompiendo el hechizo de sus recuerdos.

Se giró hacia él y chasqueó la lengua.

—Para eso tendrías que haberle echado canela y nuez moscada a la manzana y haber dejado fuera esos ingredientes absurdos.

Se echó a reír, se sacudió las manos de harina y señaló un bol con manzanas ya cortadas que habían sobrado.

—De acuerdo, señora McCarthy, demuéstreme entonces cómo se hace una verdadera tarta de manzana irlandesa.

Lo miró como si pensase que había perdido una tuerca en algún momento de la última media hora.

—¿Es una broma?

Negó con la cabeza y empezó a poner todos los ingredientes delante de ella en un lado de la mesa.

—Terminaré de preparar la masa y la meteré en la nevera para que repose

—le informó y señaló los ingredientes del relleno—. Es lo único ante lo que no ha tenido quejas.

—Porque es lo único que ha ido bien.

Las palabras se escaparon de sus labios incluso antes de que pudiese refrenarlas.

—Más motivo para que la institutriz le dé una nueva lección a su nuevo pupilo.

Le hizo una reverencia para finalmente coger la masa ya estirada y empezar a forrar con ella el interior de un molde.

—Vamos, Mary, la idea es poder servirla para el té de la tarde, así que ponte a ello.

Si cuando le siguió a la cocina y lo vio charlando con su tía hubiese pensado que iba a terminar preparando un postre como aquel, se habría mantenido al margen y callada. Pero la mirada traviesa en esos ojos, unida al abierto desafío masculino que todavía colgaba en el aire, era más que suficiente para que mordiese el anzuelo.

Cocinar volvió a tener esa mañana el mismo efecto en ella que cuando estaba viva. El tocar los utensilios, recordar la textura de cada producto, todo parecía hecho de magia, una que solo cobraba vida al lado de ese peculiar hombre. Se tomó la tarea tan en serio como podía tomársela, disfrutó rememorando un tiempo en el que esto era algo tan cotidiano como respirar e incluso escuchó aturdida como su garganta dejaba salir un bajo canturreo.

—Veamos... primero un chorro de agua —dejó que el líquido transparente cayese en el recipiente que había puesto Braidon para ella al fuego—, después la manzana cortada en pedacitos, la bañamos con zumo de limón y lo removemos para que no se pegue. Un poco de azúcar, espolvoreamos de canela y añadimos una pizca de nuez moscada.

—¿Nada más? —apuntó él, cruzado de brazos a un lado de la cocina, viéndola trasegar.

Optó por ignorarle, cogió la cuchara de madera que había sobre el platillo

a su derecha y se puso a remover lentamente la mezcla.

—En la sencillez se encuentra el verdadero placer, señor Shelswell.

Mantuvo la mezcla al fuego unos minutos para finalmente retirarla.

—Terminará de hacerse en el horno —le informó cuando vio que enarcaba una ceja al verla sacar el recipiente del fuego—. Puede apagar esa cosa cuando quiera.

—Apagaré esa cosa por usted, *madame*.

La diversión en su voz le arrancó a ella misma una sonrisa, sacudió la cabeza y continuó con la elaboración de la tarta. Solo restaba rellenar el interior del molde forrado con la masa y cubrir la parte superior con otra lámina de la misma que ya había estirado previamente él.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Puedo sola, pero gracias —replicó cubriendo la superficie de la tarta para finalmente decorarla con mimo—. Perfecta.

—¿Lista para meterla en el horno? —preguntó abriendo la puerta de un artefacto mucho más moderno del que ella recordaba de su época.

—¿Eso es el horno?

—Créeme, si metes algo ahí dentro, se hará.

Lo miró y se encogió de hombros.

—Tendré que confiar en tu palabra.

—No te decepcionaré —le dedicó un guiño, le quitó la tarta de las manos y la introdujo en el horno—. En treinta minutos, veremos si eres tan buena cocinera como proclamas ser.

Se sacudió las manos una contra la otra y asintió.

—Que no te quepa la menor duda.

CAPÍTULO 13

Mary empezaba a darse cuenta de que había demasiadas cosas que echaba de menos, con cada minuto que pasaba junto a Braiden se hacían más presentes esas cosas que había perdido y que nunca recuperaría. La gente que había dejado atrás, el mundo que había conocido había dejado de existir. Ahí fuera, más allá de las fronteras de Bantry House, el tiempo había avanzado dejándola atrás.

Levantó el rostro hacia el cielo encapotado, el color gris llevaba anunciando desde ayer la llegada de las primeras nevadas y no le decepcionó. Pequeñas volutas de color blanco caían tímidamente, algunas se derretían antes de tocar el suelo, otras encontraban una cama fría que las acunaría durante el resto de la temporada. Sintió ese beso helado que hacía tanto tiempo que había aprendido a olvidar y echó la cabeza aún más hacia atrás.

A pesar de todo no podía dejar de sonreír, esa mañana, aún si no lo sabía, el descendiente de su pupila le había hecho un enorme regalo; la hizo sentir viva de nuevo.

No solo le había permitido cocinar, sino que había decidido servir dicha tarta a la hora del té a las mujeres de su familia.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? —la desafió abiertamente—. Prácticamente has dicho que tu tarta era mucho mejor que la que yo iba a preparar, así que, serviré la tuya.

Y había sido imposible hacerle desistir.

—Deberías haberles espiado —resopló con un pensamiento tardío.

En realidad, lo había pensado desde el minuto uno, pero no quería irrumpir en un momento familiar, sabía lo mucho que significaba para Sorcha la presencia de su sobrino, aún si él no se daba cuenta que el rostro de la mujer había mudado considerablemente desde que estaba allí.

Cuando había llegado a un trato con él, había aceptado darle su espacio, aunque solo fuese para obtener las respuestas que quería, dada su disposición a hablar las últimas semanas, no podía quejarse. Braiden había dado respuesta a la mayoría de sus preguntas, habían hablado sobre las posibles motivaciones de su presencia allí y, solo esa mañana, cuando le habló de su marido, empezó a pensar que quizá la respuesta estuviese todavía en aquello que no había dicho y no en lo que ya había salido a la luz.

Y eso podía aplicarse también a ese hombre. Estaba claro que guardaba un secreto, uno que lo hería profundamente y que suponía era el motivo principal de que hubiese abandonado ese lugar para empezar. Era curioso cómo, habiendo residido en Bantry House durante buena parte de su vida, habiéndola visitado con sus padres, no tuviese más recuerdo de su presencia que la de aquel encuentro cuando era un niño. ¿Por qué no se habían encontrado con anterioridad? ¿Por qué no habían vuelto a hablar? ¿Por qué había ocurrido precisamente ahora?

—La respuesta tiene que estar en su propio pasado —murmuró para sí.

Disfrutó unos momentos más del beso frío de la nieve, quería grabarse esas sensaciones, atesorarlas para cuando ese velo volviese a caer sobre ella privándola de toda calidez y emoción, dejándola de nuevo en ese limbo que ahora tanto temía. Quizá nunca encontrase la respuesta que buscaba, el motivo por el que seguía allí y, si debía quedarse durante el resto de la eternidad, al menos quería poder recordarle a él.

«Volveré para bailar contigo bajo la nieve de Bantry, Mary. Así que espérame».

El eco lejano de aquellas palabras la hizo respingar, se giró como un

resorte casi esperando verle ahí, pero no había nadie. Se llevó la mano al oído, casi como si pudiese rememorar ese susurro, el calor del aliento que se lo había vertido en la oreja y aquellos fuertes brazos rodeándola desde atrás.

«¿Por qué tienes que irte ahora? Acabas de llegar».

«Pronto no tendré que partir nunca más, mi Mary, y entonces me dedicaré a hacerte tan feliz que todo lo que harás será sonreír».

«Incluso la palabra pronto tiene una connotación lejana en tu boca». Le había reprochado. «Ya no hay motivo para seguir, Alaister, la guerra se terminó. Se ha firmado la paz».

«No habrá paz hasta que Irlanda sea libre, amor mío. Es mi deber, nuestro deber como irlandeses».

«No te vayas». Suplicó. Ella jamás suplicaba, pero después de tanto tiempo estaba dispuesta a claudicar.

«Volveré antes de que me extrañes».

Se había obligado a morderse lo que quería decirle, que ya lo extrañaba, que lo hacía cada vez que estaba fuera. ¿De qué valdría suplicar cuando él estaba tan decidido a abandonarla otra vez?

«Si te vas ahora, no esperes encontrarme al volver». Repuso con lo que sabía era una amenaza baldía, motivada por la desesperanza. «Te he esperado día tras día durante los últimos años, Alaister, pero no lo haré de nuevo».

Entonces le había cogido el rostro entre las manos y le había arrebatado el aliento con uno de sus adorables y sensuales besos.

«Me esperarás, porque volveré». Le aseguró con un fervor que conocía bien. «Volveré para bailar contigo bajo la nieve de Bantry, Mary. Así que espérame».

—Espérame —repitió en voz alta, recordando esos momentos, recuperando lo que había sentido, lo que sintió durante mucho tiempo después hasta que todo lo que encontró era nada.

Se quedó mirando la nieve que caía, buscando en su mente esos recuerdos que continuarían a estos, pero una vez más se frustró ante la incapacidad de

extraer algo más.

—Oh, esto es frustrante.

Le dio la espalda a la incipiente nevada, volvió sobre sus pasos y entró en la biblioteca a través de las puertas francesas en el mismo momento en que Braiden entraba con una bandeja en la que iba una humeante tetera y dos platos con sendos pedazos de tarta de manzana.

—Algo me decía que te encontraría aquí —declaró deteniéndose en la mesa auxiliar que solía utilizar cuando se quedaba a trabajar allí, depositó su carga sobre esta y empezó a poner dos servicios—. ¿Y bien? ¿No quieres probar tu propia creación?

Miró los dos pedazos de tarta y se llevó una mano al pecho.

—¿Es mi tarta?

—Lo que queda de ella —aseguró con un chasquido—. Te comunico que ha sido declarada la mejor tarta de todas las que se han comido en tiempos de mi tía en Bantry House, según sus propias palabras.

El halago la calentó por dentro, estaba más allá del agradecimiento, pero fiel a sí misma, no dejó que trasluciese. Se ocupó en cambio de servir el té en sendas tazas, quitándole a él el puesto y ofreciéndole una taza al mismo tiempo. Era algo tan cotidiano que no podía olvidarlo siquiera.

—Te dije que no sabías hacer una tarta de manzana.

Se rio.

—Está claro que esta vez me ha vencido un fantasma. —Levantó su taza de té y le indicó la silla frente a él—. Siéntate, querida, y disfruta de tu victoria.

Hizo lo que le pidió, pero no tocó su taza, tampoco la tarta, se conformaba con mirarla. Ni siquiera sabía si podría comer, no lo había hecho desde que había muerto.

—¿No vas a probar tu propia creación?

Levantó la mirada al escucharle.

—Creo que no he vuelto a tocar la comida o la bebida desde que todo se apagó —murmuró. Aquel era su recuerdo más oculto, el de una profunda

oscuridad que parecía haberlo consumido todo—. No sé... ni siquiera sé cómo es posible que esto... sea real.

—Quienes se han zampado prácticamente todo el pastel te pueden asegurar a ciencia cierta que lo es —aseguró sin dejar lugar a dudas—. Y no me pidas una explicación porque te juro que no la tengo. Ni siquiera entiendo por qué tu tarta sabe tan malditamente bien, pero lo hace.

Cortó una pequeña porción de tarta y se la llevó a los labios, sosteniéndola allí para ella.

—Vamos, pruebe su creación culinaria, señora McCarthy.

Sintió que se le encendían las mejillas, todo lo que quería hacer era apartar su mano de un capirotazo, pero en vez de eso se encontró abriendo los labios y dejando que el tenedor se introdujese entre ellos.

El sabor ácido de la manzana fue como una sinfonía en su boca, como si de repente explotase algo lleno de color y sabor, algo tan pleno y pasajero que se encontró con una solitaria lágrima escurriéndose por su mejilla.

—Oh Dios mío.

Él sonrió, volvió a hundir el tenedor en el postre y se llevó un pedazo a su propia boca.

—Pura decadencia, ¿eh?

Era más que eso, mucho más y no tenía la menor idea de cómo enfrentarse a ello.

—Esto no debería estar sucediendo, nada de esto debería darse como posible, ¿no es así?

Le temblaba la voz, lo sabía y se odió por eso. Braiden lo notó pues dejó el plato sobre la mesa y la miró.

—Yo... yo no pertenezco a tu mundo...

—Y, sin embargo, de algún modo, todavía estás en él —comentó con gesto serio—. No sé cómo, ni a qué se debe, pero como ya te dije, no eres como los otros espíritus...

—Entonces, ¿qué soy?

—No lo sé.

Bajó la mirada sobre la mesa que los separaba, posó la mirada sobre la humeante taza de té y suspiró.

—Eso no es de mucha ayuda.

—Puede que no —aceptó sincero—, pero puede ser un punto de partida.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la respuesta que buscas.

Le señaló el pedazo de tarta que había dejado ante ella.

—Disfruta mientras puedas, querida Mary, después quizá sea demasiado tarde.

No pudo evitar mirarle con palpable ironía.

—Ya es demasiado tarde, Braiden.

CAPÍTULO 14

Ya es demasiado tarde.

Esas palabras, pronunciadas en otro momento, en otro contexto y en boca de otra persona, habrían desatado su furia. Pero la resignación que había escuchado en ellas cuando las pronunció Mary le provocó un pequeño pinchazo de simpatía.

Conocía esa sensación, si bien quizá no en la misma medida, sí sabía lo que era encontrarte ante un final precipitado, ante la imposibilidad de hacer o decir algo más, simplemente algo se terminaba y no tenías potestad para cambiarlo o pasar por encima de ello, lo máximo a lo que podías aspirar era aceptarlo, aunque ello no te ofreciese consuelo alguno.

Dejó escapar un resoplido y echó un vistazo al busto que tenía a su izquierda sobre un pedestal. Se había encerrado en el salón rosa, el único lugar de la casa donde posiblemente nadie lo molestase a esas horas. Sorcha había instaurado las últimas semanas, una vez echado el cierre, la costumbre de unirse todos para cenar y no le dejaría saltarse dicho ritual, ni aunque estuviese muriendo.

Echó un vistazo al mobiliario intentando situarlo en su mente, había estado allí con anterioridad, especialmente de niño. Todavía recordaba las coloridas amenazas de su madre y las risas de su padre. En aquella época había sido feliz, había disfrutado jugando con sus hermanos, compartiendo secretos y escuchando

las muchas batallitas del abuelo, pero todo aquello cambió a raíz de su accidente.

—Cómo voy a ayudarla si ni siquiera sé lo que estoy haciendo —farfulló para sí mismo, les dio la espalda a los dos ventanales y se sentó ante la mesa próxima al piano.

Miró el instrumento con anhelo y dolor. La última vez que ocupó esa banqueta había sido feliz, había pensado que las cosas se arreglarían y que tendría todo un futuro por delante. Ese tiempo, sin embargo, había quedado atrás.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el teléfono. Dudó unos instantes sobre la pantalla de bloqueo, debatiéndose consigo mismo sobre lo que significaría hacer esa llamada. Una vez que la hiciese, que dijese lo que tenía en mente, sabía que sería como abrir una puerta que no volvería a cerrarse.

—Solo espero saber lo que estoy haciendo.

Cerró los ojos, respiró profundamente y buscó a través del listín el número deseado. Llamó y esperó mientras escuchaba el sonido de la llamada.

—Ey, ¿me echas de menos o es que quieres darme el beso de las buenas noches por teléfono?

La voz de Richard atravesó la línea con su habitual tono jocoso. Su hermano solía responder en consonancia a las horas a las que llamaba, adelantándose a su humor incluso antes de que él supiese de cuál estaba.

—En realidad, te llamo porque... necesito tu ayuda.

El silencio inundó la línea durante unos segundos, llegó incluso a pensar que se había cortado la llamada.

—Así que por fin te has decidido a hablar.

Hizo una mueca. Sí, de los tres hermanos, ellos dos eran los más cercanos, los que más se conocían y, por lo mismo, los que más a menudo discutían.

—No es como que no haya intentado hacerlo con anterioridad —respondió. Sabía que sonaba a acusación, era un mecanismo de autodefensa que era incapaz de quitarse de encima—. Posiblemente no utilicé las palabras adecuadas.

—¿Han vuelto las... visiones?

Se obligó a mantenerse estable, a no replicar la aprendida respuesta y buscar lo que necesitaba de él.

—No son... exactamente visiones... —se las ingenió para no rechinar los dientes—. Ni siquiera es como las otras veces, esto es distinto. Ella... es distinta.

Un nuevo silencio atravesó la línea.

—Mira, Rich, sé cómo suena todo esto, ¿vale? —insistió—. Yo soy el único loco que tiene todo esto en la cabeza. Por una vez, simplemente ignóralo y céntrate en lo que voy a pedirte ahora.

Escuchó un resoplido.

—Ella —replicó—. Has dicho ella, Brai. Hasta ahora siempre ha sido «esto», «eso», pero nunca algo como «él» o «ella».

Le sorprendió escuchar que su hermano hubiese reparado siquiera en eso. La mayoría del tiempo se la pasaba recomendándole terapeutas y clínicas.

—Su nombre es Mary, Mary Elizabeth McCarthy Hawker, de soltera Mary Hawker —resumió—. Sé que has estado continuando con ese hobby de papá, rastreando antepasados y eso...

—No hay ninguna Mary Hawker en nuestra línea familiar, Brai —su respuesta fue inmediata.

—No es de nuestra línea o, no exactamente —se pasó la mano por el pelo con gesto agotado—. Ella es... Solo averigua si cuando vivía la abuela de nuestro abuelo, Arethusa Hawker, había algún familiar suyo o una institutriz en la casa que pudiese responder a ese nombre. Posiblemente en la época de la Guerra Civil Irlandesa.

Su hermano dejó escapar un largo silbido.

—Eso es bastante información y demasiado precisa como para que la hayas sacado de una alucinación, especialmente porque nunca te has interesado por este tipo de investigación —escuchó la voz firme y seria de su hermano.

—Pues todavía no has oído ni la mitad —declaró con abierta ironía—. Fuiste tú quién me habló de que Bantry House había sido utilizada como

hospital, ¿verdad?

—Sí, la abuela de nuestro abuelo cedió el lugar a las monjas del convento de la Merced cuando el hospital del pueblo se incendió.

Y aquello encajaba a la perfección con lo que le había dicho la muchacha.

—¿Hay alguna manera de comprobar si durante el tiempo en que funcionó el hospital hubo algún Alaister McCarthy entre los soldados que se atendieron en el hospital?

Su hermano soltó algo así con un exabrupto.

—Los registros de entonces no son como los de hoy y, gran parte de toda esa documentación fue donada a la universidad de Cork por el abuelo hace unos veinte años —explicó—. Tendrías que ir al pueblo y solicitar a la biblioteca que te dejen ver lo que tengan sobre el hospital; si es que queda algo documentado.

—Bueno, no es como si últimamente hubiese mucho que hacer por aquí —declaró y miró hacia la ventana. Si bien había caído la noche, las luces que rodeaban el edificio iluminaban los copos de nieve que seguían cayendo. Con toda probabilidad mañana habría una considerable capa de nieve cubriéndolo todo—. Veré si puedo acercarme a la biblioteca e indagar por mi cuenta.

—Tú metido en una biblioteca —sonaba realmente sorprendido—. Esto va más allá de todo lo que has padecido hasta ahora, ¿no es así?

¿Qué podía decir?

—No sé lo que es, Richard, la verdad es que no tengo la menor idea de lo que está pasando, solo sé que tengo que hacer algo —declaró convencido—. Quizá sea la única forma de erradicar al menos una de las voces más molestas en mi cabeza.

—De acuerdo. —Lo escuchó garabatear—. Tengo todos los datos. Veré que puedo averiguar al respecto. Te lo haré saber tan pronto como...

La respuesta de su hermano se vio interrumpida por un ahogado murmullo, poco a poco el ruido empezó a cobrar mayor nitidez a medida que se aproximaba a su interlocutor.

—¿Es Braiden? ¿Sigue en Bantry?

Era la voz de su abuelo. El tono ronco y matizado con el acento de Cork era inconfundible. El escuchar su sonoro vozarrón le quitó un peso de encima que no sabía ni que tenía.

—¿Es el viejo cascarrabias al que oigo?

Richard resopló.

—El mismo, no ha dejado de incordiar pidiendo cosas imposibles desde que me lo traje a casa —exclamó en voz lo suficiente alta y clara para que el aludido le escuchase.

—Tú fuiste el que quiso traerme a este lugar, estaría perfectamente bien descansando en la casa de nuestros antepasados.

Puso los ojos en blanco al escuchar al hombre.

—Y tú oíste lo que dijeron los médicos —le soltó—. Descanso absoluto durante las primeras cuatro semanas.

—Bah. Déjate de monsergas y dame el teléfono —ordenó—. Vamos, que es para hoy.

No pudo menos que sonreír ante el tono de sargento del hombre.

—Braiden, te voy a pasar al abuelo, no dejaré de darme la lata si no lo hago.

Un momento después ya estaba la voz del hombre atravesando la línea telefónica a todo volumen.

—¿Braiden?

Sonrió para sí.

—Hola, viejo, me alegra de ver que sigues llevando la batuta en casa de los demás.

—¿Sigues en Bantry?

Hizo una mueca y miró al techo.

—Un poco difícil de abandonar el lugar cuando ha empezado a nevar —aseguró con palpable ironía—. Posiblemente tengamos mañana la primera nevada de la estación.

—Solo es un poco de polvo, no se te congelará el culo hasta enero.

—Espero que estés aquí para entonces, eso querrá decir que puedo largarme.

Bufó.

—Sorcha no me ha informado de que la casa haya saltado por los aires, ni que se haya incendiado, con lo que si ella no te ha echado todavía, no veo porque debo hacerlo yo.

—Ya veo que tienes un gran concepto sobre mí.

—Mayor del que tienes tú sobre ti mismo, hijo —aseguró animado. Para ser un hombre que había sufrido un infarto semanas antes, se lo escuchaba muy bien—. Pero supongo que el hecho de que llames a estas horas y hayas hecho que tu hermano se haya puesto más serio que la pata de un banco tiene más que ver con tus propios problemas, que con cualquier cosa pasada en la casa. ¿Has vuelto a verlos?

De toda su familia tenía que admitir que si había alguien quién no había dudado de él era el viejo. Geoffry aceptaba su maldición con naturalidad, le había asegurado en más de una ocasión que debía tomarlo como un don y le había dejado proceder a su manera, sin interferir en su vida.

¿Perdía entonces algo por intentarlo?

—¿Te suena de algo el nombre de Mary Elizabeth McCarthy Hawker?

—Um... —lo escuchó murmurar—. Hawker era el apellido de soltera de la abuela Arethusia. McCarthy es un apellido con ascendencia irlandesa. ¿Apellido de casada?

Sin duda el viejo era un hombre muy avisado.

—Eso dice ella.

Esperó por la típica censura, pero no la escuchó de él.

—Y dice también que tu abuela Arethusia era una prima lejana suya, que la acogió en la mansión después de la muerte de sus progenitores. De hecho, afirma haber sido institutriz de la bisabuela Clodagh.

Hubo algo parecido a un jadeo a través de la línea, entonces una exclamación del hombre.

—Creo recordar que había una tal Mary, mi madre había hablado en alguna ocasión de ella como la mujer que le había enseñado a leer, a escribir, había sido una inspiración para ella —explicó pensativo—. Tu bisabuela fue una mujer adelantada a su tiempo, se hizo con el título del condado en cuanto hizo la mayoría de edad, después se marchó a África dónde conoció a mi padre, quien trabajaba como asistente del Alto comisionado de Zanzibar. Se casaron y volvieron a Gales para quedarse en la casa principal durante mucho tiempo. Mi padre murió primero, ya lo sabes, y mi madre se hizo cargo de nosotros.

No sabía que le sorprendía más, si la fabulosa memoria de su abuelo o que lo que le acababa de decir tuviese sentido y encajase con lo que le había contado Mary.

—¿Quieres decir que tu Mary es la Mary de mi madre?

—No es mi Mary y sí, eso creo, sería posible —aceptó todavía asombrado—. Lo que dices encaja con lo que ella me ha contado.

—Vaya, esto es de lo más interesante —aseguró realmente interesado—. En el desván hay algunas cajas con recuerdos antiguos. Si mi memoria no me falla, tendría que haber también algún álbum familiar en el que es posible que aparezca ella.

Y eso era algo en lo que no había pensado, una pista que podría arrojar más luz sobre toda aquella historia.

—¿De casualidad no sabrás cómo murió? ¿Habló alguna vez la bisabuela de ella?

Un profundo suspiro.

—No lo creo. Los recuerdos de mi madre eran sobre su infancia, dudo que recordase lo que fue de esa mujer después de que se marchase a África.

Sí, aquello era lo más probable.

—Geoffrey —pronunció su nombre. Hacía demasiado tiempo que dejó de llamarle abuelo—. De un modo que no comprendo, ella no es como el resto de los espíritus con los que me he encontrado anteriormente. Es como si estuviese en el otro lado pero también en este.

Fijó la mirada en el piano y recordó su primer encuentro.

—La toqué, sentí... no, de hecho no sentí el latido de su corazón — murmuró en voz baja—. Sus recuerdos, dice que son difusos, que hay lagunas en su memoria... Pero lo más sorprendente, si es que existe algo así, es que está confinada a la mansión y sus terrenos e ignora el motivo.

—¿Lo ignora?

Sí, eso es lo que ella decía y parecía sincera, pensó rememorando el esfuerzo que ponía en recordar.

—Sé que dice la verdad...

—No estoy diciendo lo contrario, hijo —aseguró el hombre al momento—. Pero es extraño que no recuerde qué la retiene en Bantry.

Retener, esa era la palabra que había vagabundeadado por su mente en más de una ocasión.

—¿Es posible que haya dejado alguna tarea inconclusa?

Se lamió los labios y suspiró.

—Si ese es el caso, ignora cuál es, ni siquiera recuerda el momento exacto de su muerte.

—Entonces ayúdala a recordarlo —le aconsejó con total tranquilidad—. Los espíritus suelen aferrarse a sus antiguas vidas cuando han dejado algo inconcluso. Si haces que recuerde lo que es, lo que hace que permanezca en este lado, pueda liberarse y seguir adelante. Desde luego, si hay alguien que puede y debe hacerlo eres tú.

¿Pero qué significaba aceptar dicho encargo? ¿Cómo podía ayudar a esa mujer cuando había sido incapaz de hacer algo por su propia familia? ¿Qué garantías tenía de que esta vez podría hacer algo cuando antes no lo logró?

—¿Debo? —recuperó la última palabra dicha por el viejo, sabiendo cómo lo miraría, cómo estaría pensando actualmente.

—¿La condenarías a ella simplemente porque Maddie decidió seguir adelante?

Apretó los dientes al escuchar ese nombre y el dolor, la desesperación y la

rabia que traía impreso consigo. Aquella era sin duda su gran penitencia, el gran error que no podía perdonarse a sí mismo a pesar de que lo intentase.

—Quizá Mary es justo lo que necesitas para seguir adelante, para que puedas dejarla ir definitivamente —insistió el viejo, concedor de todo el episodio—. Nadie habría podido prever lo que Marjorie pensaba hacer, no podías evitar lo que pasó y lo sabes. Fue una horrible conjunción de acontecimientos, el único culpable real de esa tragedia fue el tiempo, las malas decisiones de esa mujer solo contribuyeron a...

Apretó los dientes y luchó con la rabia, con el dolor, pero no pudo evitar refrenar las palabras que le salían del alma.

—Se llevó a mi hija con ella...

Y eso era lo único que no podía perdonarle, lo que lo había desgarrado profundamente. Todo lo demás era secundario, el matrimonio llevaba haciendo aguas desde hacía tiempo, pero lo descubrió ese día, lo que originó que ella se marchase y se llevase a su niña... Aquello era lo único que jamás le perdonaría, lo que le había destrozado la vida y lo había empujado a marcharse lejos, a cualquier lugar dónde todo no le recordase a su pequeña.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Hubo un momento de silencio entre ambos, la línea se quedó completamente muda durante unos instantes.

—Pensé que todo había terminado entonces, que esta maldición se habría extinguido cuando lo que deseaba era justamente lo contrario —arrancó con voz rota, apenas un susurro—. Solo quería verla, quería... quería decirle que todo iría bien... que la quería... pero nunca apareció. Y ahora... ahora esa mujer...

—Ha acudido a ti.

Sí, lo había hecho y eso lo torturaba más que ninguna otra cosa. ¿Cómo podía ayudar a una completa extraña cuando había sido incapaz de hacerlo con su familia? ¿Con su propia hija?

—No he pedido esto, jamás pedí volver con esto —declaró cerrando los ojos con fuerza—. No ha hecho nada excepto destrozarme la vida, condenarme

una y otra vez a una incipiente locura.

—Se te concedió una segunda oportunidad, una que trajo consigo un precio demasiado grande para un niño —aceptó Geoffrey en voz baja—. Pero ya no eres un niño, Braiden, tienes ante ti la oportunidad de hacer algo para liberar a un alma atrapada y, al mismo tiempo, aligerar la tuya del peso que porta.

Había escuchado eso muchas veces, especialmente de niño, incluso esa primera vez en Bantry, cuando había hablado con ella.

—¿Sabías que ya la había visto?

—¿A tu Mary?

Hizo una mueca al escuchar la manera en que hablaba de ella, como si fuese algo suyo.

—La vi de niño, en el jardín italiano, el de la fuente —relató—. Estaba llorando, la vi y me acerqué a ella. Al verla, lo he recordado. Ya la había visto, nos habíamos encontrado con anterioridad y... he vuelto a sentir lo mismo, como si esto es lo que debía ocurrir.

Escuchó un suspiro a través de la línea.

—Siempre pensé que antes o después te ocurriría también a ti, después de todo, heredaste el mismo don que antes tuvo ella.

Sus palabras lo sorprendieron.

—¿De qué estás hablando?

Un nuevo suspiro.

—Ya sabes que te conté que tu abuela tenía también sus premoniciones, que era capaz de... ver también a ciertas personas.

Sí, lo había hecho, pero había supuesto que se trataba de una forma de consolar a un niño, especialmente porque nunca había hecho mayor hincapié en ello.

—Pero pensé que solo lo decías para calmarme...

—En parte —aceptó con un resoplido—. Tu abuela solía decir que, en toda vida de un sanador, hay un alma a redimir —comentó con ese aplomo tan suyo—. No se trata de arreglar las cosas, de arreglar sus pendientes sino de que esa

alma quede libre de todo pecado y pueda continuar adelante y renacer.

Estaba por echarse a reír, pero no creía que el viejo lo viese como algo divertido.

—¿Libre de todo pecado? ¿No necesitaría entonces un sacerdote o un exorcista más que a mí?

Él bufó.

—No te veo ordenándote sacerdote ni aunque fuese la única profesión disponible en el planeta —aseguró con palpable ironía.

—Ni yo tampoco —aceptó con un resoplido—. Pero eso no supone una solución a mi problema.

—Y no la supondrá hasta que te decidas a hacer algo al respecto, a hacer algo y hacerlo de verdad —aseguró con rotundidad—. Supongo que ha llegado el momento de que leas el diario de tu abuela.

Aquello era lo último que esperaba escuchar.

—No me lo tomes a mal, Geoffry, pero no creo que las historias de juventud de la abuela Briseida puedan arrojar demasiada luz sobre...

—No te desdigas tan pronto, Braiden, era una muy buena narradora de historias y, estoy seguro de que, en sus páginas, encontrarás muchas más respuestas de las que has obtenido hasta ahora —aseguró con un resoplido—. Lo encontrarás bajo llave en la biblioteca, en el mueble escritorio. Cógelo, sé que ella quería que te lo entregase en el momento adecuado y, a la luz de lo que me dices, creo que no hay mejor momento que este.

Arrugó la nariz a pesar de que no podía verle.

—¿He de suponer que ya lo has leído?

Una nueva risa.

—No había secretos entre nosotros, hijo, cada noche que escribía una página me la daba a leer después —aseguró lleno de orgullo—. Durante gran parte de su vida pensó que su don caería en una de sus hijas, pero Sorcha no lo heredó. Estaba convencida de que se saltaría una generación y pasaría seguramente a Cait, ya que suele transmitirse por línea materna, pero entonces tú

decidiste hacer una incursión en la bahía de Bantry, visitando el otro lado y cuando volviste, el don despertó en ti.

Y aquella era otra de las explicaciones que se había perdido a lo largo de su vida.

—Abuelo, ¿te das cuenta de que me habría venido muy bien saber esto hace mucho tiempo?

Él se echó a reír, pero no había ni gota de alegría en su risa.

—Quizá lo hubieses sabido si hubieses permanecido cerca de tu familia y no emigrases a los Estados Unidos —un claro reproche, uno que no perdía la oportunidad de hacerle.

—No me vas a perdonar nunca el haber abandonado el país de tus antepasados, ¿eh?

Chasqueó.

—Eso ya te lo perdoné en el mismo momento en que llamaste para decir que habías llegado bien —aseguró, sorprendiéndole—. No fue el hecho de que te marchases, Braiden, sino la manera en que lo hiciste, sin dejarnos a ninguno, ni siquiera a tus hermanos, ayudarte a atravesar un golpe que nos afectó a todos.

Sí, sabía que tenía razón, que la muerte de su hija había afectado a toda la familia, pero nunca, nunca de la manera en que le afectó a él.

Miró de nuevo hacia la ventana, a la nieve que caía y luego el reloj. Ya llevaba un buen rato al teléfono.

—Será mejor que te vayas a descansar o Richard te atará a la cama.

El hombre bufó.

—Me gustaría verlo intentarlo —rezongó.

—Buenas noches, Geoffry.

Empezó a colgar el teléfono cuando escuchó la voz masculina.

—¿Braiden?

—Dime.

—Recuerda que, pase lo que pase, estoy aquí para ti.

Asintió, sintiendo como se le formaba un nudo en la garganta. Se las

ingenió para tragarla y asintió.

—Te veré en Navidad, abuelo.

Antes de que pudiese decir algo más, colgó y devolvió el aparato al bolsillo trasero.

—Parece que me vendrá bien un poco de lectura antes de dormir.

CAPÍTULO 15

La Navidad parecía acercarse a pasos agigantados, en un momento caían los primeros copos de nieve y al siguiente los jardines estaban cubiertos de un manto blanco, la entrada engalanada con guirnaldas y luces de colores, mirase dónde mirase todo respiraba a esas fechas, el aroma del ponche y la canela perfumaban el aire, casi podía saborear las galletas de jengibre que se estaban haciendo en el horno de la cocina. Sí, aquella había sido durante mucho tiempo, su época favorita del año, pero ya no podía encontrar nada alegre en ellas, el peso del pasado era demasiado para ignorarlo.

Miró hacia el hogar encendido, el diario de su abuela descansaba sobre el sofá a la espera de que lo abriese y dejara de escapar de la realidad; su realidad. Lo había rescatado del cajón que le había indicado el viejo y, durante la pasada semana, había ido leyendo fragmentos y páginas completas en un intento de asimilar todo lo que allí se narraba. No era fácil admitir de buenas a primeras que, lo que él había pasado a lo largo de su vida, era algo que ya había pasado su abuela.

Se dejó caer sobre el sillón, cogió el envejecido y gastado libro y lo abrió, como ya había hecho con anterioridad, por una página al azar. Al momento se encontró con la pulcra letra de mujer, la de su abuela, quién parecía haber escrito aquello pensando en él.

«Desde que tengo uso de memoria recuerdo a mi madre decir que en nuestra familia siempre ha habido una sanadora. A veces se ha saltado una o varias generaciones, pero siempre acaba naciendo alguien cuya alma será capaz de despertar esas voces dormidas, de ver lo que otros ojos no ven y escuchar lo que otros oídos no escuchan. Se las conoce con el nombre de Healer na n-anamacha o Sanadora de Almas.

Cada generación posee un don único, algo que conecta con su propio espíritu y que representa su alma. Los espíritus tienden a rondarlas, se sienten atraídos por su luz interior, por un timbre en la voz que solo ellos parecen escuchar, pero no todos están dispuestos a ser vistos, oídos o escuchados. En ocasiones, ni siquiera buscan ayuda, solo alguien que sepa que están ahí.

Así como los espíritus se sienten atraídos por la sanadora, ella puede sentirse atraída hacia aquellos que la necesitan, almas que han quedado atrapadas en tránsito, incapaces de abandonar completamente el plano en el que han existido y sin poder avanzar. Suelen ser espíritus víctimas de injusticias, de promesas hechas

en vida y que no se pudieron cumplir. A menudo es su palabra las que las mantiene cautivas, tareas inconclusas que han quedado pendientes y que no les permiten continuar.

Es parte de una sanadora ayudar al espíritu a zanjar sus asuntos pendientes y ayudarles a continuar».

Leer ese pasaje era como ver su propia vida resumida en unas cuantas frases. Sin duda se había saltado una generación y, no solo eso, sino que también había cambiado de género para que dicha herencia hubiese recaído sobre él.

A medida que avanzaba en la lectura podía rememorar su propia existencia, sus propias vivencias impresas en esas palabras. Espíritus que se aparecían a su alrededor, miradas que se entrecruzaban, preguntas que él se había negado a responder o a confirmar su presencia... Otros eran más insistentes, aunque todo lo que querían era hablar, hablar y hablar, hasta que acababa emborrachándose para ahogar esas voces al caer en la inconsciencia.

Solo había sentido esa atracción de la que la que Briseida hacía referencia con Mary y ni siquiera estaba seguro de poder considerarlo una atracción de algún tipo. Era más bien como una corriente eléctrica, como la estática que hay en una noche de tormenta y que estallaba en pequeños chisporroteos.

La abuela creía que la presencia de los espíritus todavía en este plano de existencia se debía a tareas pendientes, a algo que habían dejado sin hacer; una creencia común por parte de los estudiosos del mundo esotérico.

Él mismo se había desesperado al punto de investigar todo aquello de lo que deseaba escapar. Después del accidente que se las llevó se había empapado de libros, teorías, vídeos, documentales, todo lo que pudiese acercarle a la meta que perseguía, una que no era sana.

—Ayudar a que zanje sus asuntos pendientes y siga su camino —interpretó el último párrafo—. ¿Pero cuáles son esos asuntos pendientes?

Estaba claro que Mary tenía que tener alguno, debía existir algo que la retuviese allí, que no le permitiese avanzar. ¿Pero qué? ¿Una promesa hecha a alguien? ¿A su marido, quizá? ¿Algo que había dejado inacabado? quizá una promesa, algo?

Ojalá tuviese la respuesta.

Sacudió la cabeza y pasó un par de páginas, deteniéndose solo para leer un párrafo aquí y otro allá. Básicamente hablaba de su día a día, de un hombre vestido de época que había visto en un banco del parque y con quién había intercambiado una conversación, una mujer que no hacía más que mirar a la bahía sin pronunciar palabra, pero nada que pudiese arrojar un poco de luz a lo que le había caído encima.

«Hay varias fechas propicias para liberar un alma.

La más conocida es sin duda Samhain. La noche en la que el mundo de los vivos y el de los espíritus se encuentran y el velo que separa ambos se viene abajo durante algunos segundos permitiendo a las almas pasearse entre los vivos. Pero incluso siendo una fecha propicia, con el paso de los años he aprendido que no hay mejor momento que el día en el que el alma dejó este mundo.

A menudo ese día representa un inicio y un fin, un

círculo que se repite una y otra vez y que mantiene al espíritu atrapado. Este puede extenderse hacia atrás o hacia delante englobando el motivo de su presencia o manifestarse en esa precisa fecha.

No hay mejor manera de estar segura de la fecha exacta que preguntar a aquella alma que acude a una sanadora en busca de ayuda».

Llegados a este punto no pudo hacer otra cosa que reírse, marcó la página por la que iba dejando el dedo entre ellas y se apoyó en el respaldo, echando la cabeza hacia atrás.

—Preguntarle por el día en que dejó este mundo, sí, sin duda es un infierno de buena pregunta.

Una tan buena como la del supuesto motivo por el que seguía atada a aquel lugar, especialmente cuando parecía no estar muy segura de ninguna de ellas.

Abrió de nuevo el libro y continuó ojeando algunas páginas más por encima, alternándolas con otras a las que dedicaba un poco más de tiempo y profundidad.

A menudo me he preguntado si habría una fórmula mágica para dejarle ir, si debería pronunciar algunas palabras especiales, hacer algún símbolo en el suelo y esas cosas que te vienen a la mente cuando piensas en rituales. No me di cuenta hasta el momento en que le

liberé que todo lo que tenía que hacer era permitirle marchar.

Braiden no pudo evitar fruncir el ceño ante las enigmáticas palabras que había escrito su abuela. Desde hacía algunas páginas, en el transcurso de lo que sería más o menos un año, había anotaciones de ese tipo, alusiones a alguien más y su propio empeño de llevar a cabo una misión que se le antojaba la más dura y difícil de su vida.

Volvió a pasar las páginas, ya no seguían una cronología, iba hacia delante y hacia atrás como si la mujer joven pudiese darle las respuestas de las que carecía la mujer mayor. En aquel único libro estaba escrita a grandes rasgos un periodo de alrededor de veinte años en los que se alternaba la jovencita que había sido y la mujer casada, con hijos y nietos en la que se convirtió. En ocasiones sus entradas tenían un lapso de años, otras de meses, otras solo tenían un par de líneas, incluso la caligrafía iba madurando hasta convertirse en una letra más pulcra y adulta que hablaba de la dama que fue en sus últimos años.

«Hoy recuerdo las enseñanzas de mi madre como si las hubiese pronunciado ayer, todas esas historias y cuentos que me narraba a la hora de dormir y que, con el tiempo, dejaron de ser fantasías para convertirse en realidad.

Miedo, esperanza, dos emociones que a menudo he visto entremezcladas desde mi más tierna infancia, un don que puede llegar a ser demasiado pesado en

ocasiones y que se convierte en todo un regalo cuando esa alma necesitada contacta por fin contigo.

Oh, esa experiencia cambió mi vida por completo, cambió mi forma de ver las cosas y sé que con él se fue una parte de mi corazón, pero su recuerdo ha perdurado y perdurará eternamente.

Ahora miro a mi hija Sorcha y me veo a mí misma a su edad, con tanta despreocupación, con toda una vida por delante y solo puedo decir que me alegro de que el don haya decidido saltarse una generación.

Me pregunto si esta regresará en mi querida nieta Cait, ojalá y viva lo suficiente para verlo con mis propios ojos».

Esa era la última entrada del diario, las fechas correspondían más o menos a un par de años antes de su muerte, pensó haciendo memoria.

—Sin duda ha vuelto a aparecer en tus nietos, abuela, pero solo para cambiar las reglas del juego y elegirme a mí como sucesor —murmuró con un suspiro—. Preferiría que me hubieses dejado cualquier otra cosa en herencia, esta se hace cada vez más difícil de sobrellevar.

¿Cuántas veces había sido motivo de discusión? ¿Cuántas le habían conducido a peleas con Marjorie? Y sin embargo, ahora sabía que aquello no había sido más que una excusa, que aquellos siete años de matrimonio estaban destinados a terminar mal hiciese lo que hiciese.

Recordar el pasado siempre era doloroso, más aún cuando este traía consigo el remordimiento y los recurrentes «y si» que, si bien no alteraban el resultado, permitían que se flagelase de nuevo una y otra vez. Incluso ahora, cada vez que echaba la mirada hacia atrás se preguntaba cómo era posible que hubiese ocurrido todo aquello, cómo había permitido que las cosas llegasen tan lejos.

Se había equivocado con Majorie. Había deseado ignorar los avisos de que algo iba mal en su matrimonio, prefirió achacar las primeras peleas y la frialdad que se instaló en ella a sus propios problemas, había empezado a acudir a un terapeuta con la falsa ilusión de que haría desaparecer sus «visiones» y, durante un tiempo, pareció que las cosas se estabilizaban, que todo remontaba y que la inesperada llegada de su hija sería el punto y final a una mala racha en su matrimonio.

Esa niña se había convertido en la luz de sus ojos, si bien las discusiones y las acusaciones terminaron volviendo, esta vez debido a los celos que su mujer sentía por su propia hija, estaba demasiado contento con esa pequeña parte de él como para darle mayor importancia.

Y entonces, cerca del séptimo aniversario de su matrimonio y a un par de semanas del cumpleaños de Maddie, lo que siempre había sospechado y no quiso enfrentar, le estalló en la cara de la peor de las maneras.

Su esposa no solo tenía un amante, lo metía en casa cada vez que se daba la vuelta, se exhibía con él delante de su hija. Lo último ya fue encontrarlos juntos en la cama, en su propio dormitorio, mientras la niña estaba en el colegio.

Aquella había sido la última discusión que habían tenido, la última vez que se habían visto las caras. Su esposa había defendido a su amante entre gritos e insultos, culpándole a él de toda su supuesta miseria, se había interpuesto entre ellos cuando sacó a golpes a ese hijo de puta de su casa y, como remate a su infidelidad, le amenazó con quitarle a su hija.

—¡No volverás a verla, me oyes! ¡Me la llevaré, la apartaré de ti de modo que no puedas volver a verla!

Su amenaza lo había puesto fuera de sí, había estado incluso a punto de estrangularla y solo la había soltado porque sabía lo mucho que su hijita quería a su madre.

La había echado, los había echado a ambos y la había amenazado con matarla si se atrevía a llevarse a Maddy. Estaba decidido a quitársela él mismo, la llevaría a los tribunales por adulterio y conseguiría la custodia de su hija.

Quizá, si en ese momento hubiese pensado con claridad, si la rabia y la traición no lo hubiesen cegado y vuelto irracional, habría obrado de la manera correcta y su pequeña estaría todavía con él, estaría viva y seguiría llamándole papá.

Apretó los ojos con fuerza y se obligó a respirar a través del dolor que le oprimía el pecho y le desgarraba el alma.

¿Cómo no había previsto algo así? ¿Cómo no se dio cuenta de que todo lo que quería Marjorie era herirle de la peor de las maneras? Había ido directa al colegio para sacar a su hija y llevársela, para alejarla de él y en el proceso la había matado.

Nunca odió y amó tanto su don como en aquel momento.

«*Papi*».

Su voz lo había apartado del vaso y la botella medio vacía que descansaba sobre la mesa de cristal del salón, levantó la mirada y la vio allí de pie, con su rostro dulce, sus ojos iguales a los suyos y una encantadora sonrisa en su carita. Llevaba el uniforme del colegio y abrazaba el osito con el que iba a todos lados.

«*Te esperaré al final del arco iris*».

Sus palabras fueron lo último que oyó, su rostro sonriente lo último que vio antes de desvanecerse ante sus ojos.

En ese mismo instante lo supo pero se negó a aceptarlo. Llamó al colegio y allí le informaron que había pasado su esposa a recoger a la niña. Llamó y llamó al número de Madeline sin obtener respuesta alguna. Salió de casa como una exhalación, medio bebido, enloquecido, sin saber que hacer o a dónde ir. Las horas posteriores no estaban claras en su mente, solo recordaba haber llegado al

hospital con su hermano y Geoffrey, escuchar las palabras de un policía mientras les informaba de lo ocurrido...

Un accidente, había dicho, achacado al mal estado de la carretera y al exceso de velocidad. El coche se había salido de la calzada, había impactado con otro vehículo que venía en sentido contrario y terminó dando un par de vueltas de campana para finalmente chocar contra el badén del lado contrario. Había quedado hecho un amasijo de hierros, los servicios de emergencias habían tenido que excarcelar el vehículo para sacar al único ocupante que estaba atrapado pues los otros dos cuerpos habían salido despedidos por el impacto. La muerte había sido en el acto, los tres ocupantes habían fallecido y entre ellos estaba su hija de cinco años.

No habían querido dejar que la viese, no le dejaron tocarla hasta muchas horas después y gracias a la intervención de su abuelo. Pero para ese momento, su pequeña Maddy ya se había ido para siempre.

Su esposa le había arrebatado lo que más quería en el mundo, había dejado que su amante condujese ese coche y quién sabía que le había dicho a su hijita antes de que todo acabase. Todo lo que sabía era que la había perdido.

Nunca pudo decirle que la quería, asegurarle que todo iría bien, que cuidarían de ella allí dónde iba y que antes o después iría a buscarla. Después de esa última visita de infantil, había intentado contactarla, la había llamado, pero nunca obtuvo respuesta, nunca la volvió a ver y su don se convirtió en la más pesada de las maldiciones.

Y ahora, esa mujer, ese fantasma se acercaba a él, lo llamaba cuando todo lo que deseaba era darse la vuelta y perderla de vista y le pedía que la ayudase.

—Si le doy la espalda, si me niego a ayudarla, será como perder de nuevo a Maddy —razonó consigo mismo.

Sería verse obligado a quedarse de nuevo de brazos cruzados, a odiarse a sí mismo por lo que no había podido evitar.

Miró de nuevo el diario que tenía entre las manos y sacudió la cabeza. Había llegado el momento de hacer algo más que sentir lástima de sí mismo y

odiar el don que había heredado. Era hora de que se pusiese en movimiento.
—Parece que tendré que visitar la universidad.

CAPÍTULO 16

La Universidad de Cork, al igual que sus homónimas, poseía una de las construcciones más atractivas arquitectónicamente que hubiese visto. Con más de doscientos años de historia era uno de los centros más prestigiosos de Irlanda. Estaba seguro de que Richard habría disfrutado inmensamente haciendo él mismo esta excursión solo para poder admirar en primera persona el campus. El edificio principal de piedra gris emulaba un enorme cottage en forma de U, con una pequeña torre presidiendo uno de los ángulos.

Había tenido que coger el coche y conducir casi una hora y cuarto pero el estado de las carreteras, fuera de Bantry, era magnífico. La ola de frío polar que asolaba el país había hecho que las nieves se adelantasen lo que hacía que el conjunto universitario tuviese un aspecto incluso más imponente.

La visita había sido cuidadosamente planeada, no quería dejar nada al azar, especialmente en una época en el que los alumnos empezaban a preparar los parciales y pronto se irían a casa por vacaciones. Tras una productiva charla con el encargado del departamento documental y la oportuna caída de su apellido, había tenido un oyente más que solícito y dispuesto a poner a su disposición todo lo que necesitase; no dejaba de sorprenderle el poder que tenía todavía su abuelo en el sector académico.

Le habían dado acceso a la documentación que el viejo había legado a la

universidad, por lo que le esperaba por delante una larga jornada de lectura e investigación, algo que no había hecho desde sus años en la escuela de cocina. Ni siquiera estaba muy seguro de lo que buscaba o lo que esperaba encontrar, como tampoco entendía en demasía esa ferviente necesidad de levantar hasta las piedras para desentrañar el misterio que envolvía a Mary McCarthy.

No podía evitar pensar en cómo parecía haber cambiado todo en el último mes. Había pasado de evitarla como a la peste a incluso buscar su compañía. Su historia se había entretejido de tal forma que sentía la necesidad de indagar en ella, de encontrar el motivo oculto para la presencia del fantasma en Bantry House.

Su abuela narraba en el diario que esa supuesta atracción era algo que solo se daba con ciertos individuos, con aquellas almas que, por un motivo desconocido, sintonizabas. No sabía si se debía a eso o a que se había cansado de tener a esa mujer pegada a él como una lapa no invitada, pero fuese una cosa u otra, había decidido hacer algo para ayudarla.

—¿Te vas?

La sorpresa apenas había podido ocultar el tono temeroso en su voz. Había sido solo un momento, pero el temor que había visto en ellos, la desilusión, le causó más impresión que el haber notado por primera vez que estaba muerta.

Por supuesto, se trataba de Mary y había muy pocas ocasiones en las que se permitía verse vulnerable, casi era una necesidad el dar la imagen de una mujer fuerte, segura de sí misma, en ocasiones incluso altiva. Algo le decía que debajo de todo ese repertorio de respuestas, insultos velados y feminismo había alguien muy distinta, alguien con miedo a resultar herida.

Se apoyó en la puerta abierta del coche y la miró. El mismo tocado, el mismo vestido, los zapatos con tacón de chupete, las perlas alrededor del cuello y cayendo por delante de su pecho... parecía una actriz que emulase un personaje de los años 20. Pero entonces estaban esos ojos verdes, la forma en que apretaba los labios, las ondas de su pelo suelto, más largo de lo que exigía el canon de su propia época; estaba vestida para una fiesta, una bastante exclusiva.

—He concertado una cita con el documentalista de la Universidad de Cork —le informó—. Gran parte de la documentación, libros, álbumes, recortes de periódico y fotografías que había originalmente en Bantry fueron donadas por el viejo en el noventa y siete. Espero poder encontrar algo entre todo aquello que nos dé alguna pista del motivo por el que sigues aquí.

Su inicial temor empezó a diluirse, cubriéndose de nuevo por ese sarcasmo con el que se escudaba. La vio cruzarse de brazos antes de comentar.

—¿Algo como mi necrológica?

Sonrió de soslayo, no pudo evitarlo, le gustaba la manera en que esa mujer parecía desafiarlo todo, incluso a la muerte.

—En realidad esperaba encontrar más bien tu partida de defunción —le soltó sin más—, o, si tengo verdadera suerte, alguna foto antigua en la que aparezcas retratada. Sería una bonita constatación de que efectivamente no eres producto de mi imaginación.

Puso los ojos en blanco.

—No soy producto de tu imaginación —replicó con un resoplido—. Preparé una tarta de manzana mejor que la tuya, ¿recuerdas?

—Esperaba que eso también fuese parte de mi delirio —aseguró guiñándole un ojo para finalmente meterse en el coche—. No te preocupes, Mary, volveré antes de que te hayas dado cuenta de que me he ido.

—Y ahora, ¿quién es el fantasma? —replicó ella con ese tonito aburrido—. Sencillamente, si vuelves, procura hacerlo de la misma forma en la que estás ahora. Vivo.

—Sí, querida —declaró poniendo en marcha el motor—. Con un muerto en esta casa es más que suficiente.

Esa había sido su despedida de esa mañana y, después de pasarse varias horas leyendo y buceando en los viejos documentos de la biblioteca, no estaba más cerca de lo que había venido a buscar que cuando llegó.

Había recortes de periódicos que hablaban sobre el incendio del hospital, cómo se habían visto desbordados y la entonces dueña de la mansión, la viuda

Leigh-White había ofrecido su hogar como sustitutivo. Tal y como le había contado Mary, la única condición que había puesto su tatarabuela era que debían atenderse a los heridos de los dos bandos de la guerra.

La mayoría de la documentación correspondía a los títulos nobiliarios de la familia, al condado de Bantry desde el mil ochocientos hasta la época de su abuelo. Había algunas fotos en blanco y negro, posados de la época de sus antepasados, incluso había un par que correspondían a Lady Arethusa y su marido, Edward Leigh-White el día de su boda y otra junto a dos jovencitas que resultaron ser sus hijas. Lo más sorprendente de todo y lo que le provocó una enorme impresión fue ver el parecido que tenía la menor de las dos hermanas con su propia hija; si Maddy hubiese llegado a esa edad, posiblemente habría sido su vivo retrato.

Hizo a un lado los dolorosos recuerdos, el futuro que nunca podría ser y continuó buceando entre los registros hasta que dio con ello; un obituario de la señora Mary Hawker McCarthy.

Solo era un recorte de periódico gastado por el tiempo, pero su nombre, impreso en negrilla destacaba por encima de todo lo demás. Un inesperado escalofrío lo recorrió, el corazón empezó a latirle con más fuerza y sintió tal sobrecogimiento que no pudo ni explicarlo.

Mary Hawker McCarthy

Amada esposa, querida prima e inestimable amiga, a la que Dios acogió en su seno la noche del 24 de diciembre de 1925, a los veinticinco años de edad.

Que Dios la tenga en su gloria.

Bantry, 25 de Diciembre de 1925

Miró la cuartilla con una extraña fijeza, incapaz de sacarse de encima el inesperado frío que lo había envuelto. La releyó una y otra vez como si de esa forma pudiese sacar algún dato más, como si ese amarillento papel pudiese decirle alguna cosa más.

Veinticinco años, apenas había empezado a vivir, no era más que una niña cuando se terminó su camino.

—Veinticinco de diciembre —leyó de nuevo la fecha. Nochebuena. ¿Cuán cruel era precisamente esa fecha? ¿Qué recuerdo podía quedar a la familia que dejaba atrás?

Hizo a un lado la nota y siguió buscando entre la documentación algo más, una partida de defunción, algo que explicase qué había originado la muerte. ¿Qué había sido de su marido? ¿Había estado a su lado cuando dejó este mundo? ¿La habría acompañado en sus últimas horas?

Poco a poco la documentación fue arrojando luz a los sucesos, más fechas se sumaron a la primera, defunciones en distintas épocas, de sus antepasados, incluso encontró el acta de matrimonio de su bisabuela, Cloadagh Leigh-White. Pero no encontró ni una sola pista que indicase la causa de la muerte de la joven Mary, si había sido por causas naturales o por una enfermedad.

—El veinticinco —murmuró empezando a hacer cálculos, a echar cuentas—. Eso fueron dos años antes de que Bantry House dejase de utilizarse como hospital.

Sacudió la cabeza, miró el reloj y se sorprendió de que llevase ya cuatro horas sumergido en aquella investigación. Empezó a recoger, seleccionando algunas páginas y pasando a fotografiarlas para tener una prueba gráfica. No estaba seguro de si sería buena idea enseñárselo a Mary, pero quizá fuese la única forma, quizá una fecha o un evento en particular le diese la pista que necesitaba.

En su prisa por devolver las cosas a su sitio tiró algunos papeles al suelo,

se inclinó para recogerlos y, de entre unas páginas sueltas asomó una fotografía que no había visto anteriormente.

—Mary...

Llevaba el mismo vestido y el mismo tocado, su pelo, sin embargo estaba peinado de otra manera, recogido debajo de un largo velo que enmarcaba unos frágiles hombros. En la foto salía sentada de lado, mirando a la cámara, con un enorme ramo de flores sobre el regazo. De pie a su lado, vestido de frac, la acompañaba un hombre cuya diferencia de edad lo situaría alrededor de los cuarenta. Su rostro era serio, pero bien parecido y por la posición que ocupaba en la instantánea, parecía querer protegerla con su cuerpo.

Acababa de encontrar la foto de bodas del fantasma que habitaba la mansión sobre la colina de la bahía.

Le dio la vuelta a la instantánea y leyó en una pulcra letra escrita a mano los nombres de los dos contrayentes y la fecha.

—19 de diciembre, año 1923 —leyó y trató de recordar las lecciones de historia—. La guerra civil irlandesa terminó el 24 de mayo de ese mismo año... Se casaron al finalizar la guerra.

Apenas dos años de matrimonio, pensó girando de nuevo la fotografía para ver la imagen. Era una instantánea típica de la época en sepia y gastada por el paso de los años. El retrato de un matrimonio de los años veinte.

No pudo evitar preguntarse cómo habría sido su vida, si se habría sentido amada, si la habría tratado bien. Algo que solo podía reconocer como celos empezó a tirar de los consabidos «y si», pero entonces también estaba aquella esquila, el afecto que tanto su marido como su prima le profesaban. Tenía que pensar que el matrimonio de Mary no había sido como el suyo, que ella había sido querida, después de todo, ¿no era cariño lo que escuchaba en su voz cuando hablaba de su marido? ¿Nostalgia incluso?

—En qué demonios estoy pensando.

Aquella línea de pensamiento no era propia de él, con seguridad no la había sido en los últimos seis años. Si bien había salido con mujeres y había

tenido aventuras de una noche, no había vuelto a pensar en ninguna como lo había hecho con su esposa, como lo hizo los primeros años cuando todo parecía ir bien. El amor se había convertido en algo secundario en su vida, lo había relegado a lo más profundo de sí mismo y se concentró en el trabajo y en dar rienda suelta al deseo cuando este le picaba. No quería ese tipo de complicaciones otra vez, nada bueno salían de ellas.

—Es el aire de Cork —decidió con un chasquido mientras recogía las cosas para devolverlas a su lugar. Era mejor pensar en eso que en que hubiese empezado a importarle un bendito fantasma.

Le tomó una instantánea a la fotografía de bodas antes de unirla al resto de la documentación y llevarla al departamento correspondiente. Por hoy, ya había tenido suficiente investigación.

CAPÍTULO 17

Bajarse del coche y encontrarte con un hombre y dos mujeres intentando meter un enorme abeto por la puerta principal no era algo que se viese todos los días. Mary permanecía a un lado, con las manos en las caderas y, absurdo entre todo aquel asunto, parecía estar dando órdenes, indicándoles la mejor manera de introducir esa monstruosidad por la puerta.

No sabía que le resultaba más cómico, si el que los tres fuesen ajenos a sus órdenes o que ella estuviese poniendo tanto énfasis en darlas.

—Ah, Braiden, llegas justo a tiempo, hombre —lo llamó Elías, haciéndole señas con una mano—. Échame una mano con esto o estas dos mujeres terminarán adornándome a mí en vez de al árbol.

—¿Qué me he perdido? —preguntó mirando al hombre, aunque su pregunta iba dirigida a Mary, quién no dudó en reunirse con él.

—¿Quieres decirles que el árbol debería meterse por la parte de atrás? Siempre se coloca en la biblioteca y, desde luego, es más sencillo abrir las puertas francesas e introducirlo por ellas, que intentar hacerle un corte de pelo al meterlo por la puerta —puntualizó cada palabra con un gesto, visiblemente exasperada.

—Esperaba que se les hubiese ocurrido a ellos solos —respondió en apenas un susurro al tiempo que caminaba hacia los tres leñadores en prácticas—. ¿De dónde habéis sacado esta monstruosidad? ¿No había nada más grande?

—Es una tradición —añadió su prima entre jadeos—. Aunque, creo que esta vez se han pasado un poquito con el tamaño del árbol.

—¿Solo un poquito, Caitriona? —se quejó su marido, quién llevaba casi todo el peso del abeto—. ¿Te importa, primo?

Le echó una mano al momento.

—¿No sería más sencillo meterlo por las puertas francesas de la biblioteca? —dejó caer como quién no quiere la cosa.

—El árbol siempre se pone en la entrada —comentó Cait con un fuerte chasquido de la lengua—. Es tradición.

—No, no la es —se adelantó Mary visiblemente ultrajada—. Siempre, cada Navidad desde que llegué a Bantry House, el abeto se ha colocado en la biblioteca. Las niñas y yo lo adornábamos cada año, Arethusia se sentaba al piano e interpretaba unos villancicos y todas cantábamos...

La vehemencia en su voz le dijo sin necesidad de palabras que aquel era otro de sus recuerdos reprimidos, posiblemente de alguna de las últimas navidades que pasó en la mansión.

—Este año podríamos colocarlo en la biblioteca, desde luego, sería mucho más fácil de introducir esta cosa que por la puerta principal.

—Cualquier cosa con tal de dejar esto de una vez en el suelo —resopló Elías.

—¿Mamá? —preguntó Cait, posiblemente pidiendo apoyo.

—Este árbol es tan grande que sin duda luciría mucho más en la biblioteca —aseguró y levantó una mano, señalando hacia la derecha—. A la biblioteca con él.

—Gracias a Dios.

—Al fin una mujer inteligente en esta familia.

—Pesa una tonelada —comentó, comprobando finalmente el esfuerzo que llevaba cargar con ese peso—. ¿No sabéis lo que son los árboles de plástico? No pesan y, sobre todo, sirven de un año para el otro.

—No meterás un árbol de plástico en mi casa, es un insulto a estas fiestas

—lo apuntó Mary con un dedo.

¿Su casa? Le entraron ganas de reír. Su pequeña fantasma estaba en un modo guerrillero y todo por un jodido abeto.

—Este árbol se irá para una reserva tan pronto pasen las fiestas, no se ha talado precisamente por eso —replicó su tía quién también jadeaba audiblemente por el esfuerzo de transportarlo—. Es una tradición.

—Una que yo no recuerdo. —Y era verdad. Posiblemente porque nunca se había fijado demasiado en ello ya que, cuando venía, el árbol ya estaba en su lugar y adornado.

—Cait, adelántate y abre las puertas, lo dejaremos en el mismo centro de la habitación si hace falta —gruñó Elías cargando ahora con mayor peso—. Me niego a moverlo un centímetro más.

—Debe ponerse al lado de la chimenea, es el lugar que ha ocupado siempre —añadió al mismo tiempo Mary, quién caminaba a su lado—. Por favor.

—¿Me estás suplicando?

—Primo, en este momento me pondría de rodillas si con eso me liberase de una vez de este peso.

Miró de reojo al marido de su prima e hizo una mueca, la respuesta no iba para él.

—¿Qué tal el viaje hasta Cork? ¿Has encontrado lo que fuiste a buscar? —le preguntó su tía, girando la punta del abeto para enfilarlo en el ángulo adecuado—. Cuando no viniste a comer, pensé que no volverías hasta la noche, al menos.

—¿Hallaste algo en esos documentos antiguos? —La pregunta de Sorcha hizo que Mary se interesase al momento. Por más que lo intentaba, no podía disimular la ansiedad que la corroía.

Asintió en su dirección mientras respondía en voz alta.

—Más de lo que esperaba y que espero que sea suficiente.

—Pensé que el de la investigación era Richard, ¿qué se te ha perdido a ti con la historia de nuestra familia?

—Estoy intentando localizar a alguien que vivió aquí en los años veinte.

—¿Durante la Guerra Civil? —preguntó Elías con palpable curiosidad—.

La casa estuvo ocupada como hospital durante unos cuantos años, por aquella época.

Enarcó una ceja ante la información de la que disponía su primo político.

—Veo que estás enterado.

Él asintió.

—Mi bisabuelo terminó aquí cuando el hospital del pueblo ardió en un incendio —gruñó al tiempo que levantaba el tronco para poder llevarlo con mayor facilidad—. Luchó en la guerra civil, en el bando de los perdedores, me temo.

Y aquello era algo que no esperaba escuchar de boca de su pariente.

—En la guerra nunca hay bandos perdedores, porque tampoco los hay ganadores —añadió Mary, mirando al hombre a pesar de que él no se daba cuenta de su presencia—. Solo hay muerte, ideales que no hacen otra cosa que traer enfermos a las camas de hospitales, algunos de los cuales jamás se recuperan.

—Sí, ¿no es el mismo que se casó con una pariente lejana de nuestra familia, Elías? —Preguntó ahora Cait, quien ya había abierto las puertas de la biblioteca y bajaba los escalones para ayudarles a subir el árbol—. ¿Cómo se llamaba?

—Fue su primera esposa, mi familia desciende de su segunda mujer, Eleanor —declaró subiendo las escaleras—. El abuelo siempre nos contó la historia de que su padre era un hombre muy apuesto y que se ganó el favor de su enfermera. Cayó prendado de una belleza de cabellos dorados y se casó con ella nada más acabar la guerra.

Casi pierde el paso, tropezando con las escaleras al escuchar su relato. No podía ser. Se giró de inmediato hacia Mary quién se había quedado quieta a los pies de la escalera, mirando fijamente al hombre sin mover ni siquiera las pestañas.

—Su matrimonio, sin embargo, fue fugaz —continuó ajeno a la tensión que estaban provocando sus palabras—. Ella murió en plenas navidades, apenas dos años después de contraer nupcias. Mi abuelo dice que su padre siempre recordaba a su primera esposa, la que fue su primer amor, con lágrimas en los ojos.

—¿Y dices que se casó otra vez?

—Si no lo hubiese hecho yo no estaría aquí —se rió, pero asintió—. Se casó un año después con una chica inglesa y de ahí surgió mi familia.

Metieron el abeto en el interior de la biblioteca y soltaron un suspiro colectivo.

—Debimos hacer esto desde el primer momento —declaró Sorcha secándose la frente.

—El año que viene, recuérdalo —añadió su yerno y se volvió a su mujer, para abrazarla y darle un beso en los labios.

Braiden se limitó a alejarse y volver a salir de la habitación pero Mary se había esfumado.

—Mierda —masculló para sí.

Si bien él tenía una parte de la historia, la joven fantasma acababa de escuchar otra, una que, posiblemente, jamás habría llegado a descubrir.

Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la biblioteca dónde las mujeres empezaban ya a hablar sobre decoraciones navideñas y demás parafernalia típica de esa época.

—¿Qué tal se te da adornar el árbol, Braiden? —preguntó su prima nada más traspasar la puerta.

Enarcó una ceja ante la inesperada pregunta y levantó las manos al momento para negar con la cabeza.

—Ah, no. Ni hablar. Yo soy el que carga con el árbol, al igual que aquí, mi amigo Elías —rodeó a su primo por los hombros—. No decoro árboles.

Su tía puso los ojos en blanco.

—Tu abuelo lo hace cada año y, dado que no está y eres el único

Shelswell-White presente ahora mismo en Bantry House, te toca hacer los honores —le informó con su aplomo de siempre—. Encontrarás las cajas con los adornos de Navidad en el desván.

—Tienes que estar de broma.

Su primo le palmeó la espalda y Cait le dedicó un guiño.

—Ánimo, Braiden, tú puedes.

Miró el árbol y luego a su familia. Casi esperaba que le dijese que se trataba de una broma, pero su tía Sorcha no era muy dada a ese tipo de chascarrillos.

—Estoy segura de que recordarás cómo solíais decorarlo tus hermanos y tú, junto con tu padre cuando erais niños —le dijo su tía, su voz suavizándose al hablar de su hermano—. Incluso antes de que te fueses a los Estados Unidos habías decorado el árbol con Maddy.

La mención del nombre de su hija cayó como una losa de silencio entre los presentes. Apenas se dio cuenta cuando su prima le cogió la mano, apretándosela y lo miró a los ojos.

—Nosotros también la echamos de menos, Brai —pronunció el diminutivo de su nombre, como cuando eran niños—. Pero ya es hora de que dejes que el pasado descanse. La vida te ha dado otra oportunidad.

Se soltó de su mano con cuidado, incómodo con el contacto y optó por utilizar el árbol como excusa.

—Has dicho que estaban en el desván, ¿no? —comentó con frialdad—. Os las bajaré, pero no adornaré el maldito árbol.

Con eso se dirigió con paso firme hacia la puerta, dispuesto a perderse en las entrañas de la casa.

—No puedes pasarte la vida huyendo, sobrino —añadió su tía cuando cruzaba el umbral—. A Maddy no le gustaría ver a su padre derrotado.

Apretó los dientes y continuó andado, no podía responder a eso, ni siquiera podía pensar en ello, ahora no.

CAPÍTULO 18

Para tratarse de un desván no había ni una sola mota de polvo, pensó Braiden mientras se movía entre los muebles. Su tía no había exagerado al decirle que este era el museo particular del viejo. Entre cajas llenas de lámparas, figuras de porcelana y otros artículos de edad dudosa, se encontraban muebles que necesitaban una buena restauración y cuadros que recordaba haber visto de niño colgando de alguna pared. Con todo, todo allí parecía incluso llevar un orden, una clasificación, todo un trabajo de catalogación y etiquetado que debía haber llevado a cabo el viejo en sus ratos libres.

Dejó a un lado aquella exposición de tienda de antigüedades y fue hacia un lado en el que había varias estanterías ancladas a la pared con cajas llenas de juguetes —suyos y de sus hermanos—, y un par más con la etiqueta «Christmas» escrita a mano.

—Supongo que son estas.

Se acercó para mirar en su interior y bajarlas de la estantería cuando escuchó un bajo murmullo a su espalda.

—Habla de él, ¿verdad? Habla de Alaister.

No pudo evitar dar un bote, el corazón empezó a tronarle en el pecho mientras se volvía para encontrársela de frente.

—Jesús, Mary, ¿es que quieres compañía ahí dónde estás? —contestó por acto reflejo. Le había dado un susto de muerte—. Sería realmente apreciable que

te hicieras notar, evitaría que me diese un ataque al corazón.

Su respuesta fue llevarse las manos a las caderas, sus ojos relucían como nunca antes los había visto, parecía enfadada, casi diría que cabreada.

—Dímelo. ¿Es verdad? El relato de su abuelo... su segunda esposa... El hombre del que hablaban, ¿era mi marido?

Levantó ambas manos.

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero hay cosas que sin duda encajan en la historia que contó Elías —aceptó con un tono libre de emoción—. Por otro lado, encontré algo en los documentos de la Universidad que deberías ver.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Encontraste la fecha de mi muerte?

Tenía que ser la primera persona que hablaba con tanta facilidad de algo tan macabro. Por otro lado, estaba muerta, así que, ¿qué podía importarle?

—Sí.

Se lamió los labios y asintió. Estaba firme, serena, elegante, tan hermosa como lo había estado en esa foto y, al mismo tiempo, mucho más vulnerable.

—Dímela.

Dejó escapar un profundo suspiro, echó mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el teléfono móvil. Buscó la fotografía que había sacado del obituario y giró la pantalla de modo que pudiese verlo.

—Moriste el 24 de diciembre de 1925 —indicó, leyendo la fecha en voz alta.

Ella miró el aparato con recelo, estaba seguro de que era el primer teléfono móvil que veía. Pero aquello no la amilanó, se inclinó hacia la pantalla y jadeó al leer lo que contenía la imagen.

—También encontré tu partida de boda e incluso una foto —le informó, cambiando cada imagen hasta que salió la del matrimonio.

Solo entonces dio un paso atrás, le miró a la cara y volvió a mirar el teléfono. Se acercó muy lentamente, rodeó el aparato con los dedos y lo levantó

hasta tenerlo casi pegado a su rostro.

—Soy... soy yo... recuerdo... recuerdo cuando nos la hicieron — murmuró, su voz parecía haberse ido apagando con cada palabra—. Arethusa me regaló el velo —acarició la pantalla y dio un respingo cuando la foto cambió—. ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, es cosa del teléfono.

Miró el aparato y luego a él con visible ironía.

—¿Esto es un teléfono? ¿Me tomas el pelo? —señaló el plano aparatito y lo miró. Entonces sacudió la cabeza—. Es igual, no contestes. Es otro de esos avances tecnológicos del siglo actual.

Sonrió de soslayo.

—Algo así —contestó al tiempo que buscaba el resto de las fotografías que había sacado a los documentos—. La fecha de la boda data del diecinueve de diciembre de mil novecientos veintitrés, después de la guerra.

—Al término de la guerra.

Ambos respondieron al mismo tiempo, la mirada en el rostro femenino era ausente, como si intentase encontrar el lugar exacto al que pertenecían todas esas fechas.

—Nos casamos en Navidad —musitó para sí—, era mi época favorita.

Braiden se contuvo de mencionar que esa época había sido también la que la había arrancado del lado de los vivos.

—Ese fue el primer año que se puso el abeto, pero no se puso en la biblioteca, no, allí estaba la capilla, el hospital seguía en funcionamiento y la familia decidió reservar solo el ala contraria para sí —continuó sumida en sus recuerdos—. El salón de té rosa, allí es dónde celebramos ese año la Navidad, y el siguiente a ese, y el siguiente...

Sus palabras se ahogaron, giró como un resorte y se fijó en las cajas que había localizado, las marcadas con la palabra christmas.

—Esas son las cajas en las que se guardaban los adornos —declaró caminando hacia la estantería—. Recuerdo las viejas campanas gastadas por el

paso del tiempo, las muñecas de madera que había tallado para cada una de las niñas, el ángel...

Con cada palabra empezaron a formarse imágenes en su propia mente. Conocía esos adornos a los que hacía referencia, eran los favoritos del viejo, decía que llevaban en esa casa mucho más tiempo que él. Y el ángel...

—El ángel tiene...

—...una mano rota —terminó ella por él y, cuando la miró a los ojos la vio sonreír. Por primera vez, esa sonrisa que le curvaba los labios e iluminaba su rostro era real—. Me temo que fui yo la que se la rompí.

—¿Cómo es posible que recuerdes tan bien algo como un simple adorno de Navidad y no seas capaz de dar con el motivo que te retiene aquí?

Bajó la mirada, contempló la caja y, sin previo aviso la extrajo de la estantería.

—Quizá ambas estén relacionadas —comentó más para sí misma que para él. Algo había cambiado en su rostro, una nueva emoción, una nueva prisa, como si buscase algo en concreto—. Es posible que siempre estuviese aquí, que fuese parte de esto... de quién fui, de mi vida... ¿Nunca has sentido que lo que buscas está justo ahí, que si estiras la mano podrás cogerlo y sin embargo eres incapaz de alcanzarlo? —preguntó girándose de nuevo hacia él—. Sé que la respuesta está aquí, al alcance de mi mano, pero no consigo alcanzarla y eso... me frustra.

Le quitó la caja de las manos.

—Conozco esa frustración —aseguró con voz firme, demasiado fría, envuelta por los recuerdos—, porque yo mismo la sentí cuando mi mundo se hizo pedazos.

Se lo quedó mirando en silencio, entonces posó la mano sobre su brazo cuando giró con intención de dejar la caja en la puerta y volver a por la otra.

—Pero tú puedes volver a levantarte y empezar a caminar de nuevo —le dijo con suavidad—. Yo ya estoy muerta, Braiden, pero tú, tú no has empezado a vivir siquiera, no te permites vivir, ¿por qué? No lo entiendo.

Su comentario le arrancó una amarga sonrisa.

—Lo entenderías si hubieses perdido lo más importante en la vida y supieses que nada podrá devolvértelo, Mary.

Los delgados dedos se cerraron alrededor de la manga de su chaqueta.

—¿Eso es lo que te pasó a ti? ¿Perdiste a alguien?

Asintió, no se atrevió a hacer otra cosa, no con esa mirada verde fija en la suya, mostrándole una pena y compasión que no deseaba de nadie.

—Lamento que hayas tenido que enfrentarte a una pérdida como esa, Braiden Shelswell —aceptó con una absoluta franqueza—, pero no puedo lamentar que esta te haya traído de nuevo hasta mí.

Y esa era la horrible verdad, ¿no es así?, pensó Braiden, esa era la verdad a la que evitaba enfrentarse con todas sus fuerzas. No se había marchado de Bantry House, no había abandonado Irlanda solo por Maddy, lo había hecho porque de quedarse, habría terminado ayudando a gente como Mary, antes o después alguno se habría colado en su interior y lo habría obligado a sacar la cabeza del culo y vivir. En los Estados Unidos solo tenía que preocuparse de trabajar, de sacar adelante su cocina y, muy esporádicamente, de que su hermano pequeño no se metiese en líos. Pero la realidad era que incluso John, el cual tenía ya veintinueve años, podía arreglárselas solo, no le necesitaba.

—No entiendo el motivo que hay detrás de todo esto, no sé por qué tu presencia me permite tocar el mundo en el que una vez moré, por qué haces que sienta cosas que llevan casi un siglo enterradas bajo el paso del tiempo, pero lo que sí sé, es que tú eres el único que puede hacer que se rompan las cadenas que me mantienen atada a estas paredes, a este lugar. De algún modo que no puedo llegar a entender, me has devuelto esa luz que necesito para seguir adelante, Braiden, para enfrentarme a mi propio pasado.

—Tienes una confianza en mí de la que yo carezco, Mary McCarthy.

Una vez más esos labios se curvaron en una perezosa y coqueta sonrisa, una que resultaba tan invitante que era incapaz de mirarla.

—En ese caso es buena cosa que tenga suficiente confianza para los dos.

Ella lo besó, sintió ese suave roce, el tacto de terciopelo, el aroma a lilas y

una dulzura a tarta de manzana que podía asociar a esa extraña mujer y solo a ella. Y, tan pronto como sus labios se rozaron volvieron a separarse.

—Vamos, te ayudaré a decorar el árbol conforme dicta la tradición.

Le quitó la caja de las manos y le dio la espalda, alejándose con un andar que, a sus ojos, se parecía más al de una persona viva que al de un fantasma.

CAPÍTULO 19

—La nieve no deja de caer.

Braiden se giró hacia la ventana junto a la que estaba Mary, la luz del fuego de la chimenea bailaba sobre su figura provocando un extraño caleidoscopio que la hacía incluso irreal. De perfil, con el pelo ondulándose sobre sus hombros, inmóvil, con las manos unidas sujetando un adorno navideño, parecía una antigua postal.

—La ola de frío que anunciaron para esta zona del país está cumpliendo todas las expectativas, tendremos unas Navidades de lo más blancas.

Ladeó la cabeza lo justo para mirarle, pero no sonrió, en realidad ni siquiera le miraba a él sino el abeto que se encontraba a su espalda, a medio vestir.

—¿Qué es lo que ves, Mary?

Las palabras brotaron de su boca por sí solas, como si aquello fuese exactamente lo que tenía que decir.

Ella ladeó la cabeza, cerró brevemente los ojos, sin bajar del todo sus párpados y negó.

—El árbol todavía no está vestido por completo... y él volverá esta noche... me lo prometió.

Su voz se hizo lejana, apenas un susurro que tuvo que esforzarse en escuchar.

—¿Quién te prometió que volvería?

Su mirada se posó entonces sobre él, parecía sorprendida, extrañada.

—¿Qué?

Miró de nuevo el árbol a sus espaldas y se giró de nuevo a ella.

—¿Quién no volvió esas Navidades? ¿A quién te quedaste esperando?

Los ojos verdes empezaron a abrirse más y más, los rosados labios se separaron y empezó a balbucear.

—Yo no... él... él va a volver, lo prometió... y siempre cumplía sus promesas.

Dejó los adornos que todavía tenía en la mano a un lado y caminó hacia ella.

—¿Qué ocurrió esas últimas navidades? —preguntó, le cogió las manos entre las suyas y la miró a los ojos—. ¿Qué ocurrió en las navidades de mil novecientos veintitrés?

Ella se lamió los labios, nerviosa, incómoda, como si quisiese huir. Tiró de sus manos pero no le permitió alejarse, se las apretó e hizo que lo mirase.

—¿Qué ocurrió, señora McCarthy?

Se mordió el labio inferior, vagó con la mirada posándola en cualquier lado excepto sobre él, entonces se quedó rígida, mirando algún punto en concreto por detrás de él.

—El piano.

Se giró para seguir la dirección de su mirada. Allí estaba el piano de cola de la biblioteca, un instrumento que siempre recordaba en el mismo lugar, tan antiguo como esa misma casa.

—¿Solías dar clases de piano sentada en esa banqueta? ¿Les enseñabas a tus pupilas cómo interpretar una partitura? ¿Las acompañabas cantando sus melodías?

Los ojos verdes volvieron a detenerse sobre su rostro, se lamió los labios y asintió. Sus manos, hasta ahora frías, yermas, temblaron entre las suyas un segundo antes de sentir como las apretaba.

—¿Qué melodía sonaba esa noche? ¿La recuerdas?

Asintió una vez más, cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos en ellos había lágrimas.

—¿Podrías tocarla para mí?

La petición, hecha en un tembloroso tono de voz lo sobrecogió. Miró el piano y sintió que su propia alma se partía de nuevo. No había vuelto a acariciar aquel instrumento desde hacía casi seis años, no se acercó a él desde el día en que interpretó la última pieza para su hija.

Los dedos femeninos se aferraron incluso con más fuerza a los suyos.

—La escucho en mi mente, conozco la letra, sé cómo suena... sé que está ahí, detrás de esa maldita cortina de oscuridad, esperándome... —murmuró ella con visible desesperación—. Por favor. Déjame descorrerla, déjame ver que hay detrás, qué es lo que me retiene aquí.

Se dejó conducir, permitió que lo arrastrase hasta aquella banqueta, levantó la tapa que cubría las lisas teclas y ocupó su lugar tras el piano. Sintió como ella se sentaba a su lado, su cadera rozando la suya, su pierna notando las cuentas del vestido y ese aroma a lilas que solo le pertenecía a ella envolviéndolos a ambos.

—¿Qué deseas oír, Mary?

Los delgados dedos cayeron entonces sobre las teclas blancas, alternándose con las negras, en el comienzo de la única melodía que no podía interpretar.

—Tócala para mí, Braiden —suplicó volviéndose hacia él, posando su mano sobre las de él—. Solo una vez. Solo esta vez.

Sus manos vacilaron un momento sobre la larga fila de teclas, estaba temblando, tan asustado como angustiado, pero eso no impidió que las primeras notas empezasen a surgir por si solas. Vacilante al principio, deteniéndose solo para volver a intentarlo una segunda vez dio rienda suelta a esa melodía que llevaba impresa en el corazón.

Como una herida que se reabre y sangra vio de nuevo ante él el dulce

rostro de Maddy. Podía conjurarla como antaño, subida en una banqueta, apoyando sus bracitos sobre la cola del piano mientras él interpretaba aquel villancico; uno de sus favoritos.

«Tócala otra vez, papá».

El recuerdo volvió con tanta intensidad que parecía estar torturándole, pero era incapaz de dejar de tocar, como si el hacerlo trajese al momento su desaparición.

—Esa es la melodía que escucho... —murmuró Mary al tiempo que abandonaba su lugar en el asiento y rodeaba el piano, acariciándolo con languidez, posando la mano sobre la lacada superficie mientras cerraba los ojos intentando precisar el lugar exacto del que emergía—. La que sonaba aquellas Navidades...

El murmullo emergió de su garganta, un ligero tarareo que pronto se adoptó al tempo del piano convirtiéndose en una delicada y dulce tonada.

Larara... lara lara ra... larara larala la ra rarara

Lara lararara...

El suave tarareo trajo consigo las palabras, sus cuerdas vocales daban vida al recuerdo que habitaba en su interior, cada nota era un fiel reflejo de su alma y cantaba con la misma intensa desesperación que él tocaba. En un solo instante se unieron en un solo movimiento, voz y melodía, como si la voz femenina lo arrastrase a él también, hermanándoles en un dolor al que solo juntos parecían capaces de sobrevivir.

Hark! How the bells,

sweet silver bells

All seem to say,

throw cares away

Christmas its here,

*bringing good cheer
To Young and Old,
meet to the bold*

Abrió los ojos y se encontraron en un momento de silenciosa comunión. Los recuerdos se habrían pasado al mismo tiempo y Braiden los recibió con el corazón encogido pero dispuesto a tolerar el dolor.

Sus dedos volaban al piano, su alma se reflejaba en los movimientos que iban *in crescendo*. Era como si vertiese toda su frustración a través de la melodía, buscando dar salida a la rabia, a lo que llevaba dentro. Cada nuevo acorde era marcado con mayor precisión, vertiéndose de sus dedos, dejando que su cuerpo hablase por sí solo, que gritase a través de la sinfonía el dolor y la rabia, la incapacidad de evitarlos y la fragilidad de su alma a la que había sido expuesta su alma. La voz de Mary se elevaba y subía, notas precisas, delicadas, tan llenas anhelo y de dolor que en muchas maneras equivalían a los suyos.

*Ding dong ding dong
Ding dong ding dong*

*That is their song
With joyful ring
All caroling.
One seems to hear
Words of good cheer
From everywhere
Filling the air.*

Las lágrimas deslizándose por sus mejillas hizo que sus manos se moviesen incluso con mayor desesperación, porque esas también eran suyas, aquellas que no había vuelto a derramar. Equiparó al piano su voz, cada giro

acompañaba sus notas y ambos parecían aislados del mundo, sumidos en sus propios infiernos, sobreviviendo a través de los recuerdos... Descargó en el instrumento todo lo que no podía decir con palabras, lo que no se atrevía a gritar con su voz hasta quedarse tan vacío que las lágrimas, sus lágrimas, empezaron a mojar las teclas...

Pero ni siquiera eso detuvo la tempestad que se había desatado en el interior de los dos.

*Oh how they pound,
Raising the sound,
O'er hill and dale,
Telling their tale.*

La canción se hacía cada vez más intensa, como si sus emociones se vertiesen a través de las herramientas de la música y la voz. Ella sacudió la cabeza y sus propias lágrimas parecieron volar como pequeños diamantes para extinguirse en la nada. Su garganta acusaba la tensión pero no dejaba de cantar cada vez más alto, de manera mágica y desgarradora, vertiendo en aquella melódica canción la pena y la alegría que guardaba en su alma.

*Gaily they ring
While people sing
Songs of good cheer,
Christmas is here.
Merry, Merry, Merry, Merry Christmas,
Merry, Merry, Merry, Merry Christmas.*

Abandonó su lugar a la cola del piano y se deslizó una vez más a su lado en la banqueta, sus pequeñas manos volaron al piano y se sincronizaron al instante, tocando a dos manos, sin que perdiese el ritmo ni una sola vez.

*On on they send,
On without end,
Their joyful tone
To every home.
Ding dong ding dong
Ding dong ding dong*

Mary siguió cantando, tarareando y dotando aquella esperanzadora melodía de una nueva tonada que empezó a diluir el hielo en su interior, liberando su mente de los recuerdos, del peso del tiempo, del dolor de la pérdida y dándole a su voz una esperanza que lo tocó en lo más profundo.

*Lara la lara larara lara lararara ra
Lara lalara rara ra*

*Hark how the bells,
Sweet silver bells,
All seem to say,
Throw cares away
We... will throw cares away
Christmas is here,
Bringing good cheer,
To young and old,*

Llegaron al final de la melodía y repitieron con mayor rapidez y urgencia la estrofa final, sus manos se complementaron con las de ella, su voz vibró en la solitaria biblioteca en un desesperado vals que los llevó al límite, a romperse a través de aquella silenciosa tortura que ya no podían seguir conteniendo y que los llevó a rendirse al ritmo de un acorde final.

El restallar de las últimas notas acompañó a sus agitadas respiraciones, nadie dijo nada durante unos instantes que parecieron eternos. La suave y delicada mano se encontró con la suya por encima de las teclas, sus dedos se enlazaron y las palabras surgieron por sí solas.

—La perdí, Mary, era mi hija, lo que más he amado en mi vida y la perdí.

Esos delicados brazos, el cuerpo menudo que jamás debía haber sentido, lo consolaron, sus suaves manos atrajeron su cabeza hacia su pecho y lo mantuvo abrazado mientras cedía al llanto del que se había privado demasiados años.

Lloró como un niño, como un hombre despojado de todo, se aferró a ella con tal desesperación que temía soltarla y perderse en aquel agónico mar de tormento. Pero Mary se convirtió en su mástil, capeó el temporal a su lado y le ofreció el consuelo que no había sabido que necesitaba hasta ese momento. No habló, no hizo falta, era suficiente con que permaneciesen así, uno al lado del otro.

CAPÍTULO 20

—Me había convencido de que nunca volvería a escuchar esa melodía, que nunca podría acompañarla como entonces...

Braiden ladeó la mirada para fijarse en ella. Mary seguía sentada en la banqueta a su lado con las manos en el regazo, tan recatada y serena que no parecía que se hubiese desatado el mismísimo infierno en esa habitación hacía poco más de un cuarto de hora.

Bajó la mirada sobre las teclas blancas y negras, deslizó el dedo sobre una sin llegar a presionarla.

—El mismo convencimiento que guardaba yo sobre este piano y cualquier melodía que pudiese arrancar de él —murmuró y se sintió aliviado al ver que no le temblaba la voz—. *Caroll of the bells* era el villancico favorito de Maddy. Adoraba las Navidades, eran su época favorita del año.

Decirlo en voz alta parecía lo correcto, en aquel momento y en aquel lugar parecía simplemente adecuado dejar que el pasado saliese de su escondite.

—También la mía —murmuró con voz queda, entonces levantó la cabeza y se giró hacia él—. ¿Cómo era?

La pregunta surgió entre ellos con naturalidad, nada forzada y se encontró respondiendo con más facilidad de la que hubiese creído posible.

—Hermosa, dulce, la niña más cariñosa del mundo —enumeró, pero fue incapaz de apartar la tristeza que le provocaba su ausencia—. Sólo tenía cinco

años cuando... —Tuvo que hacer un alto para encontrar las palabras y dejarlas salir—. Cuando ocurrió el accidente. Le arrebataron su futuro, su vida...

Volvió a sentir el tacto de su mano, un contacto que no era frío, aunque tampoco caliente, pero era real, era presente, como lo era su presencia a su lado.

—Lo siento muchísimo, Braiden.

Vagó desde sus manos entrelazadas a su rostro y sacudió la cabeza.

—Sentirlo no me la devolverá —respondió, pero era más un recordatorio para sí mismo que para ella—. Y tampoco lo hará el que la eche terriblemente de menos. ¿Pero cómo no hacerlo, Mary? ¿Cómo olvidarme de lo que más he querido en toda mi vida? Ni siquiera pude decirle que la quería, no pude despedirme, estar a su lado mientras pasaba todo, decirle que todo iría bien...

Tuvo que obligarse a hacer un alto, controlar su voz, pero al menos ahora todo parecía un poco más soportable.

—No sé si está bien allí dónde está, si tendrá miedo, si estará sola...

—Está bien —respondió tras unos momentos de silencio y, parecía tan convencida de ello, que le hizo hasta creer que era posible—. No sé explicarlo, pero siempre he sabido que mi familia está bien aún si yo no estoy con ellos. Sé que mis padres me esperan desde que partieron, que mi prima, incluso mis niñas me estarán esperando... Que Alaister, de algún modo, también lo estará y que esperarán el tiempo que haga falta.

La miró y ella le devolvió la mirada.

—Confía en que Maddy está bien, en que te quiere y que será la primera en recibirte cuando llegue el momento de reunirte con ella —lo tranquilizó con ese tono sereno—. Ella sabe que la quieres, siempre lo ha sabido. Incluso ahora, atesorará tu amor.

La contempló durante unos momentos y sacudió la cabeza sin saber qué decir, cómo responder a su aliento.

—¿Cómo lo haces?

Le dedicó esa típica mirada suya, la que le decía que no sabía de qué le hablaba pero que sería mejor que no fuese un insulto.

—¿El qué?

Sonrió, no pudo evitarlo. Estaba hecho polvo, se había quedado sin energía, pero al mismo tiempo sentía su alma un poco más libre de lo que lo había estado en años.

—Tener esperanza después de tanto tiempo.

Asintió como si esa pregunta se la hubiese hecho a sí misma con anterioridad.

—Si no tuviese esperanza, nunca nos habríamos encontrado esa primera vez en el jardín, si no la tuviese, no estarías ahora aquí, sentado a mi lado, hablando conmigo, concediéndome lo que deseo. Si no tuviese esperanza, nunca habría tenido la oportunidad de ver en qué clase de hombre se habría convertido ese niño.

Enarcó una ceja.

—¿Y en qué crees que se ha convertido?

Entrecerró ligeramente los ojos como si lo estuviese pensando, lo recorrió con la mirada y finalmente sonrió.

—En el hombre que prometía llegar a ser el niño —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No te menosprecies, no menosprecies el don que posees, Braiden, es gracias a él, gracias a ti, que he encontrado lo que llevaba tanto tiempo tratando de recordar.

Su respuesta no hizo más que confirmar lo que sospechaba, lo que había buscado al presionarla, al obligarla a enfrentar el pasado.

—¿Has recordado por fin el motivo por el que permaneces aquí?

Asintió lentamente, bajó la mirada sobre el piano y acarició una tecla, extrayendo una nota, con tan solo un dedo.

—Ese motivo siempre ha estado aquí —declaró con sinceridad—. Estación tras estación, Navidad tras Navidad, durante los últimos noventa y dos años, lo he visto pasar ante mis ojos sin darme cuenta de que no se trataba de él, sino de mí.

Frunció el ceño ante sus vagas palabras.

—¿A qué te refieres?

Dejó escapar un profundo suspiro y desenredó las manos que todavía tenían entrelazadas, se las llevó al regazo y narró.

—Me casé en las Navidades del veintitrés y lo hice enamorada —aseguró dejando que una suave sonrisa le curvase los labios—. Alaister era un buen hombre, había formado parte de la milicia del ejército del Estado Libre de Irlanda y fue herido durante una escaramuza. Pensé que moriría, lo cierto es que cuando lo atendí solo pretendía hacer que se sintiese bien, ahorrarle un poco de dolor y darle el consuelo de que estuviese alguien a su lado en sus últimos momentos. Pero era un hombre terco, lo suficiente como para combatir a la muerte. Cuando empezó a recuperarse me dijo que yo tenía la culpa de habérselo arrebatado a la muerte, que había sido verme y saber que yo era la mujer con la que estaría el resto de su vida.

Sacudió la cabeza, pero siguió con la mirada fija en el teclado.

—Me enamoré. Era un hombre bueno, atento, educado, me hacía reír y, por encima de todo, me veía como lo que era, Mary, solo Mary. Ni institutriz, ni pariente, solo yo —aseguró paladeando aquel recuerdo—. Pero no dejaba de ser un soldado y, si bien se había firmado la paz, él formaba parte de esa facción que seguía deseando liberar al pueblo.

Negó con la cabeza.

—Vivimos en Bantry House, yo no quería marcharme, no quería dejar a Arethusa sola con las dos niñas. Edward había muerto dos años antes, estaba el hospital y Clodagh ni siquiera había hecho la mayoría de edad —explicó, poniendo voz a sus recuerdos—. Alaister estuvo de acuerdo, después de todo, el ejército seguía siendo su vocación y pasaba tanto tiempo fuera de casa que prefería que estuviese acompañada y no sola.

Se lamió los labios.

—Ese mes de diciembre del año mil novecientos veinticinco, íbamos a celebrar nuestro segundo aniversario, nuestro segundo año de casados y yo deseaba que estuviese conmigo en Navidad, lo deseaba fervientemente —

aseguró, su voz ahora contenía una pizca de rabia y desesperación—. Había pasado los últimos dos meses con una afección a los pulmones, estaba segura que no era más que un catarro mal curado, que me pondría bien enseguida... le pedí que no se fuera, le supliqué... Él me convenció de que sería la última vez, que después de ese encargo, volvería a casa y no volvería a marcharse. Que a partir de entonces solo se dedicaría a hacerme feliz. Le dije que, si se iba, no se molestase en volver, que no seguiría esperándolo, pero él me conocía, como me conocía a mí misma y supo que no era otra cosa que el deseo egoísta de una mujer enamorada, de una esposa preocupada. Me dijo que volvería, me prometió que, como el año anterior, bailaríamos bajo la nieve de Bantry.

Levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—Esa fue la promesa que me hizo el día de nuestra boda —sonrió con calidez—. Fue nuestro baile nupcial. Un vals en el jardín italiano, la nieve embelleciéndolo todo, los suaves copos cayendo sobre nosotros mientras bailábamos celebrando el amor.

Su mirada empezó entonces a perder esa luz, entristeciéndose.

—Le esperé —respondió con suavidad—. Le esperé cuando cayeron las primeras nieves, cuando la casa se engalanó de Navidad, le esperé cuando los jardines se llenaron de flores, cuando las hojas cayeron, año tras año le esperé... sin que él volviese a mí.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Pero no fue él quien faltó a nuestra cita, ¿verdad? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta—. Fui yo. Salía a esperarle cada atardecer a la puerta principal, mi prima me pedía que no me expusiese a la inclemencia del tiempo, le preocupaba mi salud, pero yo quería verlo llegar, quería saber que cumpliría su promesa.

Negó con la cabeza.

—A primeros de noviembre mi salud empeoró, terminé encamada, tosiendo, tosiendo sangre... —musitó perdida en sus recuerdos—. Los días a partir de entonces se confundieron, no sabía si era de día o de noche, solo supe

que se acercaba la Navidad porque vi los primeros copos de nieve a través de mi ventana y Clodagh, mi dulce Clodagh, me trajo una rama del abeto decorada a mi habitación.

Hubo un momento de silencio, como si necesitase ese interludio para dar el giro final a su historia.

—Alaister sí llegó antes de Navidad, llegó esa misma Nochebuena a primera hora de la mañana —continuó con voz monocorde—. Se quedó en todo momento a mi lado, le vi llorar, a él, un hombre tan gallardo e imponente lloraba como un niño, me rogaba que no me fuese, que no le dejase... —cerró los ojos y dejó que sus labios se movieran por sí solos—. Le dije que me llevase afuera, que me dejase ver la nieve, quería bailar con él como aquella primera vez. Creo que mi prima protestó, mis niñas lloraban, pero él me tomó en sus brazos y me llevó a fuera. Lo último que recuerdo es su voz al oído y los copos de nieve cayendo sobre mi rostro antes de que todo dejase de existir.

Tomó una profunda bocanada de aire y bajó la mirada sobre su ropa, acariciándola.

—Este fue mi vestido de bodas —sonrió con tibieza—. Le pedí a mi prima que me lo pusiese aquella misma mañana, quería estar tan guapa para él como el día de nuestra boda. Me había prometido que bailaríamos, que volvería a mí y bailaríamos esa melodía bajo la nieve... Pero no pude bailar, no pude hacerlo...

—Y por eso te quedaste.

Asintió.

—Esperaba poder bailar algún día con él bajo la nieve, en el jardín... —sacudió la cabeza una vez más—. Pero el paso del tiempo comenzó a cambiarlo todo, lo que antes era importante para ti, deja de serlo y no te das cuenta de que todo cambia a tu alrededor pero tú no avanzas.

Una realidad que incluso padecían muchos vivos, pensó Braiden.

—Él se marchó de la mansión en algún momento después de mi funeral. —Hizo una mueca—. Casi me alegro de no haber tenido que asistir a él, habría sido algo... *argg*... raro. Mi niña Clodagh voló del nido pocos meses después de

hacer la mayoría de edad y cuando volvió, ya no era una niña, era una mujer casada y pronto fue madre. Pude despedirme de Arethusa, fue extraño, pero en cierto modo liberador verla partir... Los años se desdibujaron al igual que mis emociones y mis recuerdos, pronto ya nada importaba y entonces, un día ocurrió algo. De repente me sentí triste. Sentir. Esa es la palabra. Volví a sentir algo, eché de menos a mi marido, a toda la gente a la que había querido... ni siquiera sabía que era capaz de llorar en este estado...

—Fue cuando te encontré en el jardín.

Asintió y su rostro volvió a adquirir esa esperanza.

—Sí, fue tu presencia, la primera vez que fui realmente consciente de que alguien podía verme, escucharme —sonrió nostálgica—. Pero al igual que todo lo demás en mi vida, fue efímero... hasta hace poco más de un mes, cuando regresaste por fin.

Se giró en la banqueta y le cogió ambas manos.

—Eres tú, Braiden, te he estado esperando a ti desde el principio —le aseguró con una esperanza en los ojos que no creía merecedora—. Tú eres mi sanador, el que debía oír la súplica en mi alma y ayudarme a encontrar el camino. Y lo has hecho, gracias a ti, sé cuál es. Ahora solo me queda pedirte una última cosa.

Asintió muy lentamente, las palabras se le atragantaron pero sabía que debía pronunciarlas.

—Dime que deseas de mí, Mary Hawker McCarthy.

Se lamió los labios y le miró con una intensidad que lo chamuscó en lo más profundo de su corazón.

—¿Bailarías conmigo bajo la nieve de Bantry una última vez? —murmuró—. ¿Me ayudarás a partir por fin?

Solo había una respuesta que dar, la única de la que su abuela había hablado en su diario, una que venía con un alto precio pero por ella, estaba dispuesto a pagarlo.

—Sí, Mary, haré todo lo que esté en mi mano para que esta sea tu última

Navidad en Bantry House.

El rostro femenino se iluminó con una belleza sobrenatural provocada por una contagiosa sonrisa.

—Gracias, Braiden.

CAPÍTULO 21

—Y ese sí es un árbol digno de *Bantry House* —exclamó Sorcha mirando con abierta satisfacción el enorme abeto que decoraba la biblioteca con la luz de un nuevo día.

Braiden se giró desde las puertas abiertas que daban al jardín italiano, la nevada del día anterior había dejado una estampa digna de una postal navideña. El brillante sol de la mañana parecía dispuesto a perlar la nieve de pequeños cristales que contribuirían, con mayor medida, a dejarle ciego.

—Tu padre se sentiría muy orgulloso si pudiese verlo.

Mary, quién no se había separado de él desde la noche anterior, se acercó a él.

—Ya te dije que las mujeres de la casa teníamos buen ojo para la decoración.

Sacudió la cabeza y miró a su tía, quién seguía contemplando el árbol.

—Y sí, tu padre lo está —concluyó Mary en un susurro.

No hacía falta que se lo dijese dos veces, con todo lo que había pasado últimamente, estaba dispuesto a creerlo.

—Estoy seguro de que lo ha visto, Sorcha —declaró volviéndose a la mujer—. Estoy seguro.

Ella le dedicó una mirada brillante y asintió, incapaz de hablar en ese momento.

—Tu hermano Richard acaba de llamar para decirnos que llegarán esta tarde, tu abuelo es incapaz de quedarse un solo segundo más alejado de su hogar. Hizo una mueca ante las noticias.

—Parece que Bantry no puede evitar mantener a las almas que han pasado por sus puertas prisioneras —comentó, un juego de palabras que Mary entendió a la perfección—. Tanto la de los vivos como las de los que ya no lo están.

Su tía chasqueó la lengua, pero acabó por replicar.

—Hablas como tu abuela.

El comentario lo cogió por sorpresa, se giró hacia ella y se encontró con sus ojos.

—Te pareces mucho más a mi madre de lo que te puedes imaginar —aseguró su tía—. Tienes sus mismos ojos, incluso esa expresión ausente con la que te he pillado alguna vez como la que tenía ella cuando hablaba con... bueno, con ello.

Se miraron a los ojos, pero ninguno dijo nada.

—Eres un buen hombre, Braiden, no dejes que nadie te haga creer lo contrario —insistió con unas palabras que eran lo último que esperaba escuchar de su boca—. Si tienes la posibilidad de ayudar a aquellos más desfavorecidos, aquellos a los que nadie más puede ayudar, no dudes en hacerlo. Tu abuela decía que eso le reportaba felicidad y quiero creer que así era.

Asintió y no pudo evitar mirar a Mary.

—Sin duda era una mujer sabia.

—La más sabia de todas —aseguró con cierto deje nostálgico. Entonces, con la rapidez habitual en ella, cambió de tema—. A todo esto y, a riesgo de que esté empezando a volverme loca, ¿ayer tarde escuchaste el sonido del piano procedente de esta habitación?

No pudo evitar esbozar una mueca irónica.

—No, no te estás volviendo loca, Sorcha, al menos no más que la mayoría de los que habitamos esta casa —aseguró mirando el motivo de la pregunta—. Era el sonido del piano. Parece que las clases que mi madre me obligó a tomar

de pequeño no fueron en vano. Ya sabes, es como montar en bicicleta, nunca se olvida.

—Yo nunca he montado en bici.

El comentario llegó acompañado de un ligero ceño femenino, ante eso solo pudo sonreír.

—Diría que más que recordarlo lo has resucitado —chasqueó la mujer ajena al comentario de su fantasmal inquilina—. Sería todo un regalo si decidieses deleitarnos esta próxima Nochebuena con el piano. Sé, y hablo en nombre de todos, que sería un verdadero placer escucharte tocar.

—Concentrémonos en tener el menú de Nochebuena listo para entonces y suficiente bebida como para que pueda emborracharme después —declaró sin comprometerse a nada—. Hasta entonces, supongo que deberíamos seguir y poner las luces de Navidad.

Sorcha asintió.

—Eso evitará que tu abuelo quiera hacerlo por sí mismo —le recordó oportunamente—. Encárgate de ello. Secuestra a Elías si hace falta y yo haré lo mismo con Cait para tener todo listo para su llegada.

—A sus órdenes, condesa.

Su tía puso los ojos en blanco, dio media vuelta y se marchó farfullando para sí, no le cabía duda que repasando ya todas las cosas que debía tener pendientes por hacer.

—Parece un fenómeno de la naturaleza, siempre en movimiento, dispuesta a ayudar a todo el mundo —comentó Mary con la mirada fija en el lugar por el que había salido—. Se parece a mi prima.

La miró y se encogió de hombros.

—Viene de la misma rama.

—Una que siempre ha dado árboles fuertes y capaces de enfrentarse a las más cruentas tempestades —aseguró ella convencida—. No olvides nunca que formas parte de ese árbol, Braiden.

—Créeme, querida, no me dejan ni olvidarlo.

Se rió, un sonido claro y alegre, lo suficiente para hacerle sonreír a su vez.

—Bueno, ¿qué tal se te da poner las luces fuera de la casa?

Ella parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Es una broma, ¿no?

Ahora fue él quien sonrió abiertamente.

—Bueno, Mary, has hecho una tarta de manzana espectacular, has decorado el abeto mejor que nadie, es de esperar que se te dé bien también subirte a una escalera y poner las luces.

Ella abrió la boca, entonces volvió a cerrarla. Se cruzó de brazos y le dedicó esa mirada altanera que empezaba a gustarle tanto o más que esa mujer.

—Estoy segura de que, si pudiese subirme a una escalera con estos zapatos y este vestido, sin duda lo haría mejor que tú.

Braiden se echó a reír, las carcajadas le siguieron mientras atravesaba la mansión en busca de su primo. Sin duda, estas iban a ser unas Navidades que nadie iba a olvidar.

CAPÍTULO 22

La semana previa a Nochebuena pasó en un abrir y cerrar de ojos, era como si el tiempo se hubiese confabulado con alguien para adelantar las manecillas de los relojes y que los días se confundiesen con las noches hasta llegar a la mañana previa a Navidad. Toda la finca estaba engalanada para la ocasión, las copiosas nevadas de los últimos días habían obsequiado a todos los presentes con carreteras resbaladizas, fuentes congeladas y la suficiente nieve como para quién quisiese esquiar por los jardines. Bien, quizá esquiar fuera una exageración, pero Braiden estaba tan harto de limpiar entradas y senderos que había barajado la posibilidad de buscar su viejo trineo de niño y probarlo de nuevo.

El viejo había llegado con Richard y su familia siete días atrás, entre las mujeres de la casa se habían encargado de obligarle a descansar, lo que equivalía a alternar entre las butacas de la biblioteca al calor de la chimenea, las del salón rosa y su dormitorio. Tan solo cuando ninguna de ellas estaba a la vista, se permitía escurrirse y dar unas vueltas por la casa apoyado en el bastón. Se hacía patente que el infarto le había pasado una gran factura, había envejecido considerablemente y su vitalidad había mermado, con todo seguía siendo el mismo hombre acostumbrado a llevar la batuta de siempre y odiaba ser mangoneado por mujeres.

Su hermano John había llegado apenas la noche anterior y todavía estaba durmiendo el *jet-laj*. Antes de dejar que se retirara le obligó a jurarle y perjurarle

que su restaurante estaba en perfecto estado y que estaría la mar de bien en las expertas manos de su sub jefe de cocina.

Era curioso cómo no echaba tanto de menos el trabajo como había esperado. Acostumbrado a pasar buena parte del día entre fogones y coordinando a su equipo de cocina, esta relativa tranquilidad de Bantry le había permitido incluso volver a cocinar por placer, probando sencillas recetas a las que Mary siempre parecía tener algún pero. Se le hacía incluso divertido el hecho de pelear con la marisabidilla mujer en la cocina, desafiándola a hacerlo mejor.

¿Quién iba a pensar que un fantasma sería tan buen cocinero?

Los últimos días habían sido un hervidero de preparativos, un trajín de ir y venir, esquivando a su hermano Richard y sus preguntas sobre fantasmas y jugando con sus sobrinos en la nieve para disgusto de su madre que era a quién le tocaba cambiarles la ropa.

Hacía tanto tiempo que no pasaba tiempo con la familia que se había perdido los primeros años de esos dos diablos, encontrándose ahora con dos jovencitos de nueve y diez años que eran el vivo retrato de su padre.

Mary era sin duda la que había estado más alterada esa última semana, los nervios parecían hacer mella en ella, la posibilidad de que las cosas no funcionasen y que siguiese atrapada la preocupaban casi tanto como el hecho de pelearse con él por las más absurdas tonterías.

Al menos esta mañana había decidido dejarle vía libre, pues no se había aparecido por sus alrededores desde que había salido el sol.

—Hacía tiempo que no veía la casa tan engalanada y, sobre todo, tan llena de gente.

Se giró para ver a su abuelo atravesando las puertas de la biblioteca.

—Oh, mira esto —comentó acercándose al árbol y mirándolo con ojo crítico—. Cada vez que entro aquí parece que encuentro un nuevo detalle que se me había escapado la vez anterior. Algunos de estos adornos tienen más años que yo.

—Eso dijo la tía Sorcha.

Y Mary, pensó con ironía.

—Ese ángel era el favorito de tu abuela —indicó la cima del árbol—. Nunca supimos quién le rompió la mano.

—Alguien que ya no está.

Sus palabras hicieron que se girase hacia él. Sus ojos se encontraron durante unos instantes, entonces el viejo se apoyó en el bastón y señaló los sofás frente a la chimenea.

—¿Te importaría hablarme de ella?

Enarcó una ceja ante su pregunta pero él no esperó respuesta. Tomó asiento y se acomodó. A Braiden no le quedó otra que sentarse frente a él.

—No todos los días alguien descubre que tiene un inquilino en su hotel que es incluso más viejo que él mismo —declaró y miró a ambos lados, se inclinó hacia delante y preguntó—. ¿Está aquí?

Negó lentamente con la cabeza, no sabía que más podía hacer o decir al respecto. Estaba bastante sorprendido ante esa actitud, y no es que fuese algo nuevo en Geoffry. De toda su familia siempre había sido el más... comprensivo.

—Richard me dijo que fuiste a la universidad a comprobar la documentación, ¿has tenido suerte?

Se echó hacia delante, cruzó las manos sobre las rodillas y asintió.

—Sí, lo cierto es que sí —aceptó sin saber muy bien cómo tratar ese tema—. Esto es...

—Difícil, incluso extraño, lo sé —aseguró con gesto meditativo—. Debí sentarme a hablar de ello, de lo que era tu abuela, mucho antes.

Asintió, pero tampoco podía reprocharle nada.

—No es que te hubiese dado opción, Geoffry.

Chasqueó y golpeó el suelo alfombrado con el bastón.

—¿Tan difícil te resulta llamarme abuelo?

Hizo una mueca.

—Supongo que tanto como a ti mantenerte al margen de mis cosas.

El hombre se rió por lo bajo y asintió.

—Has pasado por tanto en los últimos años que tenía miedo de entregarte el diario de tu abuela, temía que pudieses alejarte aún más de la familia si supieses de tu herencia —aceptó con un profundo suspiro—. Siempre has sido muy reservado con estas cosas...

—Mis padres creían que estaba perdiendo la chaveta.

—No es verdad, tu padre sabía...

—Mi madre me mandó a un psiquiatra con solo siete años.

—No te haces una idea de lo mucho que discutí con ella por ello —aseguró con palpable malestar—. Fue el motivo por el que os pasaseis tres veranos sin venir por aquí.

Sí, recordaba ese episodio, aunque no el motivo del mismo.

—Entonces, ¿puedo... preguntar cómo es ella?

Sonrió para sí.

—Ella es...

—Enséñale la foto.

Dio un respingo al escuchar la voz femenina a su espalda. Se giró y allí estaba, tan serena como siempre.

—Dios, Mary...

—Lo sé, lo sé, cualquier día te mando a este lado.

—¿Está aquí? —preguntó el hombre sorprendido y también, un poco emocionado.

—Te lo juro, te voy a regalar un collar con un cascabel solo para saber por dónde andas —resopló y se giró a su abuelo—. Sí, está aquí.

—Oh, vaya.

No sabía que le hacía más gracia, si la emoción de su abuelo o la sonrisa que bailaba en los labios de la chica.

—¿Puedes transmitirle un mensaje de mi parte?

La petición de la chica lo tomó por sorpresa, pero asintió.

—Dile que es un placer para mí haber conocido al hijo de mi niña, Clodagh y que le deseo una pronta recuperación.

La miró y puso los ojos en blanco.

—Geoffry...

—Es tu abuelo, Braiden, dirígete a él con respeto.

Aquello era el colmo.

—La señora Mary Hawker McCarthy quiere que te transmita que es un placer conocerte —transmitió el mensaje al tiempo que buscaba la foto de la boda de la mujer en el teléfono—. Recuerda muy bien a tu madre, pues fue su institutriz y te desea una pronta recuperación.

—Oh, por todos los diablos.

Para su eterna sorpresa, el hombre se emocionó al punto de que le brillaban los ojos por las lágrimas no derramadas.

—Créame, señora McCarthy, que el placer es todo mío —aseguró el hombre con la voz tomada—. Y deseo que mi nieto, aquí presente, pueda ayudarla a pasar este último tránsito.

Antes de que alguno de los dos pudiese decir algo más, le tendió el teléfono para que su abuelo pudiese ver la imagen.

—Ella es Mary, es el día de su boda, junto a su marido —le explicó y se giró lo justo para mirarla de soslayo—. Y se conserva exactamente igual.

El hombre se puso las gafas que traía colgadas al cuello y se quedó mirando unos momentos la copia de la fotografía.

—Es una mujer muy bella.

—Sí, sin duda lo es.

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese retenerlas, pero al viejo no se le escapó, ya que lo miró por encima de los lentes.

—Tu tía ha dicho algo sobre que has vuelto a tocar.

El comentario estaba destinado a cambiar de tercio la conversación y, al mismo tiempo, hacerlo sin duda hablar. Él mejor que nadie sabía el tiempo que había pasado ante ese piano con su hija, las risas compartidas.

—Mary hizo que volviese a tocar —aceptó sin mirarla a pesar de que se había sentado a su lado—, volvió a traer el pasado y sus consecuencias.

—Tú no tuviste la culpa de ese accidente, Braiden, fue un cúmulo de acontecimientos...

—¡Ese hombre iba al volante! —Estalló incapaz de detenerse. Esa era otra de las cosas que jamás le perdonaría a Marjorie—. Él mató a mi hija...

El hombre suspiró y negó con la cabeza. Dejó el teléfono sobre la mesa que estaba entre ambos y no pudo evitar que sus ojos cayesen sobre la imagen de la chica.

—Echo de menos a mi bisnieta tanto como tú, hijo, pero regodearme en el dolor y alejarme de los míos no es la respuesta —le aseguró Geoffry—. ¿De qué te ha servido a ti mantenerte lejos de tu hermano, de tus sobrinos o de mí? Siempre he respetado tus decisiones porque eres un adulto con sentido común, pero no quiere decir que las comparta.

No hacía más que decirle lo que ya le habían dicho por activa y por pasiva todos en algún momento de su vida.

—Escúchale, Braiden. —Mary posó la mano sobre su pierna brevemente—. Necesitas a tu familia de igual modo que ellos te necesitan a ti.

—Tu abuela solía ser igual de impetuosa, se dejaba llevar por sus pasiones, por sus emociones, pero ella vivía la vida, afrontaba sus problemas y seguía adelante —continuó el viejo obviando el comentario de la mujer.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—¿Llegaste a leer el diario completo? —Le preguntó entonces.

Asintió. Sí, había terminado leyéndolo completo y ahora entendía algunas cosas que hubiese sido mejor no saber.

—Cómo te dije, solía darme a leer las páginas después de escribirlas. Cuando la conocí, lo primero que me dijo fue que debería aceptarla tal como era y no intentar cambiarla. Me confesó que estaba un poco loca, pero esa locura siempre fue su mejor parte.

Increíble escuchar tal confesión de su abuelo.

—¿Te dijo alguna vez quien era esa persona? —No pudo evitar preguntar. En su diario estaba claro que hablaba de alguien que no era su abuelo, alguien

que había sido muy importante para ella.

—Nunca dijo su nombre, sólo sé que fue importante para ella a muchos niveles —aceptó meditativo—. Fue un antes y un después en su vida. Eso es lo que decía, que liberarle y ayudarle a continuar, había sido ayudarse a sí misma. No sé cómo, pero con el tiempo comprendió que Sorcha no sería la siguiente. Entonces llegó tu padre y luego lo hicisteis tus hermanos y tú. Pensaba que el don se saltaría alguna generación, que quizá volvería más adelante o puede que ella fuese la última.

—He pensado mucho en ella estos días —aceptó y miró a Mary.

—¿En tu abuela? —le preguntó y asintió.

—Ha tenido que ser una mujer realmente fuerte para enfrentar esto sin más.

—Tenía en quién apoyarse, Braiden, siempre tuvo en quién apoyarse.

Sus palabras contenían una somera advertencia.

—¿Me estás regañando?

—Llámalo un toque de atención si te place —declaró y empezó a levantarse lentamente—. Pero recuerda y tenlo siempre presente, hijo, que cuando nos necesites nos vas a tener a todos aquí. Sin excepción. No estás solo, Brai, nunca lo has estado.

Asintió y miró de nuevo a la mujer sentada a su lado, involuntariamente buscó su mano y ella se la entregó.

—Le prometí que bailaríamos esta noche con ella, abuelo —murmuró y se volvió a mirarlo—. El último antes de partir.

El hombre se apoyó en el mango del bastón y asintió.

—Lo harás muy bien, nieto, lo harás muy bien.

Dicho eso, se alejó con paso lento, apoyándose en el bastón, dejando patente una vez más que había tenido una suerte endemoniada de contar todavía con él.

—Esta noche, Mary —murmuró volviéndose hacia ella—. Ha llegado la hora de despedirse.

Ella asintió pero, en contra de lo que debería suceder, en sus ojos no encontró alegría, solo aceptación.

—¿Me regalarías ese cascabel?

La inesperada petición lo hizo reír, se cubrió el rostro con las manos y sofocó una carcajada.

—De acuerdo, señora McCarthy, ya veré de dónde saco un cascabel.

Y ahora sus labios si contuvieron una sonrisa.

CAPÍTULO 22

Había olvidado lo que era pasar una navidad en familia, eran ya demasiados los años que las pasaba lejos de los suyos, lejos de un ambiente familiar como aquel. Durante gran parte de la noche no pudo evitar sentirse torpe, fuera de lugar, pero no había nada como sus hermanos como para que esa sensación desapareciese de un plumazo.

Sentados alrededor de la mesa compartieron anécdotas de su niñez, de su juventud, recuerdos que guardaban de otras fiestas y de aquellos que hoy ya no estaban. Fue una noche para las confidencias, para las buenas noticias y para el perdón.

—A veces uno no es capaz de ver más allá de lo que le ponen delante, eso hace que todo lo demás carezca de importancia —le dijo Richard en un momento dado de la noche—. Pero eso no siempre es así y hay que ir más allá para entender, incluso para ver, que la vida de cada individuo es suya y no puedes jugarla. Si acaso, solo aconsejar.

—¿Y tienes un consejo para mí?

Negó con la cabeza.

—No, un consejo no, una disculpa —lo sorprendió—. No sé qué habrá ocurrido el último mes y medio aquí, pero sea lo que sea, sea a quien sea, estoy agradecido por haberme devuelto a mi hermano.

Abrió la boca para contestar, no estaba cómodo con toda esa palabrería,

pero la mano sobre su hombro se lo impidió.

—No, déjame terminar, después podrás achacar esto al vino o a un momento espiritual —se rió—. Sé que hablo por cada uno de los aquí presentes cuando digo que ha sido un enorme alivio verte de nuevo frente al piano. Solo puedo imaginar lo que ha supuesto para ti volver a sentarte ahí.

—Alguien me ha recordado que hay quien ha dejado la vida atrás y solo desea poder vivirla, por lo que no es justo que los vivos la dejemos pasar sin más.

—¿Te lo dijo ella?

Deslizó la mirada por el comedor, por cada una de las personas allí reunidas y echó en falta a su propia protagonista. Mary se había esfumado a media tarde, no había vuelto a aparecerse en toda la cena y no podía evitar pensar en ella, en lo que esperaba de esa noche, en si saldría bien. Deslizó la mano sobre el bolsillo de la chaqueta del traje —el viejo siempre había tenido algo con la formalidad en las cenas—, y acarició el bulto que asomaba.

—Sí —no dudó en su respuesta. Ella existía, no era un producto de su imaginación, ni una imagen provocada por un tumor, era un espíritu atrapado al que había prometido liberar—. Es curioso como una mujer que lleva noventa y dos años muerta, puede darte toda una lección de vida.

—Eso es porque se trata de una gran mujer —comentó su hermano palmeándole el hombro—. El abuelo ha dejado caer que tienes algo importante que hacer esta medianoche y que era mejor no retenerte. Solo quería decirte que espero que ella encuentre su camino y tú el tuyo.

Asintió y correspondió fundiéndose con él en un fraternal abrazo.

—Yo ya estoy encaminado al mío, Rich, ahora, solo espero poder conducirla a ella al suyo.

—Lo harás, Brai, no me cabe la menor duda que lo harás.

Con eso, dio media vuelta y volvió a la sala dónde los comensales disfrutaban ya de unas copas al son de unos villancicos interpretados ahora por su hermano pequeño al piano. No sabía que era peor si su entonación o lo que le

estaba haciendo al pobre instrumento, pese a todo, sus sobrinos parecían divertirse gritando junto a él a pleno pulmón.

Sonrió, era imposible no hacerlo y deslizó la mirada por cada uno de los presentes hasta encontrarse con la de Geoffry. El viejo se limitó a darle su bendición con un gesto de la cabeza. Había llegado la hora, pronto sería 25 de diciembre y le debía a Mary un baile.

Dejó a su familia en silencio, atravesó la planta baja sumida en un acogedor silencio y entró en la biblioteca dónde las llamas de la chimenea creaban sombras y luces sobre los adornos del abeto. Las puertas francesas estaban abiertas de par en par dejando entrar el frío invernal en la habitación, permitiéndole apreciar los tímidos copos de nieve que volvían a caer y a la hermosa mujer que los contemplaba desde el umbral.

Con el pelo suelto rozándole la base de los hombros desnudos, y un vestido amarillo que nada tenía que ver con el eterno traje que había llevado hasta el momento, con cuerpo de corsé y falda en varias caídas, se asemejaba más a una mujer de su época que a una de los años veinte. Debió sentir su presencia pues se volvió, el ruedo del vestido arrastrándose por el suelo, mostrando una parte frontal llena de pequeños bordados y pedrería que brillaba bajo la tenue luz.

—Estás... asombrosa.

Sus labios se curvaron con esa suavidad de la que ya era consciente, ladeó la cabeza y deslizó las manos por la tela de la falda.

—Está muy pasado de moda, pero fue el traje de bodas de mi abuela — murmuró—. Fue una de las pocas cosas que me quedó de mi madre. Solía decir que era una dama extraordinaria, inteligente como un hombre y sensual como una mujer... Quería llevarlo aquella noche, lucirlo en una ocasión especial... Sin duda no hay una más especial que esta.

Se recogió ambos lados de la falda y le hizo una reverencia.

—Feliz Navidad, Braiden Shelswell-White.

Fue hacia ella, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Todavía no, Mary, pero lo será —le aseguró. Metió la mano en el bolsillo y extrajo lo que llevaba en su interior con un tintineo—. Me temo que he tenido que improvisar un poco, pero he encontrado un cascabel.

Ella se echó a reír mientras le ataba la cinta a la muñeca con un nudo y lo agitaba para que sonara.

—Al menos ahora, te oiré venir —le aseguró burlón. La cogió de la mano y se giró hacia el iluminado jardín.

—¿Bailaría una última pieza conmigo, señora Hawker McCarthy?

Sonrió, correspondió a su apretón y asintió.

—Nada me gustaría más.

Bajaron la breve escalinata de la mano, los copos de nieve los acariciaban con una suavidad inaudita, incluso el frío dejaba ya de tener importancia bajo aquella cúpula llena de magia.

—Casi puedo escucharla, el sonido del piano, como aquella vez en la biblioteca —murmuró ella acercándose a la fuente de piedra que marcaba el centro del cabezo de plantas del jardín italiano—. Puedo oír sus voces, es como si estuviesen ahí, al alcance de mi mano. Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos...

Le retuvo la mano, el cascabel repicó al detener su avance, obligándola a girarse hacia él. Sus ojos verdes brillaban con calidez y esperanza.

—¿Es allí a dónde quieres ir, Mary?

Lo miró a los ojos y supo la respuesta incluso antes de que sus labios le diesen forma.

—Es mi lugar, Braiden, es hora de seguir adelante.

Asintió, se separó un par de pasos antes de enlazarla con el brazo libre por la cintura y atraerla hacia él.

—En ese caso... te dejaré ir.

Ahora incluso él escuchaba la música que ella mencionaba, el sonido de las campanas parecía reverberar a su alrededor acompañadas del piano. Era como si cada nuevo copo de nieve que cayese trajese impresa la melodía, la que habían interpretado en la biblioteca.

Se movieron al unísono, un mágico vals que los llevaba a dejar las huellas de sus pasos sobre la nieve. Se movieron como uno solo danzando bajo una noche fría, la luz procedente de la iluminación del jardín creaba un halo de misterio a su alrededor.

—¿Estarás bien cuando me haya ido? —La pregunta colgó sobre ellos como parte de la canción.

—Estaré bien cuando tú estés allí dónde deseas estar —respondió en un susurro, acariciándole el oído con su aliento y embebiéndose de su fragancia a lilas.

Pareció buscar la verdad de esas palabras en sus ojos pero sabía que lo único que vería sería el reflejo de sí misma en sus pupilas, una respuesta más que suficiente.

—Baila conmigo, Mary, olvida todo lo demás y haz realidad el último de tus deseos.

Ella cerró los ojos, respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás mientras giraban bajo la nieve. Agradeció en silencio, pero sobre todo el disfrutar de esa mujer que había venido a despertar su alma. Era un vals de ingravidez, dónde la melodía nacía del alma, de los corazones, dónde cada giro y cada paso los invitaban a otro, donde sus cuerpos dejaban el mundo terrenal y se adentraban en una comunión espiritual.

Mary notó como la música parecía hacerse más intensa, más frenética y lo sintió, después de mucho tiempo sintió en su pecho el retumbar de un corazón, el latido en sus oídos y con ello se alzaron las voces.

«Siempre fuiste como un copo de nieve danzando en el viento, mi Mary».

Se negó a abrir los ojos, tampoco es que hiciese falta, su alma ya se había liberado de sus cadenas y vagaba hacia esa voz.

«Perdóname por no haber podido cumplir nuestra promesa, por no llegar antes a tu lado y concederte este último baile».

Le sintió, fueron sus brazos la que la envolvieron, su aroma el que la acarició y, al abrir los ojos, allí estaba él, Alaister, bailando con ella, cumpliendo

la última promesa que se habían hecho en vida.

«Te he añorado durante tanto tiempo, esposo mío».

La guió giro tras giro y acercó el rostro al suyo, respirando ambos el aliento del otro.

«Siempre te esperaré, mi Mary, tardes el tiempo que tardes, vivas las vidas que vivas, estaré aquí para recibirte».

La besó en la mano y le sonrió con esa calidez que siempre veía en sus ojos, el amor que una vez le había profesado su corazón y supo que eso es lo que haría.

«Despierta ahora, Mary McCarthy, vive la vida que se te arrebató, vive el sueño que has soñado, por mí, sé libre por fin».

La hizo girar y perdió el sentido del espacio, de lo que estaba arriba o estaba abajo, el tiempo ya no pasaba y, al mismo tiempo, corría a toda velocidad. Sus pies se movían solos, era incapaz de dejar de bailar, como si con cada avance y retroceso, con cada vuelta su cuerpo se calentase, su sangre volviese a correr por sus venas y él fuese la única línea de vida que la anclase, que evitase que saliese volando o se hundiese para siempre.

No me sueltes, no me dejes ir, déjame oír tu voz otra vez, despiértame. Braiden, por favor, despiértame.

Su alma gritó y suplicó, sus manos se aferraron a él y dejó que la condujese a través de ese helado vals bajo la nieve.

Nunca había sido un buen bailarín, en realidad, no le gustaba bailar, solo lo había hecho en su boda o con su hija en brazos, pero con Mary era como si lo hubiese hecho toda la vida, como si hubiese nacido para ello, para ese momento. Esa menuda mujer se adaptaba a la perfección a sus brazos, acompañaba sus movimientos, la sentía ligera como una pluma mientras la música resonaba en su cabeza, a su alrededor y los copos de nieve brillaban como si fuesen plata.

No quería dejarla ir, por alguna inexplicable razón no quería perderla

ahora que la había encontrado, sentía que no sabía todavía lo suficiente de ella, que no había tenido tiempo de ver más allá de esa cínica sonrisa, de esos sagaces ojos verdes, pero al mismo tiempo su alma entendía que debía hacerlo.

«Solo déjala escuchar tu voz, deja que tome la decisión».

La inesperada voz en su mente fue como una bofetada, abrió los ojos y se encontró con ella entre sus brazos, tan hermosa como la primera vez que la vio, tan elegante y cálida, una imagen muy alejada de la mujer en la que se había convertido después.

«Marjorie».

Le cubrió los labios con un dedo y negó con la cabeza antes de retomar la posición en sus brazos y dejar que la guiase en aquel personal e íntimo baile.

«Te quise, Braiden, te quise más que a mi vida. Fuiste importante para mí, alguien muy importante, pero nunca fuiste el final».

Quería decir algo, quería protestar, pero las palabras no le salían, no encontraba la voluntad para pronunciarlas.

«Pero ya es hora de que sigas adelante, de que nos dejes ir, a las dos. Te esperaremos, da igual el tiempo que pase, las vidas que tengamos que aguardar, nos volveremos a ver de nuevo, te lo prometo».

Quiso abrir la boca y protestar, preguntarle por su hija, decirle que a pesar de todo la había querido y las quería a las dos, que la extrañaba y que extrañaba a su niña. Pero una vez más las palabras se evaporaron de su garganta, cerró los ojos y sintió ese cambio, ese giro inesperado que ponía el mundo del revés.

«Te quiero mucho, papi».

La infantil y cantarina voz resonó en sus oídos, abrió los ojos y allí estaba, entre sus brazos, como tantas y tantas otras Navidades. Sus bracitos rodeándole el cuello, apretándole como si fuese el tesoro más importante del mundo.

«Mamá está conmigo y también la abuela. Las tres te queremos mucho. La abuela dice que no puedes venir ahora, pero que cuando lo hagas, estaremos de nuevo juntos. Te esperaremos al final del arco iris».

Sintió como caían las lágrimas por su rostro, aliviado ante sus palabras, su

corazón ligero por primera vez en seis años y las palabras que se habían desvanecido brotaron por fin de su boca.

«Te quiero, mi hada de azúcar. Papá te quiere más que a nada en el mundo, recuérdalo siempre».

El rostro de querubín de su hijita se iluminó, asintió y le dedicó una enorme sonrisa.

«Lo sé. Siempre lo he sabido, papi. Yo también te quiero. Sé bueno y sonríe y tráeme algo bonito cuando vuelvas».

«Un arco iris solo para ti, vida mía».

Aquel era un juego que habían intercambiado a menudo, uno en el que se demostraban su mutuo amor. La abrazó con fuerza, saboreando esos momentos finitos, grabándose a fuego su promesa en el alma, sabiendo que tardase el tiempo que tardase la cumpliría.

Cerró los ojos y sintió de nuevo esa ingravidez, las campanas en sus oídos, la melodía *in crescendo*, atrayéndolo a la vida que había dejado atrás.

«Despiértala».

El eco de la voz que había escuchado por primera vez después de ser rescatado del río volvió a sus oídos.

«Escucha su voz, mi querido nieto, escucha su voz y deja que te despierte».

Su voz, la voz de un fantasma, de una mujer atrapada en un limbo del que solo podía liberarla él; un sanador de almas. Agudizó el oído y escuchó el rítmico latido de un corazón, notó una suave respiración y el cálido y frágil cuerpo de mujer entre sus brazos. Abrió los ojos y la vio tan clara como un día de sol, su piel por lo general blanca con un bonito color rosado, sus labios invitantes en ese gesto que hacía cuando ladeaba la cabeza mientras permanecía con los ojos cerrados.

—Mary...

Incluso su voz sonaba extraña en sus propios oídos, empezó a ser más consciente de la nieve que caía sobre ellos, de la que se había prendido en el pelo

rubio de ella, en los brazos de su chaqueta y de la música que los envolvía y se iba extinguendo poco a poco. Tiró de ella guiándola en los últimos acordes de ese navideño vals sin dejar de mirarla, acariciándole los dedos que todavía envolvían los de su mano extendida en la posición de baile, escuchando el tintineo del cascabel.

—Vuelve conmigo, Mary, vuelve a mí.

Las oscuras pestañas aletearon y esas gemas verdes se abrieron a la vida. Los rosados labios se separaron y aspiró con fuerza como si con aquella bocanada de aire sus pulmones volviesen a funcionar.

—Braidén...

—Baila conmigo, Mary Hawker, baila conmigo bajo la nieve de Bantry una vez más.

La guio sin dejar de mirarla, sabiendo sin necesidad de palabras que esto era lo que deseaba, que no le importaba el tiempo que pasase, siempre estaría allí para ella porque esa mujer, esa dulce e irritante fantasma, lo había devuelto de nuevo a la vida.

CAPÍTULO 23

—Las he visto —murmuró Braiden mientras caminaban cogidos del brazo de vuelta a la biblioteca—. A las dos. Nunca quise aceptar que la quería, que a pesar de todo lo que había hecho, todavía la quería. Parte de mi rabia para con ella era por eso, porque la amaba y no pude decírselo, nunca pude despedirme de ninguna de las dos.

Mary lo miró, se aferró a su brazo y respondió.

—Yo le vi a él, a Alaister —aceptó apoyándose en él a cada paso—. Sé que volveremos a encontrarnos de nuevo, en otro momento y en otra vida. Me esperará, como lo harán todos mis seres queridos y sabiendo eso, ya no tengo temor.

Se llevó la mano al pecho, maravillada, sorprendida e incrédula a partes iguales al sentir un firme latido bajo la palma. Era incapaz de saber el porqué estaba todavía allí, por qué no se había esfumado, por qué no había seguido adelante y, al mismo tiempo, sabía que la única respuesta vivía en él, el hombre que la había hecho ansiar de nuevo la vida.

—No quiero irme. —Se detuvo en seco, se giró para mirarle y no pudo evitar su propia ansiedad—. No, no sabría a donde ir, no sabría qué hacer, toda mi vida y mi muerte he estado aquí y tú...

Le cubrió los labios con un dedo, haciéndola callar.

—Nadie va a echarte, Mary, si alguien tiene derecho a vivir en Bantry

House, eres tú. Este es tu hogar.

—¿Y tú?

Sonrió, le cogió la mano e hizo sonar el cascabel.

—Mientras tengas esto, supongo que no me dará un ataque al corazón cada vez que te me aparezcas desde algún frente. —Le cogió los dedos y se los llevó a los labios—. Así que, supongo que podría hacer algunos ajustes y quedarme aquí, contigo, durante algún tiempo.

Enarcó una ceja y lo miró con esa inteligencia suya tan presente.

—¿Cuánto es exactamente algún tiempo?

Se rio entre dientes.

—Te prometeré algo aquí y ahora, señora McCarthy.

—En realidad, ahora sería de nuevo señorita Hawker.

—Pues bien, señorita Hawker, le prometo, que mientras yo viva y usted me lo permita, dónde esté yo, también estará usted —le aseguró con diversión—. Aquí en Cork, en los Estados Unidos o a dónde el camino nos lleve, si lo deseas, estaremos juntos.

—Que no le quepa la menor duda, señor Shelswell.

Una vez más lo besó, pero esta vez estaba preparado para devolverle el beso, robarle el aliento y mantenerla por siempre en sus brazos.

—Vayas dónde vayas, iré contigo.

Lo besó una vez más, un roce fugaz y sonrió abiertamente, dedicándole la sonrisa más hermosa de todo Bantry.

—Feliz Navidad, mi sanador.

—Feliz Navidad, amor de mi alma.

Porque lo era, la mejor y más feliz de las Navidades que había tenido nunca.

—¿Braiden? ¿Quién...?

La inesperada voz hizo que ambos levantasen la mirada para encontrarse con Richard mirándole entre preocupado y especulativo y el viejo acusando una expresión de asombro que fue mudando poco a poco hasta prácticamente traer

lágrimas a sus ojos.

—¿Abuelo? —Estaba a punto de ir a él, pero Mary se lo impidió, le sonrió y fue ella la que caminó hacia el hombre.

—Siempre he querido darle un beso, ¿me lo permitiría?

El anciano pareció rejuvenecer, asintió con su habitual estoicidad y dejó que la muchacha le besase en la mejilla.

—Gracias por enviarme a mí —escuchó susurrar a la muchacha.

El hombre negó con la cabeza, le cogió la mano y le dio una palmadita.

—Bienvenida a la familia, querida.

Richard se detuvo a su lado y lo miró con cara de póker.

—¿Me puedes explicar quién...?

En el mismo momento en que las palabras abandonaron los labios de su hermano se hizo la comprensión, empezó a palidecer al punto de que tuvo que ayudarlo a sentarse.

—Ni se te ocurra, viejo, suficiente he tenido ya esta temporada con un fantasma —le advirtió, entonces sonrió y le palmeó el hombro—. Te presento a Mary Hawker, una prima muy, muy, pero que muy lejana.

—Y tanto —se rió el abuelo.

—No entiendo nada y no sé si quiero entender —aseguró su hermano visiblemente sobrepasado—. ¿Ella no estaba...?

—Déjalo así, Rich, es mejor que lo dejes así.

Su abuelo fue el primero en poner orden, caminó con gesto decidido hacia su nieto mayor y lo obligó a levantarse.

—Vamos, antes de que hagas más el ridículo.

—Pero él ha dicho... ella es...

—Es una pariente y la recibiremos como tal —declaró zanjando el asunto, entonces se giró hacia ellos—. Venid al comedor cuando estéis listos.

Braiden sacudió la cabeza ante la inesperada escena que se había desarrollado. Algo le decía que esa noche iba a tener que dar muchas, pero que muchas explicaciones.

—¿Y bien? —Se giró entonces hacia ella, atrayéndola de nuevo a sus brazos, el lugar en el que quería que estuviese siempre—. ¿Ha estado el baile a la altura de tus expectativas?

Sus ojos brillaron de alegría, acompañando su risa y, por primera vez vio la vida en ellos, en cada centímetro de su cuerpo.

—No, señor Shelswell, las ha superado todas —aseguró y posó la mano, con un tintineo, sobre su pecho—. Gracias, Braiden, gracias por... este regalo.

Negó con la cabeza.

—Nunca me des las gracias por liberarte, Mary, era mi deber —aceptó comprendiendo y aceptando su don—. Soy yo el que debería agradecerte a ti...

Ella duplicó su gesto le cubrió los labios con un dedo, el cascabel tintineando al mismo tiempo.

—Nada de agradecimientos, solo... —Señaló el muérdago sobre sus cabezas—. Enséñame de nuevo lo que significa vivir

—Será todo un placer, mi dulce fantasma, será todo un placer.

Y lo sería, uno que duraría eternamente, pensó mientras disfrutaba de los labios de esa mujer bajo la atenta mirada de la centenaria Bantry House.

EPÍLOGO

Una semana después...

—¿Preparada?

Mary levantó la mirada, ansiosa, llevaba toda la semana resistiéndose a dar ese paso, a salir del maravilloso sueño que se había tejido a su alrededor, pero Braiden tenía otros planes.

—¿Y si vuelvo a aparecer de nuevo en el salón de té? ¿Y si esto no es más que un paréntesis?

Enarcó una ceja ante su protesta y le tendió la mano.

—¿Confías en mí, Mary?

Se mordió el labio inferior mirando la mano extendida y asintió.

—A pesar de mi buen juicio, sí, confío en ti.

Envolvió los dedos en los suyos y él tiró de ella, haciéndola caminar, obligándola a enfrentarse al último de sus miedos. Un paso tras otro avanzaron a lo largo del camino de piedra que llevaba a la verja de entrada de la propiedad. El corazón le iba a mil, una señal inequívoca de que seguía viva, contuvo la respiración y recorrió junto a su salvador el último tramo, pasaron a través de los portones abiertos y caminaron hasta la bahía donde pudo respirar, por primera vez en noventa y dos años, de nuevo el aroma salado del mar.

Se giró y levantó la mirada hacia la balaustrada de la terraza colgante, aquella desde la que había mirado tantas veces, la que la había obligado a regresar, a permanecer atada a aquel lugar sin poder abandonarlo jamás.

—Bienvenida a tu nueva vida, Mary.

Se giró hacia él y sonrió con calidez y ese incipiente amor que parecía afianzarse cada día.

—Sí, sin duda lo será —aceptó mirando de nuevo a su alrededor—. Gracias por despertarme, Braiden.

—Siempre que lo necesites, querida Mary, escucharás mi voz.

TARTA DE MANZANA IRLANDESA

Cuando tu VOZ me
Despierte
KELLY DREAMS

PARA LA MASA

360 g de harina de repostería.

1/2 sobre de Levadura Royal

185 g mantequilla fría

70 g azúcar

1 huevo

1 cucharada sopera de leche

PARA EL RELLENO

2 Manzanas grandes GOLDEN

3 Manzanas grandes RED GALA

El zumo de un limón

1 Cucharada sopera de agua

Canela en polvo

MODO DE HACER

PREPARAMOS EL RELLENO (Y lo reservamos)

- Pelar, quitar el corazón a las manzanas y cortarlas en trocitos pequeños.
- Poner las **manzanas cortadas** en un cazo al fuego con un par de cucharas de **agua** en el fondo, regarlas con el **zum de limón**, espolvorear de **azúcar** y **canela** (*a tu gusto*) y remover durante **5 minutos** para que se vayan haciendo pero sin que se deshagan por completo (terminarán de hacerse en el horno)
- Reservar la manzana para después.

PREPARAMOS LA MASA (Y a la nevera)

- En un bol introducimos la harina, la levadura, la sal y el azúcar y lo mezclamos. A continuación añadimos la mantequilla en dados pequeños y empezamos a mezclar con las yemas de los dedos hasta que quede una especie de arena.
- Batimos el huevo con la leche y lo añadimos a la mezcla anterior.
- Vamos mezclando todo, poco a poco, amasando lo menos posible, hasta que nos quede una masa homogénea. Una vez esté la masa lista, la dividimos en dos partes, la envolvemos en papel film y la llevamos a la nevera durante unos 35-40 minutos.

MONTAR LA TARTA (Y al horno)

- Una vez reposada la masa en la nevera, la sacamos y la estiramos con un rodillo (y tranquilas, que sí, la masa tiende a romperse), hasta formar dos láminas.
- Cogemos el **molde** que tengamos para tartas (**20 - 24 cm**), lo untamos de **mantequilla** para que no se pegue (o de algún **aerosol graso** especial) y a continuación **forramos** el molde con una de las láminas de masa.
- Vertemos la manzana que habíamos dejado ya preparada y la extendemos sin aplastarla.
- Cogemos la otra lámina de masa que tenemos preparada y tapamos la manzana, pellizcando los bordes para ir sellando la tarta. Con un tenedor, les hacemos unos cuantos pinchacitos, a modo de decoración y para que la masa respire y, si os ha sobrado masa, podéis hacer algún detalle de hojas o lo que queráis a modo de adorno.
- Para darle ese colorcillo dorado, batimos la yema de un huevo y, con un pincel, untamos la tapa de la tarta.
- Con el horno precalentado, ponemos el termostato a 180° y horneamos la tarta durante 30 minutos.
- Pasado el tiempo, retiramos la tarta, dejamos enfriar, desmoldamos... y os la podéis comer cuando os dé la gana.

^[1] Se conocía como “**Flapper**” a las jóvenes mujeres de los años veinte que usaban faldas cortas, no llevaban corsé, llevaban el pelo con un corte especial, escuchaban Jazz y tenían conductas similares a las de un hombre. Usaban mucho maquillaje, bebían licores fuertes, fumaban e incluso conducían, con frecuencia a mucha velocidad. Eran un desafío a las leyes de la época y a lo socialmente correcto.